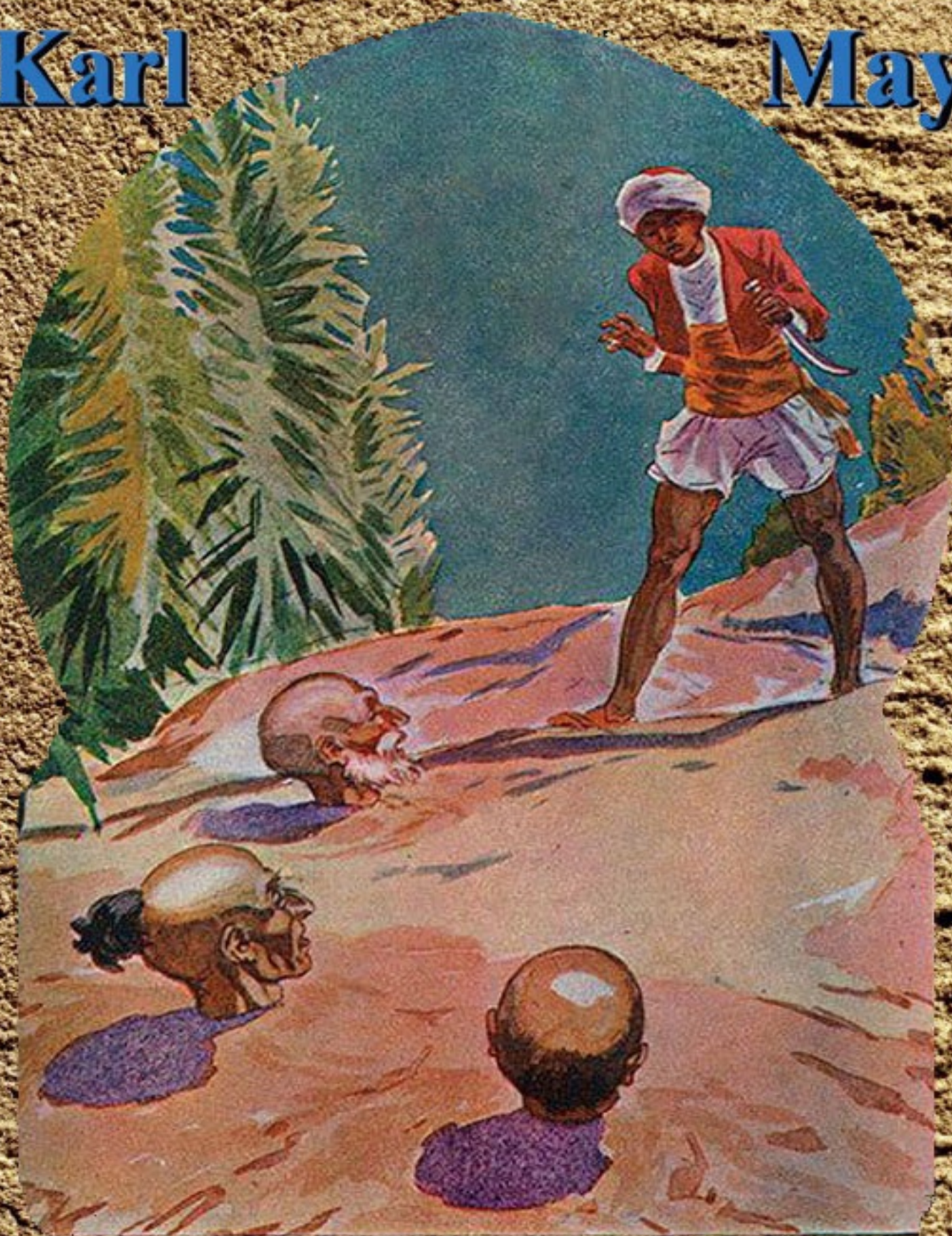


# POR TIERRAS DEL PROFETA

Karl

May



4 LOS ADORADORES DEL DIABLO *de*

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos chots, y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

# Los adoradores del diablo

Por tierras del Profeta I - 4

ePub r1.2  
Titivillus 16.01.2017

Título original: *Die Teufelsanbeter*

Karl May, 1896

Digitalización:mameluco1947

Diseño de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: mameluco1947

ePub base r1.2



# POR TIERRAS DEL PROFETA I

## Resumen del episodio anterior

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, desde el desierto sud-argelino hasta la Meca, pasando curiosas aventuras y grandes peligros. En las orillas del Tigris hace amistad con Sir David Lindsay, inglés millonario que viaja con dos criados en busca de un toro volador fósil para regalarlo al Museo Británico. Se unen en su expedición, e intervienen en la lucha que los Haddedín sostienen contra los Abú-Hamed y otras tribus que se dedican al robo de ganados. Derrotados los ladrones, gracias a Kara Ben Nemsi, éste, en unión de algunos vencidos prisioneros, va a hacerse cargo de los ganados que, como indemnización de guerra, exigen los Haddedín de sus enemigos; y hallándose en el campamento de estos últimos, a orillas del Tigris, le inspira recelos una de las islas que forma el río, y decide explorarla.

# CAPÍTULO 1

## Los tres enterrados

Decidido a investigar el misterio que se encubría en aquella isla, después de meditar un momento, decidí no llevar conmigo a ningún Abú-Hamed en mi exploración, para no exponerlos a las posibles consecuencias de mi aventura y de mi curiosidad.

—Buscad una balsa —dije a los dos Haddedín que me acompañaban.

—¿Dónde, quieres ir?

—A esa isla.

—¡Emir, eso no es posible!

—¿Por qué?

—¿No ves cuán furiosa es la corriente, a cada lado? Cualquier balsa se estrellaría.

Aquel hombre tenía razón; pero yo tenía la convicción de que había de existir algún medio de comunicación entre la orilla y la isla, y al mirar más detenidamente, observé que en una punta de ésta las cañas estaban derribadas.

—¡Mirad allí! ¿No veis que han pasado hombres por ese sitio?

—Así parece, emir.

—Entonces debe de existir también alguna embarcación.

—Se estrellaría, tenlo por seguro.

—Buscad.

Echaron a andar uno a la derecha, otro a la izquierda, hacia arriba y hacia abajo y volvieron sin haber encontrado nada. Y busqué también durante mucho tiempo, con el mismo infructuoso resultado. Finalmente descubrí algo, que, en realidad, no era balsa ni embarcación, pero sí un aparato cuyo objeto comprendí en seguida.

Al tronco de un árbol que estaba en la misma orilla y algo más arriba que la isla vi atada una cuerda muy larga de fibra de palmera. Uno de los cabos rodeaba el tronco, pero el resto de la cuerda estaba escondido en la maleza lozana y tupida que crecía junto al árbol. Tiré de ella y al otro extremo vi un odre de piel de chivo, sobre el cual estaba fijo un travesaño que servía sin duda para agarrarse bien con las manos.

—¿Lo veis? Aquí está la balsa y ésta no puede estrellarse. Yo iré a la otra parte, mientras vosotros cuidáis de que no me ataquen.

—¡Es peligroso, emir!

—¡Otros han pasado!

Me quité la ropa exterior e hinché el pellejo, cuya abertura se cerraba con un cordón.

—Coged la cuerda e idla soltando poco a poco.

Agarré el travesaño y penetré en el agua. En seguida me envolvió la corriente,

que era tan fuerte que un hombre necesitaba emplear todas sus fuerzas para sostener la cuerda. Pasar de la otra orilla a la que yo dejaba requeriría el esfuerzo de varios hombres que halasen de aquélla. Conseguí por fin llegar a la isla, donde tomé tierra sin más incidente que un buen porrazo, Mi primer cuidado fue atar la cuerda, a fin de que no se me escapara de las manos, y luego requerí el puñal que había llevado conmigo.

Desde el extremo de la isla una senda abierta en el cañaveral conducía a una pequeña choza, hecha de bambú, cañas y juncos, y tan baja que no se podía estar de pie en ella. En el interior había solamente algunas prendas de vestir. Al examinarlas vi que eran los trajes desgarrados de tres hombres. Nada hacía suponer que sus dueños hubiesen permanecido en la choza mucho tiempo.

Pero la senda continuaba. La seguí y al poco rato me pareció oír un gemido. Me di prisa y llegué a un sitio donde el cañaveral hacía un claro. Allí encontré... tres cabezas humanas colocadas en el suelo, según me pareció a primera vista. Estaban horriblemente hinchadas y la causa de ello se me reveló muy pronto, pues al llegar yo se elevó una densa nube de mosquitos. Como tenían cerrados los ojos y la boca, me parecieron tres cabezas cortadas que por alguna razón se habían dejado allí.

Me incliné y toqué la frente de una de ellas. Entonces salió de entre sus labios un débil gemido y sus ojos se abrieron y se clavaron en mí. En mi vida había experimentado una sensación de espanto tan grande. Tuve que dar algunos pasos atrás.

Luego me rehíce y examiné más de cerca las cabezas. Eran tres hombres enterrados hasta el cuello en un suelo húmedo y fangoso.

—¿Quiénes sois? —les pregunté en alta voz.

Entonces los tres abrieron los ojos y sus miradas de dementes se clavaron en mí. Uno abrió los labios y balbució débilmente.

—¡Oh, *Adi*!

¿*Adí*? ¿No era éste el nombre del gran santón de los Yesidis, de los llamados adoradores del diablo?

—¿Quién os ha traído aquí? —pregunté.

Abrió el hombre de nuevo la boca, pero no pudo hablar ya. Me precipité a la orilla, atravesando el cañaveral, y juntando las manos llené el hueco de agua del río. Volví corriendo y humedecí los labios de todos ellos, que sorbían las gotas con avidez. Tuve que repetir esta operación muchas veces para apagarles un poco la sed, pues en el camino se me iba el agua por entre los dedos.

—¿No hay por aquí alguna azada? —les pregunté.

—Se la han llevado —me contestó uno débilmente.

Corrí a la punta de la isla donde había desembarcado. En la otra orilla estaban aún mis acompañantes. Hice bocina con la mano para dominar el ruido de la corriente, y grité:

—¡Buscad una pala y una azada y que vengan los tres ingleses; pero en secreto!

Se marcharon corriendo los dos. No llamé a Halef por considerarle más necesario en el campamento. Esperé impaciente, y al fin aparecieron los Haddedín con los tres ingleses. —¡Sir David Lindsay!— grité. —¡Yes!— me contestó.

—¡De prisa, aquí! ¡Bill y el otro también, y no os olvidéis del azadón!

—¿Mi azada? ¿Ha encontrado usted un *fowing-bull*?

—Ya lo verá usted.

Desaté el odre y lo eché al agua.

—¡Tirad!

Un rato después estaba *sir* David en la isla.

—¿Dónde?

—Espere usted hasta que hayan llegado los demás.

—¡Well!

Hice señal a los de la otra orilla de que se diesen prisa, y al cabo llegaron a la isla los dos robustos mozos. Bill traía la herramienta. Yo até otra vez el odre.

—Vamos, *sir*.

—¡Ah! ¡Finalmente!

—*Sir* David Lindsay, ¿quiere usted perdonarme?

—¿Qué?

—Yo no he encontrado ningún *fowing-bull*.

—¿Ninguno? —exclamó deteniéndose y abriendo la boca—. ¿Ninguno? ¡Ah!

Empuñé la azada y eché a andar.

Lanzando un grito de horror, retrocedió el inglés al llegar al sitio del suplicio. Entonces el aspecto que presentaban las víctimas era más horrible que antes, pues los tres tenían los ojos abiertos y movían la cabeza para alejar de sí la nube de insectos.

—Los han enterrado —dije yo.

—¿Quién? —preguntó Lindsay.

—No lo sé; pero lo averiguaremos.

Manejé la azada con ánimo y los demás ayudaron escarbando y apartando la tierra, de manera que al cabo de un cuarto de hora hubimos sacado y recostado en el suelo a los tres desgraciados; éstos se hallaban enteramente desnudos y tenían las manos y los pies atados con cuerdas de palmera. Y sabía que los árabes enterraban a sus enfermos, en ciertas enfermedades, hasta el cuello, y concedían una gran virtud curativa al llamado «empaqué»; pero aquellos hombres estaban atados, de manera que no eran enfermos.

Los llevamos junto a la orilla y los rociamos con agua. Esto pareció darles vida.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—Baadrí —me respondieron.

Baadrí era el nombre de un aduar habitado por adoradores del diablo. Mis suposiciones eran ciertas.

—Llevémoslos a la otra orilla —ordené.

—¿Cómo? —me preguntó *sir* Lindsay.



—Yo iré nadando a la otra parte para ayudar a tirar del odre y me llevaré los vestidos. Luego irán viniendo ustedes, sosteniendo cada uno a uno de estos desgraciados.

—*Well*; pero no será fácil.

—Los sostendrán ustedes atravesados sobre los brazos.

Lié la ropa a manera de turbante y me la puse en la cabeza. Luego me dirigí a la orilla. Lo que vino después fue para mí y los dos Haddedín muy pesado, pero para los ingleses extraordinariamente peligroso. Sin embargo se consiguió que llegaran todos a la orilla.

—Ahora vestidlos y que queden aquí escondidos. Usted, *sir Lindsay*, les traerá en secreto la comida, mientras los dos criados los custodian.

—*¡Well!* Pregunte usted quién los ha enterrado.

—El jeque, indudablemente.

—*¡Hay que matar a ese canalla!*

La tarea se nos había llevado más de una hora. Cuando llegué al campamento, hormigueaba éste de ganado de todas clases. La elección era muy difícil, aunque el pequeño Hachi Halef Omar cumplía muy bien su cometido. Había montado en mi potro con la intención de ir más rápidamente de un punto a otro, para estar en todo y para darse más importancia. Los Haddedín estaban entusiasmados con su trabajo; pero los prisioneros Abú-Hamed, que tenían que ayudarles, no podían ocultar el rencor que guardaban en su pecho, y en el sitio en que estaban sentados los ancianos y las mujeres, corrían las lágrimas y se oían a media voz muchas maldiciones. Y me llegué al grupo de las mujeres, pues había observado a una que contemplaba con secreta alegría lo que hacían los Haddedín. ¿Tenía en su corazón algún resentimiento contra el jeque?

—Sígueme —le ordené.

—*¡Señor, ten piedad de mí! ¡Yo no he hecho nada!* —Suplicaba llena de espanto.

—No te pasará nada.

La conduje a la tienda donde antes me había refugiado. Allí me coloqué frente a ella, la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Tienes algún enemigo en tu tribu?

La mujer levantó los ojos con asombro, diciendo:

—Señor, ¿cómo lo sabes?

—Sé sincera. ¿Quién es?

—Temo que se lo digas.

—No, puesto que es mi enemigo.

—¿Eres tú el que le has vencido?

—Yo soy. ¿Odias al jeque Zedar Ben Hulí?

Al oír esto centellearon sus negros ojos.

—Sí; le odio, porque fue él el que mandó matar al padre de mis hijos.

—¿Por qué?

—Porque no quería robar.

—¿Y por qué no quería?

—Porque al jeque se le ha de dar la mayor parte del robo.

—¿Eres pobre?

—El tío de mis hijos me ha tomado consigo; también él es pobre.

—¿Cuántas reses tiene?

—Una vaca y diez corderos; hoy tendrá que darlo todo, pues si vuelve el jeque habremos de sufrir nosotros toda la pérdida. El jeque no quedará pobre, sino la tribu.

—No volverá si eres franca conmigo.

—Señor, ¿dices la verdad?

—La digo. Lo retendré prisionero y daré a los Abú-Hamed un jeque justo y honrado. El tío de tus hijos se quedará con lo que tiene.

—Señor, tu mano es misericordiosa. ¿Qué quieres saber de mí?

—¿Conoces la isla de la otra parte del río?

La mujer se puso lívida y contestó:

—¿Por qué me preguntas por ella?

—Porque de ella quiero hablar contigo.

—No lo hagas, señor, pues a quien descubra el secreto el jeque le matará.

—Si me dices el secreto el jeque no volverá.

—¿No me engañas?

—Créeme. Dime, pues, ¿para qué sirve esa isla?

—El jeque coge a todos los viajeros que encuentra en la llanura o en el río y les quita todo lo que llevan. Si no poseen nada, los mata; pero si son ricos los retiene para conseguir un buen rescate.

—¿Entonces van a parar a la isla?

—Sí: hay una choza de cañas y de ella no pueden escapar, pues los ata de pies y manos.

—¿Y una vez que ha recibido el rescate?

—Aun así los mata para que no le descubran.

—¿Y si no pueden pagar o no quieren?

—Los atormenta.

—¿En qué consisten los tormentos?

—Los hay de muchas clases; pero a menudo los entierra vivos.

—¿Quién hace de carcelero?

—Él y sus hijos.

El que me había cogido prisionero a mí era también hijo suyo; le había visto entre los prisioneros en vadi Derach. Por eso pregunté:

—¿Cuántos hijos tiene el jeque?

—Dos.

—¿Está uno de ellos aquí?

—Es el que quiso matarte cuando llegaste.

—¿Hay ahora prisioneros en la isla?

—Dos o tres.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Lo saben solamente los hombres que los cogieron.

—¿Cómo han llegado a sus manos?

—Iban en un *kelek* (balsa) río abajo y por la noche atracaron a la orilla, no lejos de aquí. Allí los asaltaron.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

Pensó un poco y me dijo después:

—Cerca de veinte días.

—¿Cómo los han tratado?

—No lo sé.

—¿Tenéis muchos *tajtervans*<sup>[1]</sup>?

—Hay varios.

Me llevé la mano al turbante y saqué algunas monedas de oro, que formaban parte del dinero que encontré en la silla de Abú-Seif. Su magnífico camello, con gran sentimiento mío, había muerto en Bagdad; pero yo había conservado el dinero.

—Gracias. Aquí tienes esto.

—¡Oh, señor! Tu bondad es mayor que...

—No me des las gracias —interrumpí—. ¿Está preso el tío de tus hijos?

—Sí.

—Será libertado. Vete al hombre pequeño que monta el caballo negro y dile de mi parte que te dé tus animales. El jeque no volverá.

—¡Oh, señor!

—Ea, vete y no digas a nadie lo que hemos hablado.

Se fue y también yo salí de la tienda.

Había terminado casi la elección de ganado. Busqué a Halef, quien, a una señal mía, vino corriendo.

—¿Quién te ha permitido tomar mi caballo, Hachi Halef Omar?

—Quiero acostumbrarle a mis piernas, sidi.

—No creo que las sienta mucho. Vendrá a ti una mujer y te pedirá que le devuelvas una vaca y diez corderos. Dáselos.

—Obedezco, effendi.

—Sigue escuchando. Buscas tres *tajtervans* del campamento y ensillas tres camellos.

—¿Quién tiene que ir en ellos, sidi?

—Mira allá junto al río. ¿Ves la maleza y aquel árbol a la derecha?

—Lo veo.

—Allí hay tres enfermos que han de ir en los camellos. Ve a la tienda del jeque, que es tuya con todo lo que contiene. Toma tres mantas y ponlas en los cestos para que los enfermos estén bien atendidos; pero nadie, ni ahora ni por el camino, tiene

que saber quiénes van en los camellos.

—Tú sabes, sidi, que yo hago todo lo que mandas; pero yo no puedo hacer tantas cosas solo.

—Los tres ingleses están allí y también dos Haddedín. Ellos te ayudarán. Dame ahora mi caballo; voy a hacer una inspección.

Al cabo de una hora estuvo todo arreglado. Mientras los demás tenían la atención fija en el ganado, había logrado Halef, sin ser visto, colocar a los hombres en los camellos. La larga caravana estaba a punto de partir. Entonces busqué al joven que al llegar me había disparado la maza, le vi en medio de sus camaradas y me dirigí a él cabalgando. Lindsay con sus criados estaba allí cerca.

—*Sir David Lindsay*, ¿no tiene usted o alguno de sus criados algo así como un cordel?

—Por aquí hay muchas cuerdas.

Se llegó a uno de los pocos caballos que quedaban en poder de la tribu y estaban atados a unas estacas junto a la tienda del jeque. Cortó una de las cuerdas y volvió.

—¿Ve usted a aquel muchacho moreno, *sir Lindsay*?

Lo señalé guiñando el ojo.

—Le veo.

—Pues lo dejo a su cuidado. Tenía a su cargo la custodia y el tormento de los tres desgraciados, y por tanto tiene que venir con nosotros. Átele las manos a la espalda y luego con la cuerda a la silla o al estribo; tiene que dar una buena carrera.

—*Yes, sir*. ¡Muy bien!

—No debe comer un solo bocado ni beber nada hasta que lleguemos al vadi Derach.

—Lo tiene bien merecido.

—Queda a su cuidado. Si se escapa ha acabado todo entre los dos, y usted se arreglará solo en el asunto de los *fowing-bulls*, pues yo me lavo las manos.

—Le ataré bien, y si conviene lo enterraré a mi lado cuando descansemos.

## CAPÍTULO 2

### El castigo del Jeque

Dicho esto, el inglés se llegó al joven y le puso la mano en el hombro.  
—*I have the honour, Mylord!* —le dijo; y cambiando al punto de tono agregó—: Ven con nosotros, granuja.

Le agarró con fuerza y los dos criados le ataron las manos *secundum artem*. El joven estaba confuso al principio; pero luego se volvió a mí, diciendo:

—¿Qué es esto, emir?

—Tienes que venir con nosotros.

—¡Yo no soy prisionero; yo me quedo aquí!

Entonces intervino una vieja:

—*Allah kerihm, emir!* ¿Qué quieres hacer con mi hijo?

—Nos acompañará.

—¿Él, el lucero de mi vejez, la gloria de sus camaradas, el orgullo de su tribu? ¿Qué ha hecho para que le atéis como a un asesino a quien alcanza la venganza?

—¡De prisa, *sir!* ¡Átele al caballo, y adelante!

En seguida di la señal de partir y así lo hicimos. Al principio había tenido compasión de aquella gente tan castigada; pero llegaron a repugnarme tanto todas las caras que veía, que cuando hubimos dejado atrás el campamento con su infernal gritería, me pareció que acababa de salir de una cueva de ladrones.

Halef con los tres camellos se había colocado a la cabeza de la caravana. Yo me llegué allá.

—¿Están cómodos?

—Como en el diván del padichá, *sidi*.

—¿Han comido?

—No: han tomado leche.

—Mejor que mejor. ¿Pueden hablar?

—Han dicho algunas palabras; pero en un lenguaje que no entiendo, *sidi*.

—Será kurdo.

—¿Kurdo?

—Sí: creo que son adoradores del diablo.

—¿Adoradores del diablo? *¡Allah il Allah!* ¡Señor, guádanos del diablo, tres veces lapidado! ¿Cómo se puede adorar al diablo, *sidi*?

—No le adoran, aunque los llaman así. Son muy valientes, trabajadores y honrados, medio cristianos y medio musulmanes.

—Por eso tienen un lenguaje que nadie puede comprender. ¿Sabes tú hablarlo?

—No.

Halef exclamó un poco espantado:

—¿No? ¡Sidi, no es verdad, tú lo sabes todo!

—No entiendo esa lengua, te lo aseguro.

—¿Ni un poco siquiera?

—Conozco una que está emparentada con la suya; quizá dé con unas cuantas palabras para darme a entender.

—¿Ves como tengo razón, sidi?

—Sólo Dios lo sabe todo; pero la ciencia de los hombres es limitada. Ni siquiera sé si está contenta contigo Hanneh, la luz de tus ojos.

—¿Contenta, sidi? Para ella, primero es Alá, luego Mahoma, luego el diablo que le regalaste con la cadena y en seguida viene Hachi Halef Omar Ben Hachi Abul Abbás Ibn Hachi Davud al Gosarah.

—Entonces tú estás después del diablo...

—¡No, después del Chaitán no, sino de tu regalo, sidi!

—Debes estarle, pues, muy agradecido, y quererla mucho.

Hecha esta exhortación, dejé solo al hombrecillo.

Como era natural, a causa del ganado, el viaje de vuelta se hizo más despacio que el de ida. A la puesta del sol llegamos a un sitio, más abajo de Ysbbar, muy apropiado para pasar en él la noche por estar cubierto de flores y de jugosa hierba. Lo principal era vigilar a los Abú-Hamed y custodiar los rebaños, para lo cual tomé las precauciones necesarias. Algo entrada la noche, me eché a dormir, y en esto se me acercó *sir* Lindsay.

—¡Horrible, horroroso, *sir*!

—¿Qué pasa?

—¡Incomprensible!

—¿Pero qué ocurre? ¿Se ha escapado el prisionero?

—¿El prisionero? No: está fuertemente atado.

—¿Pues qué es eso tan incomprensible y horroroso?

—¡Hemos olvidado lo principal!

—Pero ¿qué es eso? ¡Dígalo de una vez!

—¡Las trufas!

No pude contener la risa, al recordar la promesa que le había hecho al preguntarle si quería acompañarme a El Fattha.

—¡Oh! En verdad es horrible, *sir*, tanto más cuanto que en el campamento de los Abú-Hamed he visto muchos sacos llenos de ellas.

—¿Dónde hallarlas aquí?

—¡Mañana tendremos trufas, pierda usted cuidado!

—¡Bien, muy bien! ¡Buenas noches, *sir*!

Me dormí sin haber hablado con los tres enfermos. Por la mañana, a primera hora, me acerqué a ellos. Los cestos estaban de tal manera colocados que podían verse uno a otro. Su semblante había mejorado un poco y se habían recobrado de tal modo que

el hablar ya no les era molesto.

Como vi muy pronto, los tres hablaban el árabe perfectamente, aunque el día anterior, en su estado de inconsciencia sólo habían pronunciado algunas palabras en su idioma materno. Al acercarme a ellos, levantó uno la cabeza y me miró con cariño.

—¡Eres tú! —exclamó antes que yo pudiera saludarle—. ¡Eres tú! ¡Te reconozco!

—¿Quién soy yo, amigo mío?

—Tú eres el que se me apareció cuando la muerte extendía su mano para apoderarse de mi corazón. ¡Oh, emir Kara Ben Nemsí, cuánto te lo agradezco!

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sabemos porque este buen Hachi Halef Omar nos ha contado muchas cosas de ti desde que hemos podido abrir los ojos.

Yo me volví a Halef, diciéndole:

—¡Charlatán!

—¿Es que no puedo hablar de ti, sidi? —contestó Halef defendiéndose.

—¡Sí, pero sin fanfarronerías! —Y volviéndome al enfermo añadí—: ¿Tan bien os encontráis que podéis hablar?

—Sí, emir.

—Permitidme, pues, que os pregunte quiénes sois.

—Yo me llamo Pali, éste se llama Selek y este otro Melaf.

—¿Cuál es vuestra patria?

—Nuestra patria es Baadrí, al Norte de Mosul.

—¿Cómo fue que os pusieron en el estado en que os encontré?

—Nuestro jeque nos envió a Bagdad para que lleváramos de su parte al gobernador un regalo y una carta.

—¿A Bagdad? ¿No pertenecéis vosotros a Mosul?

—Emir, el gobernador de Mosul es un hombre malo, que nos oprime mucho; el gobernador de Bagdad tiene la confianza del Gran Señor y debía interceder por nosotros.

—¿Por dónde fuisteis? ¿Primero a Mosul y luego río abajo?

—No. Fuimos al río Ghazir, construimos una balsa y con ella fuimos del Ghazir al Zab y del Zab al Tigris. Allí desembarcamos y mientras dormíamos nos asaltó el jeque de los Abú-Hamed.

—¿Os robó?

—Nos tomó el regalo y la carta y todo lo que llevábamos. Luego querían obligarnos a escribir a los nuestros para que nos rescataran.

—¿Y no lo hicisteis?

—No, pues somos pobres y no podemos pagar rescate.

—Pero ¿y vuestro jeque?

—También a él querían que le escribiéramos; pero nosotros nos negamos. El jeque habría enviado el rescate, pero nosotros sabíamos que habría sido en vano; nos habrían asesinado también.

—Es verdad; se os habría quitado la vida aunque se hubiera pagado el rescate.

—Entonces nos atormentaron. Nos azotaron, nos colgaron por espacio de una hora por las manos y por los pies y por último nos enterraron.

—¿Y siempre atados?

—Sí.

—¿Sabéis que vuestro verdugo está en nuestras manos?

—Hachi Halef Omar nos lo ha contado.

—El jeque recibirá su castigo.

—¡Emir, no se lo des!

—¿Cómo?

—Tú eres musulmán; pero nosotros tenemos otra religión. Hemos sido devueltos a la vida y queremos perdonarle la suya.

¡Y a aquellos hombres los llamaban «adoradores del diablo»!

—Os equivocáis —dije yo—; porque yo no soy musulmán, sino cristiano.

—¡Cristiano! Pero tú vistes como los musulmanes y hasta llevas la insignia de Hachi.

—¿No puede ser también Hachi un cristiano?

—No, porque los cristianos no pueden ir a la Meca.

—Y, sin embargo, yo he estado en ella. Preguntad a este hombre; él estaba allí.

—Sí —contestó Halef—. Hachi Kara Ben Nemsi ha estado en la Meca.

—¿Qué clase de cristiano eres, emir? ¿Eres caldeo?

—No: soy franco.

—¿Conoces a la Virgen que fue madre de Dios?

—Sí.

—¿Conoces a Esaú (Jesús), el Hijo del Padre?

—Sí.

—¿Conoces a los santos ángeles que rodean el trono de Dios?

—Sí.

—¿Conoces el santo bautismo?

—Sí.

¿Crees que Esaú, el Hijo de Dios, ha de volver?

—Lo creo.

—¡Oh, emir, tu fe es buena; tu fe es justa; nos alegramos de haberte encontrado! ¡Muéstranos, pues, tu caridad perdonando al jeque de los Abú-Hamed el mal que nos ha hecho! —Ya veremos. ¿Sabéis adónde vamos?

—Lo sabemos: al vadi Derach.

—Seréis bien recibidos por el jeque de los Haddedín.

Terminada esta conversación se puso en marcha la caravana. En Kalaat El Ysbbar conseguí descubrir trufas, lo cual regocijó al inglés, que hizo una buena provisión y me convidó a comer un pastel de ellas que él mismo había de preparar.

Después del mediodía pasamos por entre las montañas de Kanuza y Hamrín y nos



detuvimos en el mismo valle Derach. De intento no había yo anunciado nuestra llegada para sorprender al buen Mohamed Emín; pero los guardias de los Abú-Mohamed nos descubrieron y dieron la señal, con lo que al punto se alzó una gritería de júbilo que llenó todo el valle. Mohamed Emín y Malek nos salieron al encuentro y nos saludaron. Mi expedición había sido la primera en volver.

Para llegar a los pastos de los Haddedín no había otro camino que el del valle Derach. Allí se encontraban los prisioneros de guerra, y puede imaginarse el lector las caras que pondrían los Abú-Hamed y las miradas que nos lanzarían al ver pasar uno tras otro los animales que tanto conocían. Por fin llegamos a la llanura y me apeé.

—¿A quién traes en los *tajtervans*?, me preguntó Mohamed Emín.

—A tres hombres a quienes el jeque Zedar quería atormentar hasta la muerte. Ya te lo contaré todo. ¿Dónde están los jeques prisioneros?

—En la tienda: ahí vienen.

En aquel instante salían de la tienda. Los ojos del jeque de los Abú-Hamed brillaban de ira al reconocer sus rebaños.

—¿Has traído más de lo que debías? —me dijo acercándose.

—¿Te refieres al ganado?

—Sí.

—He traído lo que me fue ordenado.

—¡Voy a contarlo!

—Hazlo —le contesté tranquilamente—. Sin embargo, te advierto que he traído más de lo que debía.

—¿Qué?

—¿Quieres verlo?

—Tengo que verlo.

—Llama, entonces, a ese hombre.

Señalé, al decir esto, a su hijo mayor, que acababa de salir a la puerta de la tienda.

—Seguidme todos los ordené yo.

Mohamed Emín, Malek y los tres jeques me siguieron al lugar donde los tres camellos con sus *tajtervans* se habían arrodillado. Halef hizo bajar a los Yesidis.

—¿Conoces a esos tres hombres? —pregunté a Zedar Ben Hull.

El jeque y su hijo retrocedieron espantados.

—¡Los Yesidis! —gritó.

—Sí; los Yesidis, a quienes querías matar poco a poco como ya has matado a muchos, ¡monstruo!

Al oír esto centellearon sus ojos de pantera.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Eslah El Mahem, el obeida.

—Voy a contároslo. Vas a asombrarte de la maldad de tu compañero de armas.

Referí la manera y el estado en que había encontrado a los tres hombres. Cuando hube acabado, todos se apartaron del perverso jeque. En aquel momento vimos que embocaba la llanura *sir* Lindsay con sus dos criados, que se habían retrasado algo.

Junto al caballo del inglés se arrastraba el hijo menor del jeque.

Éste vio al joven y se volvió rápidamente a mí.

—*¡Allah akbar!* ¿Qué es eso? ¿Mi hijo menor prisionero?

—Ya lo ves.

—¿Qué mal ha hecho?

—Ayudarte en tus crímenes. Tus dos hijos custodiarán durante dos días la cabeza de su padre enterrado; luego serás libre. El castigo es insignificante para lo que merecéis tú y ellos. ¡Ve allá y desata a tu hijo!

Al oírme el jeque dio un salto y asió la cuerda con que estaba atado su vástago. Mas *Sir David Lindsay*, que acababa de apearse, apartó la mano del jeque, diciendo:

—¡Fuera de aquí; este mozo me pertenece!

El jeque tiró de una de las enormes pistolas que llevaba el *englishman* en el cinto, apuntó y disparó. *Sir Lindsay* se había vuelto con la rapidez del rayo; pero no pudo evitar que el proyectil le hiriese en un brazo; un segundo después sonaba otro tiro. Bill, el irlandés, al ver en peligro a su amo, se había encarado la carabina, y la bala fue a alojarse en la cabeza del jeque. Sus dos hijos se lanzaron contra el criado; pero fueron sujetos y reducidos a la impotencia.

Y me quedé temblando. ¡Aquello era la justicia de Dios! El castigo que yo había pensado para el malhechor habría sido demasiado pequeño, y así se cumplía la palabra que yo había dado a la viuda: el jeque no volvería a su campamento.

\* \* \*

Pasó un rato antes que recobráramos la serenidad. Luego se oyó la voz de Halef que preguntaba:

—Sidi: ¿adónde he de llevar a estos tres hombres?

—Eso ha de decidirlo el jeque.

Éste se acercó a los tres enfermos.

—*¡Marhaba!* (Sed bien venidos). Quedaos con Mohamed Emín hasta que os hayáis restablecido.

Entonces Salek, le miró fijamente.

—¿Mohamed Emín? —preguntó.

—Así me llamo.

—¿No eres chammar, sino haddedín?

—Los Haddedín somos una tribu de los Chammar.

—¡Oh, señor, si es así traigo para ti un mensaje!

—Dilo.

—Estaba yo en Baadrí, antes de emprender nuestro viaje, cuando fui al arroyo en busca de agua. Allí había un grupo de arnaútes custodiando a un joven. Me pidió éste de beber y mientras yo le daba agua, me dijo en voz baja: «Vete a los Chammar, busca a Mohamed Emín y dile que me llevan a Amadiyah. Mis compañeros han sido

ejecutados». Esto es lo que tenía que decirte.

El jeque dio unos pasos atrás como un ebrio.

—¡Amad El Ghandur, hijo mío! —gritó—. ¡Era él, era él! ¿Qué figura tenía?

—Tan alto como tú y aun más fornido, y su barba negra le llegaba hasta el pecho.

—¡Es él! ¡*Hamdulillah!* ¡Al fin, al fin tengo una noticia suya! Alegraos conmigo, pues hoy es día de fiesta para todos, llámense amigos o enemigos. ¿Cuándo hablaste con él? —Han pasado seis semanas, señor.

—Gracias. ¡Seis semanas, cuánto tiempo! Pero ya no padecerá más: voy a buscarlo, aun cuando tenga que conquistar y destruir a Amadiyah. Hachi Kara Ben Nemsi, ¿vienes conmigo, o quieres dejarme solo en esta empresa?

—Iré contigo.

—¡Alá te bendiga! Voy a comunicar la noticia a todos los hombres de los Haddedín.

Se fue apresuradamente al vadi, y Halef se me acercó, preguntándome:

—Sidi, ¿te vas con él?

—Sí.

—¿Me permites que te siga?

—Halef, piensa en tu mujer.

—Hanneh está bien acompañada; pero tú, sidi, necesitas un criado fiel. ¿No puedo acompañarte?

—Por mí, ven; pero antes pide permiso al jeque Mohamed Emín y al jeque Malek.

## CAPÍTULO 3

### En Mosul

Estaba yo en Mosul esperando una audiencia del bajá turco. Había de atravesar las montañas del Kurdistán con Mohamed Emín para sacar a su hijo Amad El Ghandur de la fortaleza de Amadiyah, por maña o por fuerza, y esta empresa no podía llevarse a cabo de cualquier manera. El bravo jeque de los Haddedín habría preferido ponerse a la cabeza de sus guerreros para penetrar por territorio kurdo y atacar a Amadiyah clara y abiertamente; pero había cien razones que imposibilitaban un plan tan fantástico. Un hombre solo podía tener más probabilidades de salir airoso que toda una tribu de beduinos, y al fin Mohamed Emín había convenido conmigo en que lleváramos a cabo la empresa tres hombres solos: él, Halef y yo.

Mucho me costó convencer a *Sir David Lindsay*, que estaba resuelto a acompañarnos, de que, con su desconocimiento del idioma y con su dificultad de adaptación a los usos del país, nos reportaría más estorbo que utilidad; pero, finalmente, se decidió a quedarse con los Haddedín y a esperar nuestro regreso. Allí podría servirse del griego Alejandro Kolettis como de intérprete y buscar *fowing-bulls*. Los Haddedín habían prometido enseñarle tantas ruinas como quisiera. No me acompañó tampoco a Mosul, porque yo le disuadí de ello. En Mosul no podía servirme de nada y el fin que allí podía llevarle, esto es, el de obtener el apoyo del cónsul inglés, no era necesario, pues por entonces le bastaba el de los Haddedín.

Las diferencias de éstos con sus enemigos estaban ya arregladas. Las tres tribus vencidas se habían sometido y habían dejado rehenes en poder de los vencedores. De esta manera Mohamed Emín podía ausentarse. Naturalmente, no entró en Mosul, pues para él habría sido muy peligroso; nos despedimos y quedamos en encontrarnos en las ruinas de Korsabad, el antiguo Saraghum asirio. Habíamos cabalgado juntos por los vadis Murr, Aín El Jalján y el Kasr; pero allí nos separamos. Y había ido con Halef a Mosul, y el jeque, con ayuda de una balsa, había cruzado el Tigris para acudir a nuestra cita a la otra orilla del río, a lo largo del Yebel Maklub.

Pero ¿a qué iba yo a Mosul? ¿A presentarme al cónsul inglés y pedirle protección? Esto no se me ocurrió siquiera, pues su protección no quitaba ni añadía un ápice a mi seguridad. Visitar al bajá sí que era necesario y conveniente; pues yo quería tener en las manos todos los medios que pudieran facilitar nuestro intento.

En Mosul hacía un calor horrible. El termómetro me indicó más de 46° a la sombra y en el suelo; pero yo me había alojado en uno de aquellos *zardaubs* (sótanos) en los cuales buscan refugio los habitantes de la ciudad durante la estación calurosa del año.

Halef estaba sentado a mi lado y limpiaba sus pistolas. Había reinado entre los dos largo silencio; pero yo veía en la cara del pequeño Hachi que tenía alguna cosa en el corazón. Finalmente, se volvió a mí con rápido movimiento, y me dijo de sopetón:

—¡En eso no había yo pensado, sidi!

—¿En qué?

—En que no volveremos a ver a los Haddedín.

—¿No? ¿Por qué?

—¿Quieres ir a Amadiyah, sidi?

—Sí; ya lo sabes hace tiempo.

—Lo sabía; pero no conocía el camino. ¡*Allah il Allah!* ¡Es el camino que conduce a la muerte y al *gehena!*

Dicho esto se quedó con la misma cara pensativa con que le había visto antes.

—¿Tan peligroso es, Hachi Halef Omar?

—¿No lo crees, sidi? ¿No has dicho que siguiendo ese camino quieres visitar a los tres hombres que se llaman Pali, Selek y Melaf, los tres hombres que salvaste de las garras de los Abú-Hamed, y que después de restablecidos en el campamento de los Haddedín, partieron para su tierra?

—Sí, pienso visitarles.

—Entonces estamos perdidos. Tú y yo somos verdaderos creyentes, y el creyente que va a esas tierras pierde la vida y el cielo.

—Eso es nuevo para mí, Halef. ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sabe todo musulmán. ¿No sabes que la tierra que habitan se llama Chaitanistán?

¡Ah! Entonces entendí lo que quería decir. Le daban miedo los Yesidis, los «adoradores del diablo». Sin embargo, fingí que nada comprendía y le pregunté:

—Chaitanistán significa tierra del diablo, ¿no es eso?

—Allí viven los *radial ech Chaitán*, los hombres del diablo, que adoran al demonio.

—Hachi Halef Omar, ¿es posible que haya hombres aquí que adoren al diablo?

—¿No lo crees? ¿No has oído decir todavía nada de esa gente?

—¡Oh, sí! Incluso la he visto.

—Y, sin embargo, parece como si no me creyeras.

—Realmente no te creo.

—¡Y dices que los has visto!

—Pero no aquí. Estuve en una tierra, muy lejos de ésta, a la otra parte del mar, que los francos llamamos Australia. Allí encontré salvajes que tienen un Chaitán al que dan el nombre de *Yan*, y al que adoran. Pero aquí no hay nadie que adore al diablo.

—Sidi, eres más sabio que yo y más que muchos, pero a veces tu sabiduría se disipa por completo. Pregunta a todo el que quieras y verás como todos te dicen que en Chaitanistán adoran al diablo.

—¿Has visto tú que le adoraran?

—No; pero lo he oído decir.

—¿Lo presenciaron los que te lo dijeron?

—A su vez lo sabían por otros.

—Pues yo te digo que nadie lo ha visto, pues los Yesidis no admiten en sus prácticas religiosas a nadie que no sea de los suyos.

—¿Es verdad eso?

—Sí. Por lo menos habría sido una excepción extraña y extraordinaria que alguna vez hubiesen admitido en sus funciones a algún extranjero.

—No obstante, se sabe todo lo que hacen.

—¿Qué hacen?

—¿No has oído decir que los llaman los Yeragh Sonderán?

—Sí.

—Debe de ser un nombre muy malo, aunque yo no sé qué significa.

—Significa «apagadores de la luz».

—¿Lo ves, sidi? En sus funciones religiosas, a las cuales asisten las mujeres y las muchachas, apagan la luz.

—Pues te han contado una gran mentira. Se ha confundido a los Yesidis con otra secta, los asirios en Siria, que hace eso que tú dices. ¿Qué más sabes?

—En sus templos hay un gallo o un pavo real al cual adoran, y que no es sino el diablo.

—¿De veras?

—Tenlo por seguro.

—¡Pobre Hachi Halef Omar! ¿Tienen muchos templos?

—Sí.

—¿Y en cada uno adoran a un gallo?

—Sí.

—¿Cómo tienen, pues, tantos diablos? ¡Yo creía que sólo había un Chaitán!

—¡Oh, sidi! No hay más que uno, pero está en todas partes. Tienen también falsos ángeles.

—¿Desde cuándo?

—Tú sabes que el Corán enseña que sólo hay cuatro arcángeles: Ybrail (Gabriel) que es el Kuh El Kuds (Espíritu Santo) y forma tres en uno con Alah y Mohamed, lo mismo que entre los cristianos el Padre, el Hijo y el Espíritu; luego viene Azrail, el ángel de la muerte, llamado también Abú Jahah; luego Mikail y finalmente Israsil. Pero los adoradores del diablo tienen siete arcángeles, que se llaman Gabrail, Michail, Rafail, Azrail, Dedrail, Azrafil y Chemkil. ¿No o es falso eso?

—No es falso, pues también yo creo que hay siete arcángeles.

—¿Tú? ¿Por qué? —me preguntó sorprendido.

—El Libro sagrado de los cristianos lo dice<sup>[2]</sup> y yo le doy más crédito que al Corán.

—¡Sidi! ¿Qué oigo? ¿Estuviste en la Meca, eres Hachi y crees más en el kitab de los infieles que en las palabras del Profeta? Ya no me admira que quieras ir al país de los Yesidis.

—Puedes volver a los tuyos. Iré yo solo.

—¿Volver? ¡No! Está en lo posible que Mahoma hable sólo de cuatro arcángeles, porque los otros no se hallaran en el cielo cuando él estuvo allí. Es posible que tuvieran que hacer en la tierra y por eso no llegara a conocerlos.

—Y te digo, Halef Omar, que no tienes nada que temer de los adoradores del diablo. Ni adoran al Chaitán, ni aun lo nombran por su nombre. Son honestos, leales, agradecidos, valientes y sinceros, cosa que rara vez se encuentra entre vosotros, los que os llamáis fieles. Además, nada tienes que temer por tu piedad, pues no te arrancarán la fe.

—¿No me forzarán a adorar el diablo?

—No, te lo aseguro.

—Pero nos matarán.

—Ni a ti ni a mí.

—Han matado a muchos otros. No matan a los cristianos, sino únicamente a los musulmanes.

—No han hecho otra cosa que defenderse cuando los han atacado, y han matado sólo a los musulmanes porque éstos los han atacado y los cristianos no.

—¿Es que yo soy musulmán! —exclamó Halef.

—A pesar de eso serán amigos tuyos porque lo son míos. ¿No cuidaste tú a los tres que yo salvé hasta que se hubieron restablecido?

—Es verdad, sidi. ¡No te abandonaré, sino que iré contigo!

En esto oí pasos que bajaban por la escalera, y entraron dos hombres, dos agaes albaneses, de las tropas irregulares del bajá, los cuales se quedaron parados a la entrada; uno de ellos dijo:

—¿Eres tú el infiel a quien hemos de conducir?

Desde el momento en que me hice anunciar al bajá, me había quitado del cuello el Corán que llevaba pendiente de él, pues no convenía que vieran en Mosul semejante distintivo de peregrino. Los recién llegados aguardaban naturalmente una contestación, pero yo no se la di e hice como si no los hubiera visto ni oído.

—¿Eres sordo y ciego, que no contestas? —me dijo en tono brusco el que había hablado.

Los arnaútes son gente brutal y desenfadada, y tan peligrosos que, por el menor motivo, no solamente ponen mano a las armas, sino que las emplean; pero yo no quería dejarme tratar sin más ni más de aquella manera. Por lo cual saqué de pronto mi revólver del *hark* (cinto) y me volví a mi criado:

—Hachi Halef Omar Agá, dime si hay alguien aquí.

—Sí.

—¿Quién?

—Dos *sabits* (oficiales) que quieren hablar contigo.

—¿Quién los envía?

—El bajá, a quien Alá conceda larga vida.

—¡Eso no es cierto! Y soy el emir Kara Ben Nemsi. El bajá —¡Alá le proteja!— no me enviaría gente descortés. Di a esos hombres, que en lugar de saludo llevan en los labios una ofensa, que pueden marcharse. Pueden repetir al que los envía las mismas palabras que yo he pronunciado.

Llevaron ambos la mano a la culata de sus pistolas y se miraron interrogativamente. Y dirigí como por casualidad hacia ellos el cañón de mi revólver y arrugué tétricamente el entrecejo.

—Hachi Halef Omar Agá, ¿qué es lo que te he ordenado?

En la cara que puso mi criado vi que la cosa tomaba un sesgo muy de su gusto. También él había empuñado una de sus pistolas, y se dirigió con semblante soberbio a los visitantes.

—¡Oíd lo que voy a deciros! Este bravo y famoso effendi es el emir Kara Ben Nemsi, y yo soy Hachi Halef Omar Agá Ben Hachi Abul Abbás Ibn Hachi Davud al Gosarah. Ya habéis oído lo que mi effendi ha dicho. ¡Marchaos y haced lo que él ha ordenado!

—No nos vamos; el bajá nos envía.

—Volved, pues, al bajá y decidle que nos envíe gente cortés. Quien se acerque a mi effendi tiene que quitarse los zapatos y hacerle el saludo debido.

—En casa de un infiel...

En un santiamén estuve en pie y plantado delante de ellos.

—Tenemos que...

—¡Fuera de aquí!

Un instante después volvía a encontrarme solo con Halef. Los emisarios debieron de entender que no estaba yo resuelto a ceder a sus groserías. Hay que saber tratar a los orientales. Los occidentales que se ven despreciados por ellos es porque se tienen ellos mismos la culpa. Un poco de arrojo personal y una gran dosis de inmodestia, apoyada por esa amable virtud que entre nosotros llamamos insolencia, son del mayor resultado. Sin embargo, hay circunstancias en que uno se ve forzado a dar gusto a algunos y a veces a muchos, y en que es muy recomendable obrar como si nada se hubiera visto ni oído. Pero se necesita conocer las circunstancias de cada caso para saber cuándo es prudente una conducta u otra, es decir, la grosería o la paciencia, y el dominio de sí mismo, la mano en el arma o... la mano en la bolsa.

—¡Sidi! ¿Qué has hecho? —me dijo Halef.

Aunque no estaba asustado, mi criado temía las consecuencias de mi actitud.

—¿Qué he hecho? ¡Pues echar a esos dos brutos!

—¿Conoces a los arnaútes?

—Sí: son sanguinarios y vengativos.

—Así es. ¿No viste en Kahira cómo uno de ellos mató de un tiro a una vieja



porque no le cedió el paso? ¡Y era ciega!

—Lo vi; pero éstos de aquí no nos matarán.

—¿Conoces al bajá?

—Es un buen hombre.

—¡Oh, muy bueno, sidi! Medio Mosul se ha ausentado por miedo a él. No pasa día sin que mande apalear de diez a veinte personas. El que hoy es rico, mañana deja de existir y su fortuna pasa al bajá. Lanza a las tribus de los árabes unas contra otras y combate luego al vencedor para quitarle el botín. A los arnaútes les dice: «Id, destruid, matad, pero traedme dinero». Ellos le obedecen y él se hace más rico que el padichá. Al que hoy es su hombre de confianza lo manda encarcelar mañana y al día siguiente lo decapita. Sidi, ¿qué hará con nosotros?

—Esperemos a verlo.

—Voy a decirte una cosa, sidi. Tan pronto como vea que quiere hacernos algún mal, lo mato a tiros. Yo no me dejo matar sin que él vaya por delante.

—No llegará ese caso, pues iré solo a verle.

—¿Solo? ¡No lo consiento! ¡Yo voy contigo!

—¿Cómo he de llevarte a ti, si es a mí solo a quien llama?

—¡*Allah il Allah!* Entonces te espero aquí; pero te juro por el Profeta y por todos los califas que, si por la noche no has vuelto, le mando decir que tengo una cosa importante que comunicarle, y si me da audiencia le meto dos balas en la cabeza.

Lo decía en serio y estoy seguro de que lo habría hecho el bravo pequeñín. No habría quebrantado un juramento semejante.

—¿Y Hanneh? —le pregunté yo.

—Llorará, pero estará orgullosa de su marido. ¡No podría ella amar a un hombre que permitiera que mataran a su effendi!

—Te lo agradezco, mi buen Halef; pero estoy convencido de que no se llegará a tanto.

Al cabo de un rato volvimos a oír pasos, y entró un soldado raso que se había descalzado en la puerta.

—¡*Salam!* —dijo, saludando.

—¡*Salam!* ¿Qué quieres?

—¿Eres tú el effendi que desea hablar con el bajá?

—Sí.

—El bajá —¡Alá le conceda mil años de vida!— te ha enviado una litera para que vayas a verle.

—Sal. En seguida voy.

—¿Ves como el caso es peligroso, sidi? —me dijo Halef.

—Y eso ¿por qué?

—No te envía un agá sino un simple soldado.

—Allá veremos: no estés intranquilo por mí.

Subí los breves peldaños de mi aposento y me encontré con una gran novedad.

Frente a mi casa había un grupo de unos veinte arnaútes, armados hasta los dientes, a las órdenes de uno de los dos agaes que me habían visitado antes. Dos *hammal* (portadores de litera) llevaban una silla de manos.

—Sube —me ordenó el agá con semblante sombrío.

Lo hice con todo desembarazo; pero no sin comprender que aquella litera y aquella escolta significaban una prisión a medias.

## CAPÍTULO 4

### El colmillo del Bajá

Le llevaron al trote hasta que se detuvieron delante de una puerta.

—Baja y sígueme —me ordenó el agá en el mismo tono huraño de antes.

Me hizo subir por una escalera y me condujo a una antesala, donde estaban algunos oficiales, que al verme me miraron de arriba abajo con disgusto. A la entrada vi sentados a algunos paisanos, cuyos semblantes demostraban que no se encontraban muy a gusto en la cueva del león. Fui en seguida anunciado, y después de quitarme las sandalias que al efecto me había calzado, entré a la presencia del bajá.

—*¡Salam aaleikum!* —exclamé saludando, cruzando las manos sobre el pecho e inclinándome.

—*Sal...*

El bajá se interrumpió a sí mismo y me preguntó luego:

—Tu mensajero me dijo que un nemche quería hablar conmigo.

—Así es.

—¿Son musulmes los nemsí?

—No: son cristianos.

—Y, sin embargo, te atreves a usar el saludo de los musulmanes.

—Tú eres un musulme, predilecto de Alá y favorito del padichá —a quien Dios proteja—. ¿He de saludarte con el saludo de los paganos que no tienen Dios ni libros sagrados? —¡Eres osado, extranjero!

Fue una mirada muy especial, como de quien acecha, la que me lanzó el bajá. No era éste muy alto ni grueso, sino más bien delgado, y su rostro habría parecido muy vulgar a no ser por cierta expresión de astucia y crueldad que lo caracterizaba. En aquel momento tenía la mejilla derecha muy hinchada, y a su lado había una vasija de plata llena de agua que le servía de escupidera. Su traje era todo de seda. En el pomo de su puñal y en el broche de su turbante los diamantes centelleaban, sus dedos estaban cuajados de sortijas y el *narguile* en que fumaba era uno de los más ricos que he visto en mi vida.

Después de examinarme un rato de pies a cabeza, siguió preguntando:

—¿Por qué no te has hecho presentar por el cónsul en Mosul?

—Los nemsí no tenemos cónsul en Mosul, y los demás cónsules me son tan desconocidos como tú mismo. Ningún cónsul puede hacerme mejor ni peor de lo que soy, y tú tienes el ojo perspicaz: no necesitas conocerme al través de los ojos de un cónsul.

—*¡Machallah!* Usas un lenguaje muy atrevido. Hablas como si fueras un gran personaje.

—¿Se atrevería a visitarte quien no lo fuera?

Naturalmente mi contestación no pecaba de modesta; pero conocí que le causó la impresión que yo esperaba.

—¿Cómo te llamas?

—Tengo varios nombres, *hazredín* (Alteza).

—¿Varios? Siempre creí que los hombres no tienen más que un solo nombre.

—Generalmente; pero conmigo sucede otra cosa, porque en cada tierra y en cada pueblo que visito me llaman de distinto modo.

—Entonces habrás visto muchas tierras y muchos pueblos.

—Sí.

—¡Nombra esos pueblos!

—Osmanly, fransesler, engleterler, españoler...

Le ensarté una regular retahíla de nombres y, naturalmente, puse en primer lugar, por cortesía, a los osmalíes. Los ojos del bajá se iban agrandando a cada nuevo nombre. Finalmente, exclamó.

—¡Hay-hay<sup>[3]</sup>! ¿Tantos pueblos hay en la tierra?

—Muchos, y muchos más que éstos.

—¡Allah akbar! ¡Dios es grande! Ha creado tantas naciones como hormigas hay en un hormiguero. Eres joven todavía: ¿cómo puedes haber visto tantos pueblos? ¿Cuántos años tenías cuando saliste de tu país?

—Contaba diez y ocho cuando fui por mar a *leni-dünia* (América).

—¿Y qué oficio es el tuyo?

—Escribo periódicos y libros que luego se imprimen.

—¿Y de qué escribes?

—Generalmente, escribo lo que veo y oigo y todas las aventuras que me acontecen.

—¿Hablan también esos *chabeler* (periódicos) de los hombres con quienes tratas?

—Sólo de los más notables.

—¿También de mí hablarás?

—También de ti.

—¿Qué escribirás de mí?

—¿Cómo he de saberlo ahora, bajá? Sólo puedo escribir lo que los hombres hacen y cómo se portan conmigo.

—¿Y quién lee lo que tú escribes?

—Muchos millares de hombres, altos y bajos.

—¿También príncipes y bajaes? —También.

En aquel momento se oyeron en el patio unos golpes acompañados de los lamentos de quien los recibía. Sin querer me puse a escuchar.

—No hagas caso —me dijo el bajá—. Es mi *hekim*.

—¿Tu médico? —pregunté sorprendido.

—Sí. ¿Has tenido alguna vez *dich aghrisi*? (dolor de muelas).

—Cuando niño.

—Pues ya sabes lo que es. Tengo una muela enferma. Ese perro me la quería quitar; pero lo ha hecho tan mal que me ha dolido demasiado. Por eso le azotan ahora. Me ha dejado que no puedo cerrar la boca.

¿No podía cerrar la boca? ¿Estaría quizá medio suelta la muela? Me propuse sacar partido de esta circunstancia.

—¿Puedo ver tu muela enferma, oh bajá?

—¿Eres tú *hekim*?

—A veces.

—Acércate, pues: abajo, a la derecha.

Abrió la boca y miré.

—¿Me permites que te toque la muela?

—Si no me haces mucho daño, sí.

Estuve a punto de soltar la carcajada en las mismas narices del bajá. Tratábase de un colmillo y colgaba ya tan suelto de las hinchadas encías que bastaban los dedos para terminar la interrumpida extracción.

—¿Cuántos golpes tiene que recibir el *hekim*?

—Sesenta.

—¿Se los perdonarás si yo te saco la muela sin hacerte daño?

—No podrá ser.

—Sí, puede ser.

—Conforme; pero si me haces mucho daño recibirás tú los azotes que a él le falten.

Dio una palmada y entró un oficial.

—Suelta al *hekim*, pues este extranjero intercede por él.

Aquel hombre dio media vuelta con una expresión de asombro muy marcada.

Entonces metí dos dedos en la boca del bajá, y para mayor farsa toqué primero las dos muelas vecinas; cogí luego el colmillo enfermo y de un tironcillo se lo extraje. El paciente se estremeció, pero sin sospechar que yo le había sacado ya el colmillo. Me cogió la mano fuertemente y me la apartó.

—Si eres un *hekim* no hagas tantas pruebas. Ahí tienes una herramienta.

Señaló al suelo. Y oculté el colmillo entre los dedos y me incliné. El objeto que me indicaba era una vieja alzaprima y a su lado había una llave de dentista; pero ¡qué llave! Podía emplearse desahogadamente para sacar de una fragua toda suerte de lingotes. Un poco de prestidigitación no haría mal a nadie, y a mí me convenía dar importancia a la cosa. Le metí al bajá la alzaprima en la boca, que por cierto no era un piñón precisamente.

—Mira a ver si te hago daño *¡bir... iki... itch!* (uno, dos, tres). Aquí está el desobediente que tantos dolores te ha causado —y le entregué el colmillo.

Me miró enteramente sorprendido.

—*¡Machallah!* ¡No he sentido nada!

—¡Así lo hacen los médicos de los nemsí, bajá!

Se tentó la boca, se llevó un dedo al sitio donde tuvo el colmillo y entonces se convenció de que estaba libre de él.

—¡Eres un gran *hekim*! ¿Cómo tengo que llamarte?

—Los Beni Arab me llaman Kara Ben Nemsí.

—¿Sacas todas las muelas tan fácilmente como ésta?

—Según... Hay circunstancias...

Dio otra palmada y apareció el mismo oficial.

—Pregunta por toda la casa si hay alguien que tenga dolor de muelas.

El ayudante desapareció y yo tuve la sensación de que todas las muelas me dolían, por más que el bajá me miraba con gran afecto.

—¿Por qué no viniste en seguida con mis mensajeros? —me preguntó entonces.

—Porque me insultaron.

—Refiéreme eso.

Le relaté lo ocurrido, y él me escuchó atentamente y levantó la mano en son de amenaza. Luego me dijo:

—Hiciste mal. Yo lo había ordenado y debiste venir. Dale gracias a Alá que te favoreció enseñándote a sacar las muelas sin dolor.

—¿Qué habrías hecho?

—Te hubiera castigado. Cómo no lo sé ahora.

—¡Castigado! No lo habrías hecho.

—¡*Machallah*! ¿Por qué no? ¿Quién me lo habría impedido?

—El Gran Señor, nada menos.

—¿El Gran Señor? —me preguntó pasmado.

—El mismo. Y no he cometido ningún delito y puedo exigir que tus agaes sean más corteses conmigo. ¿O crees acaso que este *tircheh* (pergamino) no merece algún respeto? Toma y lee.

El bajá desdobló el pergamino y apenas le hubo echado una ojeada se lo llevó con gran respeto a la frente, a la boca y al pecho.

Lo leyó, lo plegó de nuevo y me lo devolvió.

—¡Estás en la *guiolgedapadi'chanín*! ¿Cómo has podido conseguirlo?

—Tú eres gobernador de Mosul. ¿Cómo lo has conseguido, oh bajá?

—¡Realmente, eres muy osado! Yo soy gobernador de esta provincia porque el sol del padichá me ilumina.

—Y yo estoy en la *guiolgedapadi'chanín* porque la gracia del Gran Señor está sobre mí. El padichá me ha dado permiso para visitar todo su territorio, a fin de que pudiera escribir muchos libros hablando de él y del modo como me tratan sus servidores.

Esto le hizo gran efecto. Inmediatamente señaló a la magnífica alfombra de Esmirna en que estaba sentado y me dijo:

—Siéntate a mi lado.

Luego ordenó al negrito que estaba acurrucado a sus pies que le sirviera su pipa, me diese a mí otra y trajera café para los dos.

Poco después me traían mis sandalias y estábamos sentados uno al lado del otro, fumando y bebiendo como si fuéramos antiguos amigos. Cada vez se esforzaba más en darme a comprender cuán grata le era mi compañía; y para demostrármelo con hechos, hizo entrar a los dos agaes arnaútes. Les puso una cara como para despellejarlos y les preguntó.

—¿Teníais el encargo de traerme a este bey?

—¡Tú lo ordenaste, oh señor! —contestó uno de ellos.

—Pero no le saludasteis ni os descalzasteis, y hasta le llamasteis infiel.

—Lo hicimos porque así le habías llamado tú.

—¡Calla, perro! Di ahora si realmente le llamé así.

—Señor, tú has...

—¡Calla! ¿Le he llamado infiel?

—¡No, oh bajá!

—Y, sin embargo, lo has afirmado. ¡Id abajo, al patio! Cada uno de vosotros recibirá cincuenta palos en las plantas de los pies. Participadlo inmediatamente a los de afuera.

Esto era sin duda una expresiva y exquisita prueba de amistad. ¿Cincuenta palos? Era demasiado. Diez o quince no les habrían sentado mal; pero tantos no; por eso resolví interceder por ellos.

—Eres un juez recto ¡oh bajá! —Le dije—. Tu sabiduría es muy grande; pero sin duda tu bondad la supera. La clemencia es el atributo de todos los emperadores, reyes y gobernadores. Tú eres el príncipe de Mosul y tienes que abrir el caudal de tu gracia sobre esos dos hombres.

—¿Sobre esos bribones que te han ofendido? ¿No es como si me hubieran ofendido a mí mismo?

—Señor, tú estás tan por cima de ellos como las estrellas sobre la tierra. El chacal aúlla a las estrellas, pero éstas no le atienden y continúan luciendo. Tu bondad se hará célebre en Occidente cuando pueda yo contar que has accedido a mi ruego.

—Esos perros no merecen que los perdone; mas para que veas cómo te aprecio, séales perdonado el castigo. ¡Salid al momento y no volváis a presentaros durante todo el día! Una vez fuera los dos indultados, me dijo el bajá:

—¿Dónde has estado últimamente?

—En Gipt, y luego, atravesando el desierto, he venido aquí.

Le dije esto, porque no quería mentir y al mismo tiempo no me era posible decirle que había estado con los Haddedín.

—¿Has pasado por el desierto? ¿Por cuál? ¡Por el desierto de Sinaí y Siria! Mal camino; pero da muchas gracias a Dios por haberlo seguido.

—¿Por qué?

—Porque de otra manera habrías topado con los árabes Chammar que te habrían

asesinado.

—¡Si hubiera sabido lo que yo me callaba!

—¿Tan malos son esos Chammar, alteza?, le pregunté.

—Son una gentuza descarada y rapaz, a la cual voy a meter en cintura. No pagan contribución ni tributos, y por eso he decidido exterminarlos.

—¿Has enviado tropas contra ellos?

—No. Reservo a mis arnaútes para cosas mejores.

Estas «cosas mejores» eran fáciles de adivinar; eran el saqueo de los súbditos para enriquecer al bajá.

—¡Ah, ya adivino!

—¿Qué es lo que adivinas?

—Que el buen gobernador halaga a los suyos y azota a sus enemigos enemistándolos unos contra otros.

—¡*Allah il Allah!* Los nemsí no son tontos. Realmente eso es lo que hago.

—¿Te va bien así?

—Últimamente me ha ido mal. ¿Y a que no adivinas quién tiene la culpa?

—¿Quién?

—Unos ingleses y un emir extranjero. Los Haddedín son los más valientes de todos los Chammar. Como yo quería aniquilarlos sin derramar sangre de los míos, mandé contra ellos a otras tres tribus. En esto llegaron unos ingleses con el emir que te he dicho y buscaron otras tribus que ayudaran a los Haddedín. Mis aliados han quedado todos o muertos o prisioneros, han perdido gran parte de sus ganados y tienen que pagar tributo.

—¿A qué tribu pertenece ese emir?

—Nadie lo sabe; pero se dice que no es un hombre. Mató él solo y de noche a un león; sus balas aciertan desde muchas leguas de distancia y sus ojos centellean en la oscuridad como llamas del infierno.

—¿No puedes cogerle?

—Lo intentaré; pero con pocas esperanzas de conseguirlo. Los Abú-Hamed lo cogieron una vez; pero él se escapó, montado, por los aires.

El buen bajá parecía ser algo supersticioso y no sospechaba ni poco ni mucho que aquel hombre infernal estaba tomando café a su lado.

—¿Por quién has sabido todo eso, alteza?

—Por un obeida que me enviaron como mensajero cuando era ya tarde para remediar el desastre; los Haddedín se han llevado ya el ganado.

—¿Los castigarás?

—Sí.

—¿En seguida?

—Así querría yo; pero con mucho sentimiento me veo obligado a darles un respiro, aunque tengo ya reunidas mis tropas. ¿Has estado alguna vez en las ruinas de Kufiunchik?



—No.

—Allí tengo concentradas las tropas que tenían que atacar a los Chammar; pero ahora tendrán que ir a otra parte.

—¿Puedo saber adónde?

—Ése es un secreto mío, y nadie puede saberlo. No ignoras que los secretos diplomáticos tienen que guardarse muy bien guardados.

En aquel instante entró el oficial a quien había dado el encargo de encontrar a todos los que tenían dolor de muelas. Pude leer en su cara que sus pesquisas no habían tenido el mejor resultado, y ello me fue muy grato, pues no tenía malditas las ganas de andar en la boca de los arnaútes con la alzaprima y las tenazas para sacar muelas —sin dolor— como por condición primera me había impuesto el bajá.

—¿Qué me traes? —le preguntó éste.

—Perdona ¡oh bajá!, pero no he encontrado a nadie que se queje de *dich aghrisi*.

—¿Ni tú tampoco lo padeces?

—No.

Se me aligeró el pecho. El amable bajá se volvió a mí con expresión compasiva:

—¡Es lástima! Quería darte una ocasión de hacer que admiraran tu arte; pero mañana o pasado mañana quizá se encuentre alguno.

—Mañana o pasado ya no estaré yo aquí.

—¿No? Tienes que quedarte. Has de habitar en mi palacio y ser tan bien servido como yo mismo. ¡Tú, vete!

Esto iba dirigido al oficial, el cual se alejó. Yo dije entonces:

—A pesar de tus buenos deseos, tengo que marcharme hoy mismo; pero volveré.

—¿Adónde quieres ir?

—A las montañas kurdas.

—¿Hasta dónde?

—No lo he resuelto todavía; quizá hasta Tura China o hasta Yulamerik.

—¿Qué vas a hacer allí?

Quiero ver la gente de allá y qué plantas y hierbas crecen en aquella tierra.

—¿Y por qué tienes que ir tan pronto, que no puedes quedarte unos días conmigo?

—Porque las plantas que busco se secarían.

—No necesitas conocer a aquella gente. Son ladrones kurdos y algunos son Yesidis, a quienes Alá condene. ¿Pero, hierbas? ¿Para qué? ¡Ah! Eres *hekim* y necesitas hierbas. ¿No has pensado que los kurdos pueden matarte?

—He estado entre gente peor que ellos.

—¿Sin compañía? ¿Sin arnaútes o *bachi-bozuks*?

—Sí. Tengo un agudo puñal y una buena carabina y... también te tengo a ti, ¡oh bajá!

—¿A mí?

—Sí. ¿No alcanza tu poder hasta más arriba de Amadiyah?

—Sólo hasta allí. Amadiyah es la fortaleza fronteriza de mi demarcación. Tengo en ella cañones y una guarnición de trescientos albaneses.

—Amadiyah debe de ser muy fuerte.

—Más que fuerte, inexpugnable. Es la llave que cierra la tierra contra las incursiones de los kurdos libres; pero hasta las tribus sometidas son malas y contumaces.

—Tú has visto mi *bu-dieruldú* y me otorgarás tu protección. Para eso he venido a verte.

—Te será otorgada, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que has de volver luego y serás mi huésped.

—Acepto esa condición.

—Te acompañarán dos javases, que te servirán y defenderán. ¿Sabes que tendrás que pasar por la tierra de los Yesidis?

—Lo sé.

—Ese es un pueblo malo, díscolo, al que hay que enseñar los dientes. Adoran al diablo, extinguen la luz y beben vino.

—¿Tan malo es eso último?

Me miró de reojo como queriendo penetrar mi intención y me dijo:

—¿Bebes tú vino?

—Y con mucho gusto.

—¿Tienes vino en tu casa?

—No.

—Yo pensaba que si lo hubieses tenido... entonces... seguramente te habría hecho una visita antes de tu marcha.

Esto significaba que gozaba yo de su confianza, y como podía serme útil le dije:

—¡Visítame! Aunque no tengo vino puedo hacérmelo yo mismo.

—¿Y también vino de ese que hierve?

Aludía sin duda al champaña.

—¿Lo has probado alguna vez, oh bajá?

—¡Oh, no! ¿No sabes que el profeta ha prohibido beber vino? ¡Soy fiel observante del Corán!

—Ya lo sé; pero ese vino que hierve puede hacerse artificialmente, y entonces ya no es propiamente vino.

—¿Sabes tú hacerlo?

—Sí.

—Pero requerirá mucho tiempo... quizá semanas o meses.

—Sé hacerlo en pocas horas.

—¿Querrías hacerme un poco de esa bebida?

—Con gusto la haría; pero me faltan los ingredientes.

—¿Qué necesitas?

—Botellas.

—Tengo yo.

—Azúcar y pasas.

—Yo te daré.

—Vinagre y agua.

—Mi *mudbajchi* (cocinero) tiene.

—Y luego algunas cosas que solamente hay en las farmacias.

—¿Es cosa de *ilachlai*? (medicina).

—Sí.

—Mi *hekim* tiene farmacia. ¿Necesitas algo más?

—No; pero tendría que preparar el vino en tu cocina.

—¿Puedo verlo yo, para aprender?

—Es casi imposible, ¡oh bajá! ¡El preparar vino que pueda beber un musulmán, vino que hierve y alegra el alma, es un gran secreto!

—Te daré por ello todo lo que desees.

—Un secreto así no se vende; sólo un amigo puede conocerlo.

—¿No soy yo tu amigo, Kara Ben Nemsí? Yo te quiero y te concederé lo que me pidas.

—Ya lo sé, y por eso sabrás mi secreto. ¿Cuántas botellas he de llenar?

—Veinte. ¿Te parecen demasiadas?

—No. Vamos a la cocina.

El bajá de Mosul era sin duda un secreto adorador de Baco. Nos presentaron otras pipas y nos dirigimos a la cocina.

Los señores de la antesala abrieron ojos de besugo al verme al lado del bajá, fumando ambos tan amigablemente; pero él no les hizo caso.

La cocina estaba a flor de tierra y era un espacio alto, oscuro, con un hogar enorme, sobre cuya lumbre estaba colgada una gran caldera, llena de agua hirviendo y destinada a preparar el café. Nuestra entrada produjo admiración y espanto. Cinco o seis hombres estaban fumando sentados en el suelo, y tenían delante sendas tazas de oloroso moka. Como el bajá no había entrado nunca en su cocina, cuando apareció todos quedaron yertos de espanto, paralizados, sin acertar a levantarse y mirándonos con los ojos desmesuradamente abiertos.

Se metió el bajá en el corro que formaban y la emprendió con ellos a puntapiés, gritando:

—¡Arriba, holgazanes, esclavos! ¿No me conocéis? ¿Cómo os quedáis sentados como si fuera yo uno de vosotros?

Se levantaron gimiendo y se echaron de rodillas a sus pies.

—¿Tenéis agua caliente?

—Ahí hierve, señor —contestó uno que parecía ser el cocinero, pues era el más gordo y el más sucio de todos.

—¡Busca pasas, bruto!

—¿Cuántas?

—¿Cuántas necesitas? —me preguntó el bajá.

Calculé la cantidad de agua de la caldera y señalé luego una vasija vacía.

—Tres veces la cabida de ese cacharro.

—¿Y azúcar?

—El doble.

—¿Y vinagre?

—Una décima parte.

—¿Lo habéis oído bien, miserables? ¡Largo de aquí, a buscar lo pedido!

Salieron todos y al poco rato volvieron trayendo los ingredientes. Hice lavar las pasas y lo eché después todo en el agua hirviendo. Un fabricante europeo de champaña se habría reído de mi mejunje; pero yo no tenía tiempo y había de hacer la mixtura tan de prisa como fuera posible, y sin torturar los conocimientos químicos del noble bajá con complicados procedimientos.

—Ahora a la farmacia —le dije.

—Ven.

El bajá me guió a un aposento también subterráneo, donde estaba la farmacia. En él yacía el pobre *hekim* en el suelo con los pies vendados.

También a él le dio el bajá un puntapié.

—Levántate, desventurado, y tribútanos a mí y a este gran effendi el honor que nos corresponde. Dale las gracias, pues ha intercedido por ti para que te perdonara gran parte de los palos que había yo prescrito. Sabe, oh, tunante, que me ha sacado la muela sin el más mínimo dolor. Te mando que le des las gracias.

¡Qué dicha mayor que ser médico de cabecera de un bajá! Aquel pobrecillo se echó a mis pies y besó el borde de mi viejo jaique. Luego preguntó el bajá.

—¿Dónde está la farmacia?

El médico señaló una caja grande carcomida.

—Ahí ¡oh bajá!

—Ábrela.

Allí encontré un *totum revolutum* de cucuruchos de toda clase y medida, hojas secas, frasquitos, amuletos y emplastos, y otros ingredientes cuyo empleo me era absolutamente desconocido. Pedí bicarbonato y ácido tártrico. De lo primero había bastante; pero de lo último muy poco, aunque lo que había fue suficiente.

—¿Lo tienes todo? —me preguntó el bajá.

—Si.

Propinó al pobre médico otro puntapié de despedida y le ordenó con voz de trueno:

—Procúrate de esas dos cosas en gran cantidad, y anota sus nombres, pues me son muy necesarias para el caso de que enferme algún caballo. Si lo olvidas recibirás cincuenta palos, sin perdonarte ni uno.

# CAPÍTULO 5

## En camino

**V**olvimos a la cocina. Me trajeron botellas, tapones, lacre, alambre y agua fría y luego el bajá despidió a todos los presentes. Nadie, a excepción de él, debía poseer el gran secreto de preparar vino, vino que fuera vino y que al mismo tiempo pudiera ser bebido por cualquier musulmán sin remordimientos de conciencia.

Luego nos pusimos a cocer, hervir, enfriar, llenar, tapar y lacrar botellas con tal entusiasmo, que al bajá le corría el sudor por la frente; y cuando al fin hubimos terminado, volvieron los criados para llevar las botellas a la parte más fresca del sótano. Una tomó el bajá para probarla y la llevó con su propia mano augusta por la antesala a su aposento, donde nos sentamos.

—¿Vamos a beber? —me preguntó.

—No está todavía bastante frío.

—Lo beberemos caliente.

—No tendrá sabor alguno.

—¡Ha de tenerlo!

¡Naturalmente que había de tenerlo, pues lo ordenaba el bajá! Éste hizo traer dos vasos, prohibió la entrada a todo el mundo, hasta a los mismos sirvientes, y cortó el alambre.

¡Paf! El tapón saltó al techo.

—¡*Allah il Allah!* —gritó el bajá con espanto.

Espumeando salió un chorro de vino de la botella. Yo quise recogerlo en seguida con mi vaso; pero el bajá exclamó:

—¡*Machallah!* ¡Realmente hierve!

Y abriendo la boca se metió el gollete en ella. Estaba casi vacía cuando la apartó de sus labios y metió el dedo para tapparla.

—¡*Saltanatly!* (Magnífico). Oye, amigo mío, yo te quiero. Este vino es mejor que el agua de la fuente Zem-Zem.

—¿Tanto te gusta?

—Sí. Es mucho mejor que el agua Havus Revser que se bebe en el paraíso. Tendrás, no dos, sino cuatro javases que te escolten.

—Te lo agradezco. ¿Te has fijado bien en el modo de preparar el vino?

—Muy bien: no lo olvidaré.

Sin pensar en mí ni en los dos vasos, se metió de nuevo la botella en la boca y no la apartó hasta que estuvo vacía.

—¡*Bom bosch!* Se ha terminado. ¿Por qué no sería más grande la botella?

—¿Ves ahora cuán valioso era mi secreto?

—¡Por el Profeta, es insuperable! ¡Oh, vosotros, los nemsí, sois gente muy sabia! Pero permíteme que te deje un rato.

Se levantó y salió del aposento. Cuando al poco rato volvió llevaba algo escondido debajo del caftán y al sentarse lo sacó; eran... dos botellas. Yo me eché a reír.

—¿Has ido en persona a buscarlas? —le pregunté.

—Yo mismo. Este vino, que no es vino, nadie más que yo puede tocarlo. Así lo he ordenado, y desde ahora el que ose coger una botella tiene pena de muerte, a fuerza de palos.

—¿Vas a beber más?

—¿Por qué no? ¿No es ésta una bebida exquisita?

—Pero has de tener presente que ese vino no logrará su verdadera exquisitez hasta que se haya enfriado del todo.

—¿A qué sabrá entonces si es ahora ya tan delicioso? ¡Alabado sea Alá, que nos provee de agua, pasas, azúcar y medicamentos para confortar el corazón de los creyentes!

Y bebió sin hacer caso de mí. Su semblante expresaba el mayor placer. Cuando hubo vaciado la segunda botella, dijo:

—Amigo, a ti nadie te iguala ni entre los infieles ni entre los fieles. Cuatro javases son muy pocos para ti. ¡Tendrás seis!

—Tu bondad es grande, bajá; yo sabré elogiarla como mereces.

—¡*Machallah!* Pero aguarda. Yo bebo sin pensar en ti. Alágame tu vaso, que voy a destapar esta botella.

Entonces probé el producto de mi fabricación. No tenía otro gusto que el de una soda hecha con caldo de pasas y azúcar, sin enfriar; mas para el paladar sin pretensiones del bajá debía de ser una delicia.

—¿Sabes —me dijo, después de beber otro gran trago—, que seis javases son pocos aún para ti? ¡Tendrás diez!

—¡Gracias, oh bajá!

Si a cada trago había de aumentar proporcionalmente mi escolta iba a verme obligado a hacer mi viaje en compañía de un regimiento entero de javases, que podían serme muy peligrosos según como fueran las cosas.

—¿De modo que vas a la tierra de los adoradores del diablo? —me dijo—. ¿Conoces su lengua?

—¿No es el kurdo?

—Un dialecto del kurdo. Muy pocos son los que hablan el árabe.

—Pues no lo conozco.

—Entonces te acompañará un dragomán que te enviaré yo.

—Quizá no sea necesario. El kurdo es de la familia del persa y éste lo entiendo yo.

—Y no conozco ninguno de los dos, y tú sabrás mejor si necesitas intérprete. Pero

no estés mucho tiempo allí. No pienses en descansar entre ellos, sino en atravesar el país a toda prisa.

—¿Por qué?

—Porque podría ocurrirte algún percance.

—¿Cuál?

—Ése es mi secreto. Sólo puedo decirte que hasta la escolta que te ofrezco podría serte peligrosa. ¡Bebe!

Con aquel secreto ya eran dos los que tenía para mí.

—Con tu gente sólo podré ir hasta Amadiyah, ¿no es eso? —le pregunté.

—Sí, pues mi poder no alcanza más allá.

—¿Qué comarca viene luego?

—La de los kurdos de Bervarí.

—¿Cómo se llama la capital de éstos?

—Es la fortaleza de Gumrí, en la cual vive el bey. Llevarás una carta mía para él pero no puedo asegurarte que el escrito tenga buena acogida. ¿Cuántos hombres te acompañan?

—Un criado.

—¿Uno solamente? ¿Tienes buenos caballos?

—Sí.

—Eso es bueno, pues del caballo depende muy a menudo la libertad y la vida del jinete, y sería una lástima que te ocurriera una desgracia, pues poseías un secreto muy valioso y me lo has comunicado; pero yo seré agradecido. ¿Sabes lo que voy a hacer por ti?

—¿Qué?

Bebió un sorbo de soda y contestó con semblante lleno de benevolencia:

—¿Sabes lo que es el *dich-parasí*?

—Sí lo sé. Es una contribución que sólo tú puedes exigir.

Al expresarme así no lo decía yo todo, pues el *dich-parasí*, esto es, «la indemnización del diente», es una gabela que han de satisfacer los habitantes de todos los lugares por donde pasa el bajá en sus viajes, y se paga por el desgaste de los dientes que el buen gobernador experimenta al masticar los manjares que los súbditos deben servirle de balde.

—Lo has adivinado —me dijo—. Te llevarás un escrito mío en el cual ordeno que a cualquier parte donde llegues te paguen el *dich-parasí*, como si fuese yo mismo el que viajara. ¿Cuándo partes?

—Mañana por la mañana.

—Espera y buscaré mi sello para extender el documento en seguida.

Se levantó y salió del aposento. Como el negro debía seguirle con su pipa, me quedé solo. Junto al sitio donde había estado sentado el bajá había algunos papeles, que estaba examinando él al entrar yo. En seguida los cogí y desplegué uno. Era un plano del valle de Jeque Adí. ¿Tendría alguna relación con sus secretos? Hube de

interrumpir mis reflexiones, pues el gobernador entró de nuevo, y a una orden suya se presentó su secretario, a quien dictó tres escritos: uno para el bey kurdo, otro para el comandante de la fortaleza de Amadiyah y el tercero para todos los jefes y autoridades del territorio que pensaba yo recorrer y a los cuales se les advertía que yo tenía derecho de percibir el *dich-parasí* y que los habitantes debían obedecerme como si fuera yo el bajá en persona.

¿Podía pedir más? El objeto de mi estancia en Mosul estaba conseguirlo de un modo que superaba a todas mis esperanzas; y este milagro, además de mi intrépida actitud, lo había conseguido el bicarbonato de sosa.

—¿Estás contento de mí? —me preguntó.

—¡Infinitamente, oh bajá! Tu bondad me inunda de mercedes.

—No me des ahora las gracias, sino después.

—Deseo poder hacerlo pronto.

—Sí, podrás.

—¿En qué te fundas?

—Ya puedo comunicártelo. Tú no eres solamente un *hekim*, sino también un oficial.

—¿En qué te fundas para suponerlo?

—Un *hekim*, o un hombre que escribe libros, no osaría visitarme sin que le acompañara un cónsul. Tú tienes un *bu-dieruldú* del Gran Señor y yo sé que el padichá envía algunas veces oficiales extranjeros encargados de visitar sus dominios para que le informen luego de lo que han visto. ¡Confiesa que tú eres uno de ellos!

Esta opinión tan errónea podía, no obstante, serme muy ventajosa, y habría sido yo muy tonto si no la hubiera aprovechado. Pero como tampoco quería mentir, dije, diplomáticamente, sin asentir ni negar:

—No puedo confesarlo ¡oh bajá! Si tú sabes que el padichá envía a tales oficiales extranjeros, sabrás también que eso se hace casi siempre en secreto. ¿Deben ellos descubrir ese secreto?

—No. No te hablaré más del asunto; mas espero que te muestres agradecido cuando llegue el caso, y a eso me refería.

—¿De qué manera puedo demostrarte mi gratitud?

—Cuando vuelvas de las montañas del Kurdistán te enviaré a visitar a los Chammar, y más especialmente a los Haddedín. Recorrerás su territorio y me dirás luego la manera de vencerlos.

—¡Ah!

—Sí; a ti te será más fácil que a mis oficiales. Y sé que los oficiales francos sois más inteligentes que los nuestros, aunque yo mismo he sido coronel y he prestado grandes servicios al padichá. Te habría pedido que estudiaras las comarcas de los Yesidis; mas para eso es ya tarde: yo sé ya acerca de ellos lo que necesito.

Estas palabras me dieron la convicción de que mis sospechas eran ciertas. Las tropas reunidas en Kufiunchik estaban dispuestas a caer sobre los adoradores del



diablo. El bajá prosiguió:

—Atraviesa aquel país a uña de caballo y no te esperes a presenciar su gran fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La de su santón, que se celebrará en la tumba del Jeque Adí. Aquí tienes los documentos. ¡Alá sea contigo! ¿A qué hora partirás?

—A la hora de la primera oración.

—Los diez javases estarán a esa hora a la puerta de tu casa.

—Señor, dos javases me bastan.

—De eso no entiendes tú; llevar diez javases es mejor que llevar dos. Serán cinco arnaútes y cinco bachis. Vuelve pronto y no olvides que has conquistado mi afecto.

Me hizo una señal de despedida y yo salí con la cabeza muy alta de aquel palacio donde algunas horas antes había entrado casi como prisionero. Al llegar a mi alojamiento, encontré a Halef armado de todas armas.

—¡Alabado sea Alá, que al fin vuelves! —exclamó al verme—. Si al ponerse el sol no hubieses estado aquí, habría cumplido mi palabra de matar al bajá.

—¡Te lo prohíbo! ¡El bajá es mi amigo!

—¿Tu amigo? ¿Cómo puede ser el tigre amigo del hombre?

—Lo he amansado.

—¡*Machallah!* Entonces has hecho un milagro. ¿Cómo ha sido?

—Más fácil de lo que pude esperar. Estamos bajo su amparo y tendremos una escolta de diez javases.

—¡Eso sí que es bueno!

—¡Quizá no lo sea! Además, me ha dado cartas de recomendación y el derecho de cobrar el *dich-parasí*.

—¡*Allah akbar!* Entonces eres tú un bajá... Pero, dime, *sidi*: ¿quién tiene que obedecer, yo a los javases o ellos a mí?

—Ellos a ti, pues tú no eres un verdadero criado, sino el Hachi Halef Omar Agá, mi compañero y ayudante.

—¡Muy bien dicho! Yo te aseguro que sabrán quién soy si me faltan al respeto.

El gobernador cumplió su palabra. Cuando a, la mañana siguiente, al clarear el día, se levantó Halef y se asomó a la puerta, le saludaron diez hombres a caballo, que estaban formados frente a la casa. Halef entró a llamarme y yo, naturalmente, me apresuré a pasar revista a mi guardia de honor.

Como había dicho el bajá, eran cinco arnaútes y cinco bachi-bozüks. Éstos llevaban el uniforme ordinario de los soldados turcos. Los arnaútes vestían chaleco de terciopelo color de púrpura, chaquetilla verde, sin mangas, ribeteada de terciopelo, anchas fajas, pantalones rojos con franjas de oro, turbante rojo y tan gran número de armas, que con sus puñales y pistolas había para armar a un escuadrón tres veces más numeroso. Mandaba a los bachi-bozüks un viejo *buluk emini*<sup>[4]</sup>, y a los arnaútes un *onbaschi*<sup>[5]</sup>, de aspecto sombrío y feroz.

El *buluk emini* era un personaje muy original; no montaba caballo, sino asno, y

llevaba la insignia de su cargo, es decir, un tintero enorme, de cuerno, colgando de una correa pasada por el cuello, y clavadas en el turbante ostentaba cosa de una docena de plumas de escribir. Era un hombrecillo pequeño, gordo, a quien le faltaba la nariz. En cambio llevaba el bigote tan desmesuradamente largo que le colgaba a cada lado de la boca como un sauce llorón. Sus mejillas azuleaban de puro rojas, y eran tan carnosas que apenas podía contenerlas la piel, que amenazaba reventar, y le dejaban tan pequeño espacio para los ojos que a duras penas podían dar paso a un pequeño rayo de luz que iluminase el cerebro de aquella bola de grasa.

Di a Halef una botella de raki para que fuera a obsequiar a aquellos bravos, y al salir él me aposté yo de manera que pudiera observar a mi sabor la escena.

—*¡Sabahinizjayir!* Buenos días, valerosos combatientes. Sed bien venidos.

—*¡Sabahinizjayir!* —Contestaron a coro.

—¿Habéis venido para escoltar al famoso, al gran Kara Ben Nemsi, en su viaje?

—El bajá nos lo ha mandado.

—Entonces he de deciros que mi nombre es Hachi Agá Halef Omar Ben Hachi Abul Abbás Ibn Hachi Davud al Gosarah; soy el mariscal de campo y agá del señor a quien tenéis que acompañar vosotros; por consiguiente debéis prestar obediencia a mis instrucciones. ¿Qué órdenes habéis recibido del bajá?

El buluk emini contestó con voz de falsete semejante al sonido de una trompa en fa, vieja y oxidada:

—Y soy buluk emini del padichá, a quien Alá bendiga, y me llamo Ifra. Fíjate bien en este nombre. El bajá, cuyo sirviente más fiel soy, me envía con este tintero y estas plumas para anotar todo lo que nos suceda, a nosotros y a vosotros. Yo soy el valiente jefe de este escuadrón y os daré pruebas de que...

—*¡Cállate, echekún atli!*<sup>[6]</sup> —le interrumpió bruscamente el onbaschí atusándose las grandes barbas—. *¡Qué vas a ser tú jefe nuestro! Anda de ahí, enanillo; tú no mandas más que en tu tintero y en los gansos que te dieron sus plumas, y nada más.*

—¿Qué dices? Soy buluk emini y me llamo Ifra. Mi valor...

—*¡Cállate, te digo!* Tu valor está depositado en las patas de tu asno, al que Alá reduzca a cenizas, pues esa bestia tiene la maldita costumbre de desbocarse durante el día y rebuznar toda la noche. Os conocemos a ti y a tu burro, pero no obstante no hemos podido poner en claro cuál de los dos es el buluk emini, si el burro o su amo.

—*¡Guarda tu lengua, onbaschí!* ¿No sabes tú que mi bravura me llevó en el combate al punto en que se pierden las narices? Observa mi nariz, que ya no existe, y te asombrarás del arrojito con que peleé. ¿Es que no conoces la historia de cómo perdí mi nariz? Oye, pues. Era cuando combatíamos delante de Sebastopol contra los moscovitas: allí estaba yo, en lo más terrible de la batalla, cuando al levantar de repente el brazo para...

—*¡Cállate!* ¡Mil veces he oído tu historia...! —Y volviéndose a Halef añadió el onbaschí—: Y soy el onbaschí Ular Alí. Hemos sabido que el emir Kara Ben Nemsi es un hombre valeroso, y eso nos place; hemos sabido, además, que es grato a

nuestros agaes y eso nos place todavía más. Le protegeremos y le serviremos lealmente para que quede satisfecho de nosotros.

—Pues, entonces, repito: ¿qué órdenes os ha dado el bajá?

—Nos ha ordenado que consideráramos al emir como al mejor amigo, como al hermano del bajá.

—¿Hallaremos, pues, en todas partes hospedaje y comida de balde?

—Todo lo que necesitemos vosotros y nosotros.

—¿Os ha hablado del *dich-parasí*?

—Sí.

—¿Que ha de ser cobrado en dinero contante y sonante?

—Sí.

—¿Cuánto importa?

—Lo que el emir quiera.

—¡Alá bendiga al baja! Su entendimiento es claro como el sol y su sabiduría asombra al mundo. Lo pasaréis muy bien con nosotros. ¿Estáis prestos a emprender el viaje?

—Sí.

—¿Lleváis de comer?

—Para un día.

—Pero no lleváis tiendas...

—No las necesitamos, pues todas las noches tendremos buena habitación.

—¿Sabéis que hemos de pasar por tierras de los Yesidis?

—Lo sabemos.

—¿Y no tenéis miedo a esa gente?

—¿Miedo? Agá Halef Omar, ¿has oído alguna vez que un arnaute lo haya tenido? ¿Es acaso un *mand-ech-Chaitán*, un hombre del diablo, el diablo mismo? Ya puedes decirle al emir que estamos dispuestos.

Al cabo de un rato mandé a Halef que me trajera el caballo y salí a la calle. Los diez javases esperaron atentos mis órdenes, con los monté, hice señal de que me siguieran y la pequeña tropa se puso en marcha.

Cabalgamos pasando por el puente de barcas y nos encontramos muy pronto a la orilla opuesta del Tigris. Entonces llamé a mi lado al emir.

—¿A quién sirves ahora, al bajá o a mí?

—A ti, emir.

—Está bien: mándame al buluk emini.

Retrocedió y luego vino el pequeño gordiflón.

—Te llamas Ifra, ¿no es cierto? He oído decir que eres un valiente.

—Muy valiente —contestó con voz de trompeta.

—¿Sabes escribir?

—Admirablemente, emir.

—¿Dónde has servido y combatido?

—En todas las regiones de la tierra.

—Nómbrelas.

—¿Para qué, emir? ¿Tendría que decir más de mil nombres!

—Entonces debes de ser un buluk emini muy notable.

—¡Muy notable! ¿No has oído hablar de mí todavía?

—No.

—Es que no habrás salido nunca de esta tierra, pues mi fama es universal. Para que te convenzas, voy a decirte cómo perdí la nariz. Combatíamos delante de Sebastopol contra los moscovitas, y estaba yo en lo más recio de la batalla, cuando levanté el brazo...

No pudo continuar, porque mi potro, que no podía soportar el olor del asno, empezó a resoplar y erizar las crines y mordió al rucio del buluk emini. El asno, para evitar el mordisco, se encabritó, se ladeó y echó a correr. No iba huido, sino desbocado. Saltaba troncos y rocas como alma que lleva el diablo; el pequeño buluk emini hacía milagros de equilibrio para sostenerse sobre el espinazo del animal, y muy pronto perdimos de vista al burro y al jinete.

—Eso le ocurre siempre —oí que decía el onbaschí a Halef.

—Vamos a buscarle —contestó éste—; si no le perderemos.

—¿A él?, dijo el arnaute riendo. —No perderíamos gran cosa; pero no tengas cuidado: le ha pasado mil veces lo mismo y vuelve a parecer cuando menos se le espera.

—Pero ¿por qué monta ese animal?

—Por obligación.

—¿Y quién puede obligarle?

—El *yüsbachi*<sup>[7]</sup> a quien le divierten mucho los apuros de Ifra y su burro.

Al pasar entre Kufiunchik y el convento de San Jorge, vimos al buluk emini, que se había parado allí. Dejó que nos acercáramos y gritó ya desde lejos:

—Señor: ¿has creído quizá que el asno se me ha desbocado?

—Estoy convencido de ello.

—¡Te equivocas, emir! No he hecho más que adelantarme para reconocer el camino. ¿Vamos a lo largo del Yauser o seguimos el camino regular?

—Seguiremos este sendero.

—Permíteme, pues, que deje mi historia para más adelante. Ahora os serviré de guía.

Y echó a anclar delante de todos.

El Yauser es un arroyo o riachuelo que nace en las vertientes septentrionales del Ysbel Maklub y en su curso hacia Mosul riega los campos de muchos poblados. Pasamos un puentecillo y seguimos después su curso, dejándolo a nuestra izquierda. Las ruinas y el pueblo de Korsabad están a unas siete horas de camino, al Norte de Mosul. El terreno es pantanoso y en él reinan las fiebres infecciosas. Nos apresuramos, por tanto, a atravesarlo, pero nos faltaría aún más de una hora para

llegar al fin de nuestra jornada, cuando nos salió al encuentro un grupo de unos cincuenta arnaútes. Al frente de ellos cabalgaban algunos oficiales y en el centro del grupo distinguí la blanca vestimenta de un árabe. Al acercarnos más reconocí en él... al jeque Mohamed Emín.

¡Oh desgracia! ¡Había caído en manos de aquella gente!, él, el enemigo del bajá, que ya había hecho prisionero se habría defendido; pero no pude ver a ningún herido. ¿Le habrían sorprendido durmiendo? Tenía que recurrir a todos. Al efecto me detuve en mitad del camino y esperé que la tropa de jinetes llegara a nuestro lado.

Mi escolta se apeó para echarse a descansar a un lado del camino, y Halef y yo quedamos a caballo. El jefe detuvo su caballo y me preguntó, sin mirar a los que descansaban en el suelo:

—¡*Salam!* ¿Quién eres?

—¡*Aaleikum!* Soy un emir del Oeste.

—¿De qué tribu?

—De la nación de los Nemsi.

—¿Adónde vas?

—Al Este.

—¡Hombre, contestas muy secamente! ¿Sabes quién soy yo?

—Bien lo veo.

—Contesta, pues, mejor. ¿Con qué derecho viajas por aquí?

—Con el mismo derecho que tú.

—¡*Talahí!* Por Alá, que eres muy osado. Yo viajo por aquí por orden del mutesarif de Mosul. ¡Ándate con cuidado!

—Y yo viajo autorizado por el mutesarif de Mosul y por el padichá de Constantinopla. De manera que ándate con cuidado.

Abrió un poco más los ojos y me ordenó:

—¡Pruébamelo!

—Mira.

Le di mis pasaportes, que leyó después de abrirlos con las formalidades prescritas. Luego los plegó con cuidado, me los devolvió y dijo en tono muy cortés:

—Tú tienes la culpa de que te haya hablado severamente. Tú veías quién soy yo y tenías que contestarme con más cortesía.

—Tú tienes la culpa de que yo haya obrado así —le repliqué—. Por la escolta que llevo podías comprender que gozo de la amistad del mutesarif, y debías preguntar con mejores formas. Saluda a tu señor muchas veces de mi parte. Buenos días.

—A tus órdenes, señor —me contestó.

Y me volví para seguir mi camino.

## CAPÍTULO 6

### El bey de Baadrí

**M**i intención había sido hacer algo para libertar a Mohamed Emín; pero en cuanto hube trabado conversación con el oficial, comprendí que era innecesario. Los que guardaban al jeque se habían adelantado para oír mi conversación con el oficial y tenían la atención puesta en mí, olvidando al prisionero. Éste aprovechó en seguida la ocasión. Estaba ligado muy ligeramente y montaba un caballo turco muy malo. A la cola del escuadrón llevaban su magnífica yegua, de cuya silla colgaban todas sus armas. Vi sus felices esfuerzos por desatarse las manos, y en el momento en que yo terminaba mi diálogo con el jefe del escuadrón le vi saltar de su caballo.

—¡Halef, alerta! —Dije en voz baja a mi criado, que lo miraba todo con tanta atención como yo mismo.

—¡Entre ellos y él, sidi! —me contestó.

Me había entendido con una sola palabra. Entonces el Haddedín empezó a saltar como un tigre por cima de las grupas de los caballos que estaban detrás de él y cuyos jinetes no comprendieron al punto su osadía, y antes que salieran de su confusión había alcanzado su propia yegua. De un salto cabalgó en ella, arrancó las riendas de la mano del soldado que las llevaba y se lanzó a carrera tendida, no camino arriba ni abajo, sino hacia la orilla del riachuelo.

Un grito de muchas voces de sorpresa y rabia resonó detrás de él.

—¡El prisionero se escapa! —le grité al comandante—. ¡Hay que cogerle!

Diciendo esto revolví mi caballo y me lancé a carrera tendida siguiendo al fugitivo. Halef iba a mi lado.

—¡No tan cerca, Halef! Sepárate de mí y corre de modo que no puedan disparar sin herirnos a nosotros.

Fue una carrera loca, desenfrenada, la que empezó. Por fortuna, los perseguidores pensaron al pronto coger vivo a Mohamed Emín, y cuando fueron a hacer uso de las armas, la ventaja que el jeque les llevaba era muy grande. Tampoco les habrían servido de gran cosa las armas, pues nosotros no cabalgábamos en línea recta, sino en zigzag, para lo cual me esforzaba en hacer creer a los perseguidores que no podía dominar mi caballo. Éste tan pronto se paraba y se encabritaba como apretaba a correr; en medio de su carrera se echaba de pronto a un lado, daba un salto de través, corría un trecho hacia la derecha o la izquierda y de pronto volvía a tomar la línea recta. Halef hizo lo mismo, y por miedo a herirnos los arnaútes no dispararon.

El Haddedín había metido sin temor su caballo en la corriente del Yauser, que atravesó felizmente, y Halef y yo hicimos lo mismo; pero antes que llegaran los otros

los habíamos dejado muy atrás. Seguimos corriendo, siempre hacia el Noroeste, hasta que al cabo de dos horas nos encontramos en la carretera que conduce desde Mosul, pasando por el Telkief, a Rabán Hormuzd y sigue paralelamente a la que queríamos tomar para llegar a Korsabad, Yeraiyah y Baadrí. Entonces se detuvo Mohamed Emín, y al ver que sólo le seguíamos Halef y yo, pues los otros se habían quedado detrás del horizonte, gritó.

—¡Alabado sea Dios! Effendi, te doy las gracias por haberles atado las manos. ¿Qué hacemos ahora para despistarles?

—¿Cómo te cogieron, oh jeque? —preguntó el pequeño Halef.

—Ya nos lo dirá después —contesté yo—. Ahora no tenemos tiempo. Mohamed Emín, ¿conoces el terreno pantanoso que hay entre el Tigris y el Yebel Maklub?

—Lo pasé una vez a caballo.

—¿En qué dirección?

—De Baacheika y Baazaní, por Ras al Aín, hacia Dohuk.

—¿Es peligroso el pantano?

—No.

—¿Veis los dos al Noroeste aquella altura a la cual se puede llegar en unas tres horas?

—La vemos.

—Allí nos encontraremos, pues ahora tenemos que separarnos. No hay que seguir la carretera, pues nos verían y adivinarían nuestra dirección. Tenemos que penetrar en el pantano cada uno por su lado, para que tus perseguidores, si llegan hasta aquí, no sepan qué huellas han de seguir.

—Pero ¿y nuestros amantes y bachi-bozüks, sidi? —preguntó Halef.

—Que se las compongan como quieran. Nos estorban más que nos sirven; no añaden autoridad a mis documentos. Halef, sigue tú la línea Sur; yo seguiré la del centro y el jeque la del Norte, separándonos cada uno lo menos media legua del otro.

Nos separamos, pues, y penetré en el pantano, que, por fortuna, no era un cenagal. Mis compañeros desaparecieron de mi vista y yo avancé solo hacia el punto de reunión que habíamos convenido.

Desde hacía muchos días me encontraba en un estado de ánimo que pocas veces había experimentado. No hay ningún país de la tierra que esconda tantos y tan profundos enigmas como el territorio que mi caballo pisaba. Aparte de las ruinas de los imperios de Asiria y Babilonia que a cada paso se encuentran, surgían ante mis ojos montañas, cuyas laderas y hondonadas habitaron hombres de nacionalidad y religión que sólo con la mayor dificultad pueden descifrarse. Extintores de la luz, adoradores del diablo, nestorianos, golatas, revafidhitas, caldeos, nahumitas, sunitas, chiitas, nachiyetas, muatariletas, vajabitas, árabes, judíos, turcos, armenios, asirios, drusos, maronitas, kurdos, persas, turcomanos... A cada paso puede encontrarse a algún individuo de estas naciones, tribus y sectas; y ¡quién sabe las faltas y yerros que un extranjero puede cometer en tales ocasiones! Aquellas montañas exhalan

todavía el vaho de la sangre de los que caían víctimas del odio de unos pueblos contra otros, del fanatismo más salvaje, del afán de conquistas, de la perfidia política, del placer del robo o de la venganza. Allí, en aquellos peñascos y en lo alto de las rocas, se encuentran moradas humanas, como nidos de buitres siempre dispuestos a precipitarse sobre la codiciada presa. El sistema de opresión, el desconsiderado derramamiento de sangre son causa de aquel rabioso rencor que entre amigos y enemigos se nota, y la palabra de amor y reconciliación, predicada por los mensajeros de Cristo, se ha disipado al viento. Aunque los misioneros americanos quieran alardear de buenos resultados, lo cierto es que el campo no está preparado para recibir la siembra. Pueden los ministros del Señor probarlo todo y atreverse a todo... En las montañas kurdas fluyen las corrientes de enemistad como un remolino devastador, que no se detendrá ni amansará mientras una mano poderosa no destruya los peñascos que lo aprisionan, domine el odio sangriento y aplaste la cabeza a ese vampiro sediento de sangre que lo exprime y agota todo. Entonces estarán abiertos los caminos para los que vayan a «predicar la paz y anunciar la salvación». Entonces ningún habitante de aquellas montañas podrá decir con razón: «Me hice cristiano para que no me apaleara el agá». Y el agá era, precisamente, un rígido e intolerante mahometano.

La montaña se me acercaba más y más, o, mejor dicho, yo me acercaba a la montaña. El suelo era en verdad blando y húmedo, pero sólo en algunos puntos se habían hundido más de lo regular los cascos de mi caballo; y finalmente vino la tierra seca. Había pasado ya la región palúdica del Tigris, cuando vi a mi derecha un jinete y en él reconocí muy pronto a Halef, que al poco rato estuvo a mi lado.

—¿Te has encontrado con alguien? —le pregunté.

—No, sidi.

—¿Nadie te ha visto?

—Nadie. Sólo hacia el Sur, en el camino que habíamos dejado, he visto a un hombrecillo que tiraba de una bestia; pero no he podido reconocerle exactamente.

—Y al que se ve allí ¿puedes reconocerle? —le pregunté, señalando al Norte.

—¡Oh, sidi, ése no es otro que el jeque!

—Sí: es Mohamed Emín. Dentro de diez minutos estará con nosotros.

Así fue. Nos reconoció y se apresuró a salirnos al encuentro.

—Y ahora ¿qué hacemos? —me preguntó.

—Iremos en la dirección que ya sabes. ¿Has sido descubierto por alguien?

—No he visto a nadie más que a un pastor, a gran distancia, que seguía con su rebaño por un lado del camino.

—¿Cómo te prendieron?

—Tú me habías dicho que te aguardara en las ruinas de Korsabad. He estado escondido hasta esta mañana; pero luego me he situado cerca del camino para ver si venías. Allí me han descubierto los soldados y me han rodeado, de modo que no podía defenderme, pues eran demasiados hombres para uno solo. Por qué me



llevaban preso no lo sé.

—¿Te han preguntado quién eras?

—Sí; pero no les he dado mi nombre.

—Esa gente es inexperta. Cualquiera árabe te habría conocido por tu tatuaje. Te han prendido porque en las ruinas de Kufiunchik están reunidas las tropas que el bajá tenía destinadas a batir a los Chammar.

Mohamed Emín se estremeció y detuvo su caballo.

—¿Contra los Chammar? ¡Alá nos ayude! Entonces es preciso volver atrás en seguida.

—No es necesario; conozco el plan del gobernador. La expedición contra los Chammar, por ahora, no es más que una ficción. El mutesarif quiere atacar antes a los Yesidis; pero como quiere cogerlos desprevenidos, finge que va a combatir a los Chammar.

—¿Lo sabes con certeza, effendi?

—Con toda certeza, pues he hablado con el mismo bajá y hemos tratado del asunto, de modo que me ha encargado que estudie vuestro territorio y vuelva a darle cuenta a él de mis averiguaciones.

—Pero si termina pronto con los Yesidis, aprovecharé la ocasión de tener reunidas las tropas para enviarlas contra los Chammar.

—No acabará tan pronto como te figuras con los Yesidis. Yo te lo aseguro; y entretanto ya habrá pasado la primavera.

—¡*Machallah!* ¿Qué tiene que ver la primavera con la guerra?

—Muchísimo. Tan pronto como vengan los días calurosos se secan las plantas y las fuentes. Los beduinos se retiran con sus rebaños a las montañas de los Chammar o de los Sinyar y el ejército del bajá perecería de hambre y de sed.

—Tienes razón, effendi. Sigamos, pues, confiados, nuestro camino; pero yo no lo conozco.

—Tenemos a la derecha la carretera que va a Aín Sifni, a la izquierda la que conduce a Yeraiyah y a Baadrí. Hasta Baadrí no conviene que nadie nos vea, y tenemos que obrar en consecuencia, sin separarnos nunca de la orilla del Yauser. Tan pronto como hayamos pasado Yeraiyah no habrá ya necesidad de que nos escondamos.

—¿Cuánto nos falta para llegar a Baadrí?

—Tres horas.

—Señor, eres un gran emir ¡Vienes de lejanas tierras y conoces este país mejor que yo!

—Queremos ir a Amadiyah y me he enterado minuciosamente del terreno que hemos de recorrer. Pero ahora ¡adelante!

Aunque los dos caminos que queríamos evitar estaban apenas a media hora de distancia uno de otro, conseguimos caminar entre ellos sin ser vistos. Cuando veíamos venir a alguien por la derecha cabalgábamos nosotros hacia la izquierda y

viceversa. Naturalmente, mi anteojo nos prestó muy buenos servicios y a él sólo tuvimos que agradecer el poder llegar sin ser notados a la vista de Baadrí.

Habíamos cabalgado diez horas sin reposo, y por tanto nos hallábamos bastante cansados cuando alcanzamos la cadena de colinas a cuyo pie se asienta el pueblo, morada del jefe espiritual de los «adoradores del diablo» y del caudillo de la tribu. Pregunté al primero que encontramos por el nombre del bey. El buen hombre me miró azorado, pues le había preguntado en árabe, olvidándome de que la mayoría de los Yesidis no lo entienden.

—*¿Bey niye dentar?* (¿Cómo se llama el bey?) —le pregunté luego en turco.

—*Alí-bey* —me contestó.

—*¿Ol-nerde oturar?* (¿Dónde vive?).

—*Guel, seni gotirim* (Ven, te guiaré).

Nos llevó hasta un espacioso edificio, construido en piedra.

—*Icherde otur* (Ahí vive) —me dijo aquel hombre, y se alejó.

El lugar estaba extraordinariamente animado. Además de las casas y chozas, observé gran número de tiendas, ante las cuales vi atadas muchas caballerías; y entre ellas iba y venía gran gentío. Era tan considerable el movimiento, que nuestra llegada no produjo extrañeza alguna.

—¡Sidi, mira! —exclamó Halef—. ¿Conoces esto?

Me indicaba un asno atado junto a la puerta de la casa. ¡Era el asno de nuestro buluk emini! Me apeé y entré, y en el mismo instante oí la voz de falsete del bravo Ifra:

—¿Es decir que no quieres darme otra habitación?

—No tengo más que ésa —contestó otra voz áspera y seca.

—Puesto que eres el *kiajah* (alcalde), tienes que procurarme otra habitación.

—Ya te he dicho que no hay más que la que te ofrezco. El lugar está lleno de peregrinos y no hay un solo sitio vacío. ¿Por qué no lleva tu effendi una tienda de campaña?

—¿Mi effendi? ¡Si es un emir, un gran bey, más famoso que todos los príncipes yesidis de la montaña!

—¿Dónde está?

—Vendrá luego. Quiere coger antes a un prisionero.

—¿Coger un prisionero? ¿Estás loco?

—Un prisionero que se nos ha escapado.

—¡Ah, ya!

—Tiene un firmán del Gran Señor, un *firmán el onzul* (pasaporte del cónsul), un firmán y muchas cartas del mutesarif; y yo tengo también mis papeles.

—Que venga él mismo.

—¿Qué? ¡Tiene el *dich-parasí* y dices que venga él mismo! Hablaré con el jeque y verás lo que te pasa.

—El jeque no está aquí.

—Entonces hablaré con el bey.

—Vete a verle: adentro está.

—Sí, voy. Soy un buluk emini del Gran Señor, tengo treinta y cinco piastras de sueldo mensual<sup>[8]</sup> y no tengo que temer nada del kiayah. ¿Lo oyes?

—Sí. ¡Treinta y cinco piastras todos los meses! —contestó el otro alegremente—. ¿Y te dan algo más?

—¿Si me dan más? Oye: dos libras de pan, diez y siete onzas de carne, dos onzas de manteca, cinco de arroz, una de sal y onza y media de otros ingredientes cada día. Además me dan jabón, aceite y grasa para las botas. ¿Me entiendes? Y si te burlas de mi nariz, que ya no tengo, te voy a contar cómo se me extravió. Fue en el sitio de Sebastopol; me encontraba en lo más reñido del combate y...

—No tengo tiempo para oírte.

—¿He de decirle al bey que deseas hablar con él?

—Díselo; pero no te olvides de manifestarle que no me dejo despedir.

Mi persona era, por lo visto, el objeto de su ruidosa conversación. Entonces entré, seguido de Mohamed Emín y Halef Omar. El kiayah iba en aquel instante a abrir una puerta, pero se detuvo al vernos a nosotros.

—Aquí viene el emir mismo —le dijo Ifra—. Él te enseñará a obedecer.

Me dirigí primeramente al buluk emini.

—¿Tú aquí? ¿Qué en Baadrí?

Su cara reveló visible confusión, pero contestó en el acto:

—¿No te dije que iría yo delante, Excelencia?

—¿Dónde están tus compañeros?

—¡*Inflemich!* ¡Disipados, evaporados, llevados por el viento!

—¿Adónde?

—No lo sé, Alteza.

—Por lo menos habrás visto dónde se dirigían.

—Sólo un rato. Cuando el prisionero huyó le persiguieron todos, incluso mi gente y los arnaútes.

—¿Por qué no le perseguiste tú?

—*Benim echeck* (mi asno no quiso), señor, y además tenía que venir a Baadrí para buscar alojamiento.

—¿Viste bien al prisionero?

—No me fue posible. Al llegar los oficiales tenía yo la cara pegada al suelo, y cuando me levanté para seguir a los demás el preso estaba muy lejos.

Esto era, precisamente, lo que yo quería, por la seguridad de Mohamed Emín.

—¿Vendrán pronto los otros?

—¡Quién sabe! Los designios de Alá son inescrutables; lleva a los creyentes por acá o por allá, a derecha e izquierda, según le place, pues los caminos de los hombres están anotados en el *Kitab takdirün*, el libro de la Providencia.

—¿Se encuentra aquí Alí-bey? —pregunté al kiayah.

—Sí.

—¿Dónde?

—*Bu kapu echeri* (Detrás de esta puerta).

—¿Está solo?

—Sí.

—Dile que deseamos hablar con él.

Mientras el kiayah pasaba al otro aposento, Ifra se acercó a Halef y en voz baja, dándole un codazo y fijando los ojos en Mohamed Emín, le dijo:

—¿Quién es, ese árabe?

—Un jeque.

—¿De dónde viene?

—Le hemos encontrado. Es un amigo de mi sidi y nos acompaña.

—¿*Ver chok bakchichler?* (¿Da buenas propinas?).

—¡*Bu kadar!* (¡Y tantas!) —exclamó Halef levantando los diez dedos en alto.

Esto bastó al buen buluk emini, como pude notar en su semblante satisfecho.

Se abrió de nuevo la puerta y volvió el kiayah. Detrás del cual salió un joven de arrogante figura, alto y esbelto, de facciones regulares y con unos ojos grandes y rasgados que sorprendían por su fuego. Llevaba calzones bordados muy finos, rica chaqueta y un turbante por debajo del cual caían en abundancia los rizos de una cabellera magnífica. En el cinto llevaba solamente un puñal, cuyo pomo era de un trabajo muy artístico.

—¡*Joch gueldín demek!* (¡Sed bien venidos!) —nos dijo mientras nos daba la mano, primero a mí, luego al jeque y finalmente a Halef, y fingía no reparar en el buluk emini.

—*Mazul bujurum sultanum* (Perdona, señor, que haya penetrado en tu casa) —le contesté—. La noche se acerca, y quería preguntarte si en tu pueblo hay un lugar donde podamos reposar por una noche la cabeza.

Me contempló muy atentamente, de arriba abajo, y contestó.

—No se debe preguntar al viajero de dónde viene ni adónde va; pero mi kiayah me ha dicho que eres un emir.

—No soy árabe ni turco, sino nemche, y mi patria está muy lejos de aquí, en Occidente.

—¿Nemche? No conozco a ese pueblo, y tampoco había visto a ningún compatriota tuyo; pero he oído hablar de un nemche a quien deseo conocer.

—¿Permites que te pregunte por qué?

—Porque salvó la vida a tres hombres de mi pueblo.

—¿Cómo fue eso?

—Los sacó del cautiverio y los condujo al campamento de los Haddedín.

—¿Están esos hombres en Baadrí?

—Sí.

—¿Se llaman Pali, Selek y Melaf?

Dio un paso atrás, sorprendido.

—¿Los conoces?

—¿Cómo se llama el nemche que los salvó?

—Kara Ben Nemsí.

—Ése es mi nombre. Este hombre es Mohamed Emín, el jeque de los Haddedín, y este otro es Halef, mi acompañante.

—¿Es posible? ¡Qué sorpresa! ¡*Seni guerek olarim!* (¡Permíteme que te abrace!).

Me estrechó contra su pecho, me besó en ambas mejillas, e hizo después lo propio con Mohamed Emín y Halef, sólo que no besó a éste. Luego me cogió de la mano y me dijo:

—*Chelebim majalinde gueldín* (Señor, vienes a buena hora). Tenemos una gran fiesta a la cual no se deja asistir a extranjeros; pero tú te regocijarás con nosotros. Quédate aquí mientras duren los días santos y otros muchos después.

—Me quedaré hasta que el jeque quiera.

—Le agradará mucho a él también.

—Es que su corazón le llama más lejos, como ya te contará él mismo.

—Lo comprendo; pero entrad. Mi casa es vuestra y mi pan es vuestro pan. Seréis nuestros hermanos mientras vivamos.

Mientras entrábamos oí que decía Ifra al kiayah:

—¿Has oído tú, viejo, qué emir tan notable es mi effendi? Aprende a respetarme también a mí. Conque, cuidadito conmigo.

El aposento en que entramos estaba muy modestamente amueblado. El jeque y yo tomamos asiento uno a cada lado de Alí-bey, quien no me había soltado de la mano y me contemplaba con gran atención; por fin me dijo:

—¿Tú eres el hombre que ha vencido a los enemigos de los Haddedín?

—¿Quieres confundirme?

—¿El que de noche y sin ayuda mató a un león? ¡Quién fuera como tú! ¿Eres cristiano?

—Sí.

—Los cristianos son más poderosos que los demás pueblos; yo también soy cristiano.

—¿Los Yesidis lo son también?

—Lo son todo, pues han tomado lo que les ha parecido mejor de cada religión.

—¿Estás seguro de lo que dices?

El joven contrajo el ceño al responderme:

—Y sé decirte, emir, que en estas montañas no puede dominar una religión sola, pues nuestro pueblo está dividido, nuestras tribus enemistadas y nuestros corazones destrozados. La buena religión debe predicar el amor; pero un amor espontáneo, que brote del corazón, no puede echar raíces en un suelo desgarrado por el odio, la sed de venganza, la traición y la crueldad. Si en mis manos estuviera el poder, predicaría el amor, pero no con los labios, sino con la espada en la mano, pues donde se quiere que

nazca una flor hay que extirpar primero la mala hierba. ¿Crees tú que un buen sermón puede hacer brotar un *karanfil* (clavel) de una *zer-lajana* (hierba venenosa)? Un jardinero podrá cultivar y hacer que florezca la planta venenosa, pero el veneno quedará en el interior, pérfidamente escondido. Y te digo que la predicación de mi espada convertiría a los lobos en corderos. Quien la escuchara sería dichoso; pero al que la desoyera le aplastaría. Entonces podría meter el sable en la vaina y volver a mi tienda satisfecho de mi obra, pues una vez infiltrado, sucede lo que dice el libro sagrado de los cristianos: «*Mujabbetbitmez*, el amor es eterno».

# CAPÍTULO 7

## La religión yesidi

Sus ojos brillaban, sus mejillas se habían encendido y el tono de su voz parecía salir de lo más profundo de su corazón. No solamente era hermoso de cuerpo, sino noble de alma; conocía la triste condición de su patria y quizá había en él madera de héroe.

—¿De modo que en tu opinión los predicadores cristianos que vienen de lejanas tierras no pueden lograr aquí fruto? —le pregunté.

—Nosotros, los Yesidis, conocemos vuestro libro sagrado. Éste dice: «*lûdanûn soz chekich dir, bi chatlar tachlar*, la palabra de Dios es un martillo que quebranta las rocas». Pero ¿puedes machacar el agua con un martillo? ¿Puedes destrozar con él los vapores que suben del pantano y quitan la vida? Pregunta a los hombres que han venido de leni-dünia (América). Han enseñado mucho y han hablado mucho; han regalado y comprado muchas cosas bonitas y trabajaron incluso como impresores. Y la gente los ha escuchado, ha aceptado sus regalos, se ha dejado bautizar y luego ha vuelto a robar, hurtar y asesinar como antes. El libro santo fue impreso por ellos en nuestra lengua, pero aquí nadie sabe leer ni escribir. ¿Crees tú que esos hombres conseguirían enseñarnos a leer y escribir? Nuestra pluma no puede ser ahora más que de agudo acero. Vete al célebre convento Rabban Hormuzd, que pertenecía antes a los nestorianos. Ahora pertenece a los *katuliklar* (católicos), que convirtieron a Alkoch y Telkef. Varios pobres monjes se mueren de hambre en la árida altura, sobre la cual dos olivos desnudos mueren de consunción. ¿Por qué es así y no de otra manera? Falta un Jebochú (Josué) que ordene. ¡*Günech, ile kamer, sus jem Guibbea jakinda jem dere Aiala!* (¡Sol, párate en Gibeón, y tú, luna, en el valle de Aialón!). Falta el héroe Chimsa (Sansón) que obligue con la espada a los malos a que hagan el bien. Falta Chobán Davud (el pastor David) que con su honda derribe al asesino Yliah. Falta el diluvio que ahogue a los sin Dios, para que Nanah (Noé) con los suyos se arrodille ante Alá, bajo el arco de los siete colores. ¿No está escrito en vuestro libro. *Insanlaryeza estemezler dan rujuma*, los hombres no quieren dejarse dominar por un espíritu? Si fuera yo un Musa (Moisés) mandarí yo mi Jebochú y mi Kaleb por todos los valles del Kurdistán, y luego allanaría con la espada el camino a aquellos de los que dice vuestro Kitab. *Varar-lar salami, der-leruguri* (predican la paz y anuncian la salvación). Me miras con ojos de espanto. ¿Crees tú que la paz es mejor que la guerra y la pala mejor que la maza? También lo creo yo. Pero ¿puedes tú figurarte una paz sin que la imponga una espada? ¿No tenemos que llevar aquí con nosotros la maza para, poder trabajar con la pala? Tú llevas muchas armas encima, mejores que las nuestras. ¿Por qué las llevas? ¿Las llevas también en la tierra de los nemche al

emprender un viaje?

—No —tuve que contestar.

—¿Lo ves? Podéis ir a la kilise (iglesia) y dedicar a Alá vuestro culto sin cuidado; podéis sentaros en la casa del maestro y escuchar su palabra sin angustias; podéis honrar a vuestros padres e instruir a vuestros hijos sin miedo; vivís encantados en el jardín del Edén, porque vuestra serpiente tiene aplastada la cabeza. Pero nosotros esperamos todavía al héroe que tiene que acallar y calmar la *charmata arasinda daglere* (la gritería en la montaña) de que habla vuestro libro santo. Y yo te aseguro que vendrá un día. No será el ruso, ni el inglés, ni el turco que nos desangra, ni el persa que nos miente y engaña tan descaradamente. Creímos una vez que sería Bonapertah, el gran shah de los franceses; pero ahora sabemos que el león no debe esperar auxilio del águila, pues el imperio de los dos es distinto. ¿Has oído hablar alguna vez de lo que han tenido que padecer los Yesidis?

—Sí.

—Vivíamos en paz y concordia en la tierra Sinyar; pero fuimos oprimidos y expulsados de allí. Era la primavera; el río había salido de madre y había arrancado los puentes. Nuestros ancianos, mujeres y niños, huyendo de las aguas se habían refugiado cerca de Mosul y fueron arrojados a la corriente o asesinados como bestias feroces, mientras en las terrazas de la ciudad el pueblo se regocijaba contemplando la matanza. Los que quedaron no supieron dónde reclinar la cabeza. Fueron a las montañas de Maklub, a Botán, Chaithán, Misurí, Siria y hasta a la otra parte de la frontera rusa. Allí han logrado hacerse un hogar, allí trabajan; y si llegas a ver sus viviendas, sus trajes, sus campos y jardines, te alegrarás, pues allí reina actividad, orden y probidad, mientras que a su alrededor sólo se encuentran fangales y desidia. Pero este bienestar atrae a sus enemigos, y cuando necesitan gente o dinero caen sobre nosotros y nos matan y nos arrancan nuestros bienes. Celebramos dentro de tres días la fiesta de nuestro gran santo. Desde hace muchos años no podíamos celebrarla, porque los peregrinos tenían amenazada la vida en su viaje a Jeque Adí. Este año parece que nuestros enemigos quieren dejarnos en paz y volveremos a celebrar la fiesta. *Chelebim majalinde gueldín*, llegas a hora oportuna. En verdad, no podemos admitir extranjeros a nuestra fiesta; pero tú eres el bienhechor de los míos y serás bien acogido.

No podía ofrecerme cosa más grata que esta invitación, pues me daba ocasión de aprender las costumbres y usos de los «adoradores del diablo». Los Radiahel Chaitán o *jaik-chaitanín* (gente del diablo) eran pintados tan malos, y a mí se me presentaban tan mejores, que estaba ansioso de aclarar este punto.

—Te doy las gracias por tu amable ofrecimiento —contesté—. De muy buena gana me quedaría con vosotros, pero tenemos que cumplir una misión que nos obliga a salir de Baadrí.

—Conozco esa misión —me contestó—; pero a pesar de ella puedes celebrar con nosotros la fiesta.



—¿Conoces el objeto de mi excursión?

—Sí. Vais a libertar a Amad el Ghandur, el hijo de Mohamed Emín, que se encuentra en Amadiyah.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Por los tres hombres a quienes salvaste; pero ahora no podéis lograr su libertad.

—¿Por qué?

—Parece que el mutesarif teme un ataque de los kurdos orientales y ha enviado a Amadiyah muchas tropas, de las cuales una parte está ya en el castillo.

—¿Cuántos son?

—Dos *yüsbachí* (capitán) con doscientos hombres del sexto regimiento de infantería Anatoli Ordisi, de Diarbekir, y tres *yüsbachí* con trescientos hombres del tercer regimiento Irak Ordisi, de Kerkiuk; en total quinientos hombres bajo el mando de un *bimbachí* (comandante).

—¿Y Amadiyah está a doce horas de aquí?

—Sí, aunque el camino es tan penoso que en menos de un día no se puede llegar allá. Generalmente hay que hacer noche en Ysloki o Spandareh y se parte otra vez por la madrugada para recorrer la escarpada montaña Garah, detrás de la cual se encuentran la llanura y las rocas de Amadiyah.

—¿Qué tropas hay en Mosul?

—Parte del segundo regimiento de dragones y del cuarto regimiento de infantería de la división Irak Ordisi. También esos están en movimiento. Un destacamento tiene que marchar contra los beduinos y otro vendrá por nuestras montañas para dirigirse a Amadiyah.

—¿Cuántos son los últimos?

—Mil hombres, al mando de un *miralai* (coronel), con el cual va un *Alai emini* (comisario yesidi). A ese *miralai* le conozco yo. Mató a la mujer y dos hijos de *Pir* (santón) Kamek y se llama Omar Amed.

—¿Sabes dónde se reúnen?

—Los destinados a ir contra los beduinos están escondidos en las ruinas de Kufiunchik. Por mis espías he sabido que parten pasado mañana; pero los otros no estarán listos hasta más adelante.

—Yo creo que tus espías te han informado mal.

—¿Cómo es eso?

—¿Crees realmente que el mutesarif de Mosul va a hacer venir tropas nada menos que de Diarbekir para emplearlos contra los kurdos orientales? ¿No había tenido mucho más a mano el segundo regimiento de infantería Irak Ordisi, que está ahora en Sulaimana? ¿Y el tercer regimiento de Kerkiuk no se compone de kurdos en su mayor parte? ¿Crees que cometerán la falta de emplear trescientos hombres contra sus mismos hermanos de tribu?

Se quedó muy pensativo y me dijo luego.

—Tus palabras son sabias, pero no las comprendo bien.

—¿Llevan consigo cañones las tropas que están en Kufiunchik?

—No.

—Si proyectaran una marcha por la llanura llevarían seguramente artillería. Toda tropa sin artillería está indudablemente destinada a operar en las montañas.

—Entonces mis exploradores se han equivocado. La tropa emboscada en las ruinas no está destinada a ir contra los beduinos, sino a Amadiyah.

—¿Partirán pasado mañana? Entonces llegarán aquí, precisamente, el día de vuestra fiesta.

—¡Emir!

No dijo más que esta palabra, pero con el acento del temor más grande. Yo proseguí, diciendo.

—Observa que ni en el Sur ni en el Norte de Jeque Adí, sino solamente al Este y al Oeste hay tropas. A diez horas de aquí se juntan mil hombres en Mosul y quinientos al Este, en Amadiyah. Jeque Adí queda cerrado, sin escape posible.

—Señor, ¿será eso verdad?

—¿Crees tú que quinientos hombres serían suficientes para caer sobre la región de los kurdos de Bervari, de Botán, Tiyari, Yal, Hakkiarí, Kasita, Tura-Gara, Baz y Chirván? Esos kurdos al tercer día podrían oponerles seis mil guerreros.

—Tienes razón, emir: ¡somos nosotros su objeto!

—Ahora que te has convencido por mis razones, escucha: sé de la propia boca del mutesarif que quiere atacarnos en Jeque Adí.

—¿Es posible?

—Escúchame.

De mi conversación con el bajá de Mosul le relaté lo que para mi objeto juzgué necesario. Cuando hube terminado, se levantó y dio algunos pasos por la habitación. Luego me tendió la mano.

—¡Te doy las gracias, emir; nos salvas a todos! Nos habrían hallado desprevenidos mil quinientos soldados, y estábamos perdidos; pero ahora celebro que vengan. El mutesarif con su mala intención nos ha dejado en paz para atraernos a la peregrinación de Jeque Adí; lo ha pensado todo con mucha precaución; pero una cosa ha descuidado; los ratones que quiere cazar serán tantos que podrán despedazar al gato. Permíteme que diga a mis hombres algo de lo que hemos hablado y permíteme que me aleje por algunos momentos.

Con esto se marchó.

—¿Qué te parece, emir? —me preguntó Mohamed Emín.

—Lo que a ti.

—¿Y éste es un *mard-ech-chaitán*, un adorador del diablo? —dijo Halef—. Yo me figuraba a los Yesidis con boca de lobo, ojos de tigre y garras de vampiro.

—¿Crees ahora que los Yesidis irán al cielo? —le pregunté sonriendo.

—Aguarda un poco, sidi. He oído decir que el diablo toma a menudo hermosas apariencias para engañar con más seguridad a los creyentes.

Se abrió la puerta y entró un hombre de aspecto muy notable. Sus vestiduras eran del blanco más puro, y blancos como la nieve sus cabellos, que en largas guedejas rizadas ondeaban sobre sus hombros. Contaría ya sus ochenta años; tenía las mejillas descarnadas y los ojos hundidos en las órbitas; pero su mirada era inteligente y perspicaz y el movimiento que hizo para abrir la puerta mostraba una gran agilidad. La barba cerrada, negra como ala de cuervo, que le llegaba hasta la cintura, formaba vivo contraste con la brillante nieve de su cabellera. Nos hizo una reverencia y nos saludó con voz poderosa:

—*¡Günech-iniz soyündürme-sun!* (¡No se apague jamás vuestro sol!). Y luego añadió:

—*¿Hun be kurmangyi zanin?* (¿Entendéis el kurdo?).

Hizo esta última pregunta en dialecto kurdo de Kurmangyi y cuando vio que titubeaba yo para contestar, me dijo:

—*¿Chima zazaya zani?*

Era la misma pregunta en dialecto zaza. Estos dos dialectos son los más extendidos de la lengua kurda, que entonces no conocía yo. No comprendí bien las palabras; pero adiviné su sentido y contesté en turco:

—*Seni an-lamez-iz* (No te entendemos). *Yalvar-iz soilem türkche* (Te ruego que hables en turco).

A todo esto me había levantado para ofrecerle mi asiento, como exige la cortesía al tratarse de un anciano. Éste me tomó la mano y me preguntó:

—*¿Nemche sen?* (¿Eres tú el alemán?).

—Sí.

—*¡Izim seni kuchaklam —am!* (Permíteme que te abrace).

Me estrechó contra su pecho de la manera más cordial, pero no aceptó el sitio que le ofrecía, sino que se sentó donde había estado el bey.

—Mi nombre es Kamek —empezó diciendo—. Alí-bey me ha dicho que viniera a saludaros.

—¿Kamek? El bey nos ha hablado de ti.

—¿Qué ha dicho que se refiera a mí?

—Te daría pena oírlo.

—¿Pena? Kamek no la siente ya. Todos los dolores que un hombre es capaz de experimentar, los he apurado yo en una hora. ¿Qué puede ya darme pena?

—Alí-bey nos dijo que conoces al miralai Omar Amed.

Sin mover ni un solo músculo de su rostro me contestó con voz perfectamente serena:

—Le conozco, pero él no me conoce aún a mí. Me mató a mi mujer y a mis hijos. ¿Qué sabes ahora de él?

—Dispensa que me calle: Alí-bey te lo dirá.

—Yo sé que no debéis hablar; pero Alí no guarda ningún secreto para mí. Me ha comunicado ya lo que le has dicho acerca de las intenciones de los turcos. ¿Crees

realmente que vendrán a turbar nuestra fiesta?

—Sí, lo creo.

—Nos encontrarán mejor preparados que la otra vez, cuando perdí mi alma. ¿Tienes mujer e hijos?

—No.

—Entonces no puedes comprender por qué vivo, a pesar de estar muerto hace mucho tiempo. Pero tú lo sabrás: ¿conoces Tel Afer?

—Sí.

—¿Has estado allí?

—No, pero he leído algo acerca de esa ciudad.

—¿Dónde?

—En las descripciones de este país y también en... Oye: tú eres un *Pir*, un famoso santón de los Yesidis y conocerás por lo tanto el Libro Sagrado de los cristianos.

—Poseo la parte que en lengua turca se llama *Eski-sarik* (Antiguo Testamento).

—Entonces habrás leído el libro del profeta Isaías.

—Lo conozco. Yesaiaí es el primero de los diez y seis profetas.

—Hojea, pues, el libro hasta que encuentres el capítulo treinta y siete. Allí, en el versículo doce, dice: «¿Acaso los dioses de las naciones libraron a los que arruinaron mis padres, a los de Gozam, y de Haram, y de Resef, y a los hijos de Edén que moraban en Talasar?». Este Talasar es Tel Afer.

Me miró sorprendido.

—¿Entonces por vuestros libros sagrados conocéis las ciudades que existían en nuestra tierra hace muchos siglos?

—Así es.

—Vuestro Kitab es más grande que el Corán. Pero, escucha: yo vivía en Mirkam, al pie del Ysbel Sinyar, cuando los turcos vinieron contra nosotros. Huí con mi mujer y mis hijos a Tel Afer, que es una ciudad fuerte, donde tenía yo un amigo que me acogió en su casa y me ocultó; pero incluso allí entraron esos hombres feroces con objeto de matar a todos los Yesidis que habían buscado amparo en la ciudad. Mi escondite fue descubierto y mi amigo fusilado sin misericordia. A mí me ataron, y con mi mujer y mis hijos fui conducido fuera de la ciudad. Allí llameaban las hogueras en que habían de quemarnos y corría la sangre de los atormentados. Un *mūlasim* (teniente) me clavó su puñal en las mejillas para atormentarme. Todavía tengo la cicatriz: mírala. Mis hijos, que eran jóvenes y valientes, al ver aquella iniquidad se arrojaron sobre el verdugo. Por esta acción fueron atados, lo mismo que su madre. Les cortaron la mano derecha y los echaron después al fuego. Luego el *mūlasim* arrancó el cuchillo que tenía yo aún clavado en la cara y lo hincó pausadamente, muy poco a poco, en mi pecho. Cuando volví en mí era de noche, y me encontraba entre cadáveres. El acero no había tocado el corazón; pero yo estaba anegado en mi propia sangre. Un caldeo me vio aquella mañana y me ocultó en las

ruinas de Kara Tapeh. Pasaron muchas semanas sin que pudiera levantarme; y de ver la muerte de los míos mis cabellos se habían vuelto blancos. Volví a vivir, pero mi alma estaba muerta. Mi corazón ha desaparecido; en su lugar late un nombre, el nombre de Omar Amed, pues así se llamaba aquel mülasim, que es ahora miralai.

Hizo este relato en tono uniforme, indiferente, que me pareció como la expresión más ardiente de un sentimiento implacable de venganza. La narración fue tan monótona, tan automática como si la hubiera hecho un narcotizado o un sonámbulo. Daba grima oírle y yo sentía escalofríos de espanto.

—¿Quieres vengarte? —le pregunté.

—¿Vengarme? ¿Qué es venganza? —contestó en el mismo tono—. Es una acción mala, ilícita. Le castigaré y luego mi cuerpo irá adonde mi alma ha ido primero. ¿Os quedaréis con nosotros durante la fiesta?

—No lo sabemos todavía.

—Quedaos. Si os marcháis no conseguiréis vuestro intento; pero si os quedáis tendréis todas las probabilidades de conseguirlo, pues no encontraréis turcos que os estorben, y en cambio tendréis el apoyo de los Yesidis.

Hablaba entonces en tono muy distinto del anterior y parecía que sus ojos recobraban nueva vida.

—Quizá nuestra presencia no sirva más que para estorbar vuestra fiesta —dije, con intención de saber algo quizá de su secta.

Movió lentamente la cabeza.

—¿Das tú también crédito a las consejas o más bien las mentiras que cuentan de nosotros? Si nos comparas con otros verás que la limpieza de costumbres y la pureza reinan en nuestra tribu. La pureza es lo que nosotros deseamos; pureza del cuerpo y del espíritu, pureza en la palabra y en la enseñanza. Pura es el agua y pura la llama. Por eso amamos el agua y bautizamos con ella. Por lo mismo reverenciamos al fuego como un símbolo del Dios puro, del cual dice vuestro Kitab que vive en un atech, en una luz a la cual nadie puede acercarse. Vosotros os santificáis con su *ikbalín*, el agua bendita, y nosotros nos santificamos con *atech ikbalín*, el fuego bendito. Metemos la mano en la llama y bendecimos nuestra frente con ella, como vosotros lo hacéis con el agua. Vosotros decís que *Azerat Esaú* (Nuestro Señor Jesús) ha estado en la tierra y volverá a venir; nosotros sabemos también que una vez pasó por la tierra, y creemos que volverá para abrirnos las puertas del cielo. Vosotros honráis al Salvador que vivió en la tierra; nosotros honramos al Salvador que volverá a venir y por eso hacemos lo que ordenó a los suyos cuando los encontró dormidos en el *bagache Getsemán* (Huerto de Getsemaní). «*Gozetín namar kalin ansizdán üzerine varilmemich olursaniz* velad y orad para que no entréis en tentación». Por eso tenemos al gallo como símbolo de la vigilancia. ¿No lo hacéis también vosotros? A mí me han contado que los cristianos tenéis sobre los tejados y torres de vuestras casas y templos un gallo de hierro recubierto de oro. Vosotros empleáis un gallo de metal y nosotros lo empleamos vivo. ¿Somos por eso idólatras y malvados? Vuestros sacerdotes son más

sabios y vuestras doctrinas mejores; nosotros tendríamos doctrinas mejores si tuviéramos sacerdotes más sabios. Yo soy el único entre todos los Yesidis que sé leer vuestro Kitab y conozco la escritura, y por eso puedo hablar contigo como ningún otro lo haría.

—¿Por qué no pedís sacerdotes que instruyan a los vuestros?

—Porque no queremos tomar parte en vuestras discordias. Vuestra doctrina está dividida. Cuando podáis decirnos que estáis de acuerdo, venid y seréis bien recibidos. Si los cristianos de Occidente nos envían maestros, cada uno de los cuales enseña una cosa distinta, ellos mismos se perjudican. *Azerat Esaú* dijo en vuestro Kitab. «*Im jol de guercheklih de omir de. Yo soy el camino, la verdad y la vida*». ¿Por qué tienen los occidentales tantos caminos, tantas verdades, ya que sólo hay uno que es la Vida? Por eso no disputamos sobre el Salvador que una vez estuvo en la tierra, sino que nos conservamos puros, esperando el Libertador que ha de venir.

En esto volvió Alí-bey y —lo confieso sinceramente— me alegré mucho. Mi deseo de saber algo de las creencias de los «adoradores del diablo» me había colocado ante aquel sencillo kurdo en un estado semejante a la confusión. Tuve que callar ante los reproches relativos al cisma de mi propia patria, pues realmente no le faltaba razón al anciano. El Pir se levantó y me dio la mano.

—Alá sea con vosotros y conmigo. Yo voy por el sendero que me ha sido trazado; pero volveremos a vernos.

Estrechó también la mano a mis compañeros y se fue. Alí-bey le saludó con un ademán y luego nos dijo.

—Ese es el más sabio entre los Yesidis; nadie puede compararse a él. Ha estado en Persia y en la India, en Jerusalén y Estambul. En todas partes ha visto y ha aprendido, y hasta ha escrito un libro.

—¿Un libro? —pregunté, sorprendido.

—Es el único entre nosotros que sabe escribir correctamente. Desea que nuestro pueblo llegue a ser tan inteligente y civilizado como los hombres de Occidente, y sólo podemos aprender a serlo en los libros de los francos. Para que esos libros puedan ser escritos alguna vez en nuestra lengua, ha anotado varios centenares de palabras de vuestro dialecto. Ese es su libro.

—En realidad sería una buena obra. ¿Dónde está ese libro?

—En su aposento.

—¿Y su aposento dónde está?

—En mi casa. Pir Kamek es un santo. Viaja por todo este país y en todas partes le reciben con veneración. Todo el Kurdistán es su residencia, pero ha escogido por casa la mía.

—¿Crees que me enseñará su libro?

—¡Ya lo creo!

—Voy a pedírselo en seguida. ¿Adónde ha ido?

—Aguarda. No le encontrarías. Ha ido a velar por los suyos. Sin embargo, tendrás

el libro; yo voy a buscártelo. Antes, sin embargo, prometedme que os quedaréis.

—¿Quieres que retardemos nuestro viaje a Amadiyah?

—Sí. Han llegado aquí tres hombres de Kaloni, que pertenecen a la rama Badinán de la tribu Misuri, y son hábiles, valientes, inteligentes y muy ríes a mi persona. Los he enviado a Amadiyah para que espíen a los turcos. Ellos harán lo posible para averiguar el paradero de Amad el Ghandur, pues se lo he recomendado muy especialmente, y mientras llegan sus noticias podéis quedaros conmigo.

Accedimos de corazón. Alí-bey nos abrazó otra vez gozosísimo, y nos dijo.

—Venid ahora conmigo; quiero que mi mujer os conozca.

Me sorprendió esta invitación; pero más tarde supe que los Yesidis no encierran a sus mujeres como hacen los mahometanos. Llevan vida patriarcal, y nunca me acordé tanto en Oriente de la vida casera alemana como durante mi estancia entre ellos. Naturalmente, el pueblo no poseía en punto a religión la claridad de concepto que el Pir Kamek, pero al recordar al griego traidor, al inmoral armenio, al árabe vengativo, al turco holgazán, al persa hipócrita y al rapaz kurdo, tuve que respetar y apreciar a los «adoradores del diablo», tan maliciosa e injustamente calumniados. Su culto es una mezcla de caldeísmo, islamismo y cristianismo; pero en ninguna parte encontrarían un suelo más fructífero que el de los Yesidis los piadosos misioneros que quisieran tener un poco más en cuenta las costumbres de aquella gente.

Enfrente de la casa estaba sentado el buluk emini junto a su asno y comían los dos. El asno cebada y su amo higos pasos del Sinyar, de los cuales tenía al lado varias rstras. Allí estaba mascando y contando al mismo tiempo, a los curiosos que le rodeaban, sus heroicidades. Halef se le acercó, mientras Alí-bey, Mohamed Emín y yo nos dirigíamos al departamento destinado a la señora de la casa.

## CAPÍTULO 8

### El alma del asno

La señora de la casa era muy joven y tenía en los brazos a un nene. Llevaba la hermosa cabellera negra recogida en varias trenzas colgantes, y algunas sargas de monedas de oro le adornaban la frente.

—¡Sed bien venidos, señores! —dijo sencillamente, con encantadora modestia, tendiéndonos la mano.

Alí-bey nos la presentó y luego nos presentó a ella. Su nombre, con sentimiento mío, se me ha olvidado. Le tomé el niño que tenía en brazos y lo besé. Ella pareció complacerse mucho y enorgullecerse por mi demostración de afecto a su hijo. El pequeñito era en verdad un «beyecillo» muy gracioso, muy limpio, y en nada se parecía a esos niños orientales, gordiflones, que se encuentran especialmente y en gran número entre los turcos. Alí-bey nos preguntó dónde queríamos comer, si en nuestro aposento o allí, en la habitación de las mujeres, y me decidí en seguida por lo último. El diminuto «adorador del diablo» parecía encontrarse muy a gusto conmigo; me miraba curiosamente con sus ojitos oscuros, me tiraba de las barbas, meneaba gozoso piernas y brazos y balbucía de cuando en cuando una palabra que ni él ni yo entendíamos. Con relación al kurdo, estábamos los dos a la misma altura y por eso no lo solté tampoco durante toda la comida, lo cual me hizo ganar mucho en el concepto de su madre, que me sirvió la parte mejor de los manjares y después de comer me enseñó su jardín.

Lo que más me gustó de la comida fue el kurch, un plato de nata que se cuece al horno y luego se reviste de azúcar y miel; y lo que más me gustó del jardín fueron las prodigiosas flores, color de fuego, que salen una al lado de otra en el árbol y que llaman los árabes *bint al onsul*: hijo del cónsul.

Luego me llevó Alí-bey consigo para enseñarme mi aposento, el cual se encontraba en el plano de la azotea, de manera que tenía una vista espléndida. Al entrar vi sobre una mesita baja un voluminoso cuaderno.

—El libro del Pir —me dijo Alí al notar que me fijaba en el manuscrito.

Lo cogí ansiosamente y me recosté en el diván. Alí-bey, sonriendo, me dejó solo, a fin de no estorbarme en el estudio de tan precioso hallazgo. Estaba éste escrito en árabe-persa y contenía una importante colección de palabras y frases en varios dialectos kurdos. Advertí muy pronto que no me sería difícil darme a entender en kurdo tan luego como lograra desentrañar la significación fonética de las letras. La cuestión era adquirir práctica, y decidí aprovecharme todo lo posible durante mi estancia en aquella casa.

Entretanto anocheecía, y abajo, en el arroyo, adonde iban las muchachas a buscar



agua y algunos mozos las ayudaban en su tarea, resonó el siguiente canto:

*Gavra min ave te*  
*Bina mijak, darchin ber pichte*  
*Dave min chala surat ta kate*  
*Nachalnik ak bierdza ma, bichanda ma Rusete*<sup>[9]</sup>

Era un canto rítmico y melodioso como no suele oírse en Oriente. Y me puse a escuchar, mas por desgracia se acabó el canto con esta estrofa y me levanté para salir afuera, donde reinaba mucha animación, pues iban llegando continuamente extranjeros y se plantaban tiendas una al lado de otra. Todo demostraba la proximidad de una gran fiesta. Al poner el pie en la calle vi una importante reunión alrededor del pequeño buluk emini, que contaba algo en voz alta.

—He combatido en Saida —decía pavoneándose— y luego en Candía, donde dominamos a los sublevados. Después combatí en Beirut a las órdenes del notable Mustafá Nuri Bajá, cuya alma valerosa está ahora en el paraíso. Entonces conservaba yo aún mi nariz, que perdí en Serbia, adonde tuve que ir con Chekib effendi, cuando Kiamil-bajá perseguía a Miguel Obrenovich.

Por lo visto el bachí-bozuk no sabía ya exactamente dónde ni en qué ocasión le habían rebanado la nariz, y prosiguió.

—Me vi atacado detrás de Bukarest. En verdad yo me defendía valientemente; yacían ya veinte de mis enemigos en el suelo, cuando me atacó uno con su sable: el golpe debía dividirme la cabeza, pero, como la retiré en seguida, acertó a mi na...

No pudo terminar la palabra, pues en aquel momento sonó a su lado un grito tan estridente como yo no había oído otro en mi vida. Pareció como si al silbido de una sirena siguiera el rabioso graznar de un pavo, terminando en un gemido polífono, como el de un órgano al cual se le acaba el viento en medio de una tocata. Los circunstantes se quedaron mirando aterrados al ser capaz de producir sonidos tan enigmáticos y antediluvianos; pero Ifra les dijo tranquilamente:

—¿De que os sorprendéis? Es mi asno. No puede sufrir la oscuridad y grita durante toda la noche, hasta que vuelve la luz del día.

¿Conque esas teníamos? Pues con semejante habilidad resultaba el animalito una preciosa adquisición. Aquellos rebuznos eran capaces de despertar a los muertos. ¿Cómo pensar, pues, en dormir ni hallar descanso si había que oír a la fuerza los *impromptus* musicales de aquel cantante de cuatro patas, que parecía tener en los pulmones un trombón, en la garganta una chirimía y en la laringe las boquillas y llaves de cien clarinetes?

Era la tercera vez que oía empezar la narración de la pérdida de la nariz del buluk emini y parecía estar «escrito en el libro» que no había de poner nunca término a ella.

—¿Así rebuzna ese animal toda la noche? —preguntó uno.

—Toda la noche —confirmó el buluk emini con la resignación de un mártir—.

Una vez cada dos minutos.

—¡Quítale la costumbre! —Dime tú cómo.

—¡Qué sé yo!

—Guárdate, pues, el consejo. Lo he probado ya todo en vano: azotes, hambre y sed.

—Disuádelo de una vez con palabras formales, para que reconozca su mala conducta. Tal vez se arrepienta.

—Le he dirigido varias amonestaciones, en serio y con buenas palabras. Me mira, me escucha con toda calma, menea la cabeza y vuelve a empezar.

—Es extraño. Te comprende; se ve que sabe lo que le dices; pero no quiere hacerte ese favor.

—Sí; muchas veces he oído decir que los animales entienden a los hombres, pues a veces se mete en ellos el alma de algún difunto condenado a expiar sus culpas de esa manera. El individuo que está metido en mi asno, debía de ser sordo, pero no mudo.

—Hay que averiguar de qué tribu era. ¿En qué lengua hablas tú al burro?

—En turco.

—¿Y si el alma fue de un persa, un árabe o un yaur que no entendía el turco?

—¡*Allah akbar!* Es verdad: en eso no había yo caído.

—¿Por qué mueve la cabeza el asno cuando le hablas? Es porque no entiende el turco. Háblale en otra lengua, y verás.

—¿Cómo acertar con la verdadera? Voy a pedírselo a mi emir, pues Hachi Halef Omar me ha dicho que éste habla todas las lenguas. Quizá descubra dónde vivió antes el espíritu de mi burro. También Solimán (Salomón) entendía la lengua de los animales.

—Otros ha habido, además de Solimán. ¿Sabes el cuento del rico que habló con las piedras?

—No.

—Pues te lo voy a contar: *Da vajta beni Isráil meru ki dauletlii, mir; du lau vi mán...*

—¡Alto! —le interrumpió Ifra—. ¿En qué lengua hablas?

—En la nuestra: es kurmangyi.

—No la comprendo. Cuenta la historia en turco.

—A ti te pasa justamente lo mismo que a tu burro, que sólo entiende su lengua. Pero ¿cómo puedo contar una historia kurda en turco? Saldría una cosa muy diferente.

—Pruébalo.

—Voy a ver. Así, pues, en el tiempo de los hijos de Israel había un hombre rico que murió. Dejó a sus dos hijos su riqueza y una casa. Cuando los dos hijos quisieron dividirla conferenciaron. Uno dijo: «Esta es mi casa» y el otro respondió: «Es mi casa». Por voluntad de Dios se levantó en esto un ladrillo de la pared y dijo: «¿Cómo

no os avergonzáis? Esta casa ni es tuya ni tuya. Y fui un hombre, un gran rey, poderoso en el mundo; pero me morí, estuve trescientos años en la tumba, me deshice y acabé en polvo. En esto un hombre me recogió e hizo de mí un ladrillo. Cuarenta años fui parte de una casa y después me desmoroné. Setenta y tres años estuve abandonado en el campo; después vino otro hombre y me hizo otra vez ladrillo para construir esta casa, donde me encuentro hace trescientos treinta años y no sé qué será de mí en adelante. Entretanto no me duele el alma...».

Fue interrumpido por el asno, al cual, como no entendía el turco, parecía fastidiarle la narración. Abrió, pues, la boca y dejó resonar un doble trino que sólo podía compararse al efecto que harían un clarinete y un sacabuche rotos. En esto, atravesó por entre el corro un hombre y subió al vestíbulo de la casa. Al llegar reparó en mi presencia.

—Emir, ¿es cierto que has venido? No lo he sabido hasta ahora, pues me hallaba en la montaña. ¡Cuánto me alegro! Permíteme que te salude.

Era Selek.

Tomó éste la mano que le tendí y me la besó. Esta manera de demostrar su respeto era muy usual entre los Yesidis.

—¿Dónde están Pali y Melaf? —le pregunté.

—Han encontrado a Pir Kamek y han bajado con él a Mosul. Yo llevo un mensaje a Alí-bey. ¿Podré verte después?

—También yo iba a verle ahora. ¿Es quizá secreto ese mensaje?

—Es posible; pero tú puedes conocerlo. ¡Ven, emir!

Entramos en el departamento de las mujeres, donde el bey se encontraba. Parece que la entrada estaba permitida allí a todos, y también se hallaba Halef. El buen hachi comía otra vez.

—Señor —dijo Selek—, he estado en la montaña, junto a Bozán, y tengo algo que participarte.

—Habla.

—¿Pueden oírlo todos?

—Todos.

—Creíamos que el mutesarif de Mosul quería enviar quinientos hombres a Amadiyah para aumentar la guarnición por temor a los kurdos; pero no es cierto: los doscientos soldados que vienen de Diarbekir han marchado hacia Urmeli y están apostados en los valles de Tura Garah.

—¿Quién lo ha dicho?

—Un leñador de Mungueichi a quien encontré. Iba él hacia abajo a Kana Kuyunlí, donde había una de sus balsas, y vio que los trescientos hombres de Kerkiuk tampoco se encuentran en el camino de Amadiyah. Han ido por Altún Kiuprí a Arbil y Guirdaschir y están ahora más arriba de Mar Mattei, junto al río Gazir.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un kurdo Zibar que ha pasado el canal para ir, por Bozán, a Dohuk.

—Los Zibar son gente fiel: no mienten nunca y odian a los turcos. Creo lo que esos dos hombres te han dicho. ¿Conoces tú el valle Idiz en el Gomel, más arriba de Kaloni?

—Hay pocos que lo conozcan; pero yo he estado allí muchas veces.

—¿Pueden llevarse de aquí caballos y reses para ocultarlos?

—Quien conozca bien el terreno puede llevarlos.

—¿Cuánto tiempo se necesitaría para conducir allí a nuestras mujeres y niños y nuestros ganados?

—Medio día, Yendo por Jeque Adí, se sube por detrás de la tumba del santo la estrecha angostura y ningún turco lo advertirá.

—Tú eres el que mejor conoce esta región. Tengo que hablar más extensamente contigo, pero hasta entonces no digas nada a nadie. Quería ponerte a las órdenes del emir, pero tendrás que ocuparte en otra cosa.

—¿Quieres que envíe mi hijo al emir?

—Perfectamente.

—¿Habla bien el kurdo? —le pregunté.

—Conoce el kurmangyi y el zaza.

—Pues sí, que venga: lo estimaré mucho.

Selek se fue y se hicieron los preparativos para la cena. Como la hospitalidad de los Yesidis es ilimitada, tornamos parte en ella unas veinte personas, y en honor a Mohamed Emín y a mí se improvisó un poco de música. La orquesta se componía de tres instrumentos: un *tembure*, un *kamanche* y un *bülure*, que vienen a ser equivalentes a la flauta, la guitarra y el violín. La música era dulce y melodiosa y pude observar que los Yesidis poseen un gusto musical más refinado que los árabes.

Durante la cena se presentó el hijo de Selek, con el cual me retiré a mi aposento para estudiar con su ayuda el manuscrito del Pir Kamek. El horizonte espiritual del joven era muy reducido; pero hallé en él suficientes conocimientos para lo que yo deseaba saber. El Pir Kamek era el más instruido de los «adoradores del diablo» y únicamente en él encontré la experiencia y el concepto de las cosas que tanto me habían asombrado. Los demás eran sencillos, y no había que extrañar que tomaran el emblema por el objeto y que sus prácticas dependieran más de la rutina y la fe ciega que de la íntima convicción. El misterio mismo de su culto era lo que los tenía tan apegados a sus creencias, pues en Oriente se inclina el hombre más a la oscuridad, a lo preñado de secretos, que a la claridad diáfana.

Nuestra conversación transcurrió sin que nadie la estorbara; pero a intervalos casi regulares de dos minutos resonaba el molesto rebuzno del asno de Ifra, rebuzno que penetraba en los sesos. Se le sufrió con paciencia y hasta fue objeto de broma mientras duró la animación en el lugar, adonde iban llegando nuevos peregrinos; pero cuando fue cesando el rumor de las voces y la gente se recogió a descansar, los rebuznos se hicieron insoportables y se levantaron varias voces que primero eran sólo gritos de que se le hiciera callar y luego ocasionaron una pendencia.

Mas en lugar de asustar al burro, las injurias y los insultos parecían animarle a nuevos y más potentes rebuznos; las pausas eran cada vez más cortas, y, finalmente, formaron una sinfonía que no podía calificarse de otro modo que de infernal.

Acababa de levantarme para poner coto a tan ruidosas manifestaciones asnales, cuando abajo estalló una gritería confusa. Era la gente que en tropel acudía para poner las peras a cuarto al antipático animal y a su dueño. Lo que disputaron con él no pude entenderlo; pero seguramente estaba el infeliz muy apurado, y como no podía defenderse, al poco rato oí pasos que se acercaban a mi aposento. Entró el buluk emini y me dijo:

—¿Duermes, emir?

Esta pregunta era superflua, pues nos vio a mí y al hijo de Selek leyendo, sentados y vestidos; pero en su angustia no había encontrado medio mejor de anunciarse.

—¿Y tú lo preguntas? ¿Es posible que pueda nadie dormir con el horrible concierto que nos da tu asno?

—¡Oh, señor! De eso se trata precisamente. Tampoco yo puedo dormir, y ahora acude todo el mundo a mí y me exigen que me lleve al animal lejos de aquí, al bosque, y que allí lo tenga atado, y dicen que si no lo matarán a tiros. Eso no puede ser, pues yo tengo que volver con el asno a Mosul. De otra manera me apalearían y perdería mi grado.

—Entonces llévalo al bosque.

—¡Oh, emir, tampoco puede ser!

—¿Por qué?

—¿He de consentir que lo devore un lobo? Hay lobos en el bosque.

—Entonces quédate tú con él allí y guárdalo.

—¡Effendi, podrían presentarse dos lobos!

—¿Y qué?

—Que uno devoraría al burro y el otro a mí.

—Bien, pero en ese caso no te verías apaleado.

—¡Te chanceas! Me dicen esos que acuda a ti.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Señor, ¿crees tú que ese animal tiene alma?

—Naturalmente, tiene la suya.

—¡Es que tal vez tenga otra!

—Pues ¿dónde estará la suya? Tal vez hayáis hecho un cambio y su alma esté en ti y la tuya haya entrado en él. Ahora eres tú el asno y tienes miedo como una liebre, y él es el buluk emini y ruge como un león. ¿Qué puedo yo hacer para remediarlo?

—Emir, es seguro que tiene otra alma; pero no es turca, pues no entiende la lengua de los osmanlís. Pero tú hablas todas las lenguas del mundo y por eso te suplico que bajes. Si hablas con el borrico observarás muy pronto quién está metido en él: si es un persa, o un turcomano, o un armenio. Quizá sea un ruso, en vista de

que no nos deja reposar.

—¿Crees, pues, realmente que...?

En aquel instante levantó el burro nuevamente la voz y esta vez con tal fuerza que el gentío rompió en iracundas voces.

—¡*Allah kerhim!* ¡Van a matar al burro! ¡Señor, ven, en seguida, que si no está él perdido y su alma también!

Eché a correr y yo le seguí. ¿Tenía que seguir la broma? Mi conciencia me reprochaba; pero su creencia de que en el burro había otra alma me había puesto de buen humor y no pude resistir a la tentación. Al llegar abajo me esperaban todos.

—¿Quién conoce un medio para obligar a ese asno a callarse? —pregunté.

Nadie contestó. Pero Halef me dijo, después de una corta pausa:

—¡Señor, tú solo puedes hacerlo!

Mi Hachi pertenecía, por lo visto, a los verdaderos «creyentes». Me acerqué al asno, le agarré de la cabezada y después de hacerle algunas preguntas en idioma extranjero, acerqué el oído a sus narices e hice como si escuchara. Luego hice un movimiento de sorpresa y le dije a Ifra:

—Buluk emini, ¿cómo se llamaba tu padre?

—Najir Miria.

—No es ése. ¿Cómo se llamaba el padre de tu padre?

—Muttalam Sobuf.

—¡Ése es! ¿Dónde vivía?

—En Hirmenlü, cerca de Andrinópolis.

—Eso es. Cabalgó una vez de Hirmenlü a Taskoi, y para fastidiar a su asno le ató una piedra grande al rabo. Pero el profeta había dicho: «*Echeklerín sev*: ama a tu asno». Por eso tu abuelo tiene que, expiar su culpa. Le obligaron a volver del puente Sirat, que lleva al paraíso y al infierno, y a meterse en tu asno, y sólo puede ser libertado atándole al rabo una piedra como él ató otra al rabo de su animal. ¿Quieres libertarle, Ifra?

—¡Oh, emir, sí que quiero! —gritó el buluk emini, quien estaba más cerca del llanto que de la risa, pues el pensamiento de que su abuelo anidaba en el asno, tema que ser horrible para un buen musulmán—. Dime todo lo que hay que hacer para libertar al padre de mi padre.

—Busca una piedra y un cordel.

El asno advirtió en seguida que hablábamos de él; abrió la boca y lanzó otro rebuzno.

—¡De prisa, Ifra! Esta será la última vez que se lamente.

Cogí al burro por el rabo y el pequeño bachí-bozuk le ató una piedra a la extremidad del mismo. Apenas estuvo terminada la operación, volvió el asno la cabeza para quitarse el estorbo con los dientes, cosa que no logró, naturalmente. Luego trató de sacudir la piedra con el rabo mismo; pero era demasiado pesada y sólo consiguió hacerla oscilar como un péndulo, lo cual no fue de su agrado, porque le

daba en las piernas. El asno demostraba visiblemente una gran confusión; miraba de reojo hacia atrás; meneaba las orejas; hociqueaba en el suelo, y abrió finalmente la boca para rebuznar... pero a voz se le ahogó. El hecho de que su mejor adorno se hallara atado y estirado hacia el suelo, le privó de la facultad de expresar en nobles sonidos sus más íntimos sentimientos.

—*¡Allah hu*, realmente no rebuzna! —gritó el bachí-bozuk—. ¡Emir, eres el hombre más sabio que he conocido!

Me marché y me eché a dormir; pero abajo permanecieron aún mucho tiempo los curiosos para ver si realmente el milagro se había obrado.

Muy de mañana me despertó el movimiento y la animación del lugar. Continuamente llegaban peregrinos, de los cuales unos se quedaban en Baadrí, y los demás, después de corto descanso, proseguían su camino hacia Jeque Adí. El primero que vino a verme fue Mohamed Emín.

—¿Has visto lo que ocurre abajo, delante de la casa? —me preguntó.

—No.

—Pues mira.

Salí a la azotea y miré abajo. Centenares de hombres rodeaban al burro y lo contemplaban estupefactos. Se habían contado uno al otro lo ocurrido y al verme en la azotea se retiraron con gran respeto. Tanto no me había yo propuesto. Llevado de mi genio alegre, había seguido una broma; pero de ninguna manera había querido confirmar a aquella gente en sus supersticiones.

También vino Alí-bey, que me saludó sonriendo y me dijo:

—Emir, tenemos que agradecerte haber pasado la noche tranquilos. Eres un gran mago. ¿Rebuznará de nuevo el asno, si se le quita la piedra?

—Sí. El animal tiene miedo por la noche y se anima con sus propios rebuznos.

—¿Queréis acompañarme al desayuno?

Bajamos al departamento de las mujeres, donde se encontraba ya Halef con el hijo de Selek, a quien di el título de mi dragomán kurdo; vi también allí a Ifra muy cariacontecido. La mujer del bey me salió al encuentro con semblante amable y me tendió la mano.

—*Sabah'l jer* (Buenos días) —le dije saludándola.

—*Sabah'l jer* —me contestó—. *¿Kaisata ciava?* (¿Cómo estás de salud?).

—*Kanguia. ¿Tu ciava?* (Bien, ¿y tú?).

—*Skuker quode Kanguia* (Bien, gracias a Dios).

—¡Pero tú hablas kurmangyi! —exclamó Alí-bey asombrado.

—Solamente lo que aprendí anoche en el libro del Pir Kamek —le contesté—, y eso es muy poco.

—Venid y sentaos.

Nos sirvieron primeramente café con alajú y después asado de carnero que se comía en lonchas anchas y delgadas a manera de pan. Además, bebimos arpa, una especie de cerveza aguada que los turcos suelen llamar arparu, es decir, agua de

cebada. Todos tomaron parte en la comida; sólo el buluk emini rumiaba, afligido, a un lado de la estancia.

—Ifra, ¿por qué no vienes a comer? —le pregunté.

—No puedo, emir —me contestó.

—¿Qué te falta?

—Consuelo, señor. ¡Hasta hoy he montado mi asno, le he pegado, le he insultado; le he acepillado y lavado muy poco; muchas veces le he hecho padecer hambre!, ¡y ahora vengo a saber que es el padre de mi padre! Ahí afuera está, con la piedra atada aún al rabo.

El buluk emini era digno de compasión, y mi conciencia se sublevó; pero la situación era tan cómica que no pude contenerme y solté la carcajada.

—¡Te ríes! —exclamó con acento de reproche—. Si tuvieras por cabalgadura al padre de tu padre, llorarías. Tengo obligación de guiarte a Amadiyah; pero no me es ya posible, pues yo no me monto otra vez sobre el espíritu de mi abuelo.

—Es que no podrías aunque quisieras. Sobre un espíritu nadie puede montar.

—¿Pues sobre qué tengo que ir?

—Encima de tu asno.

Me miró muy confuso.

—Pero mi asno es un espíritu; tú lo has dicho.

—Lo dije por broma.

—¡Oh! Eso lo dices ahora para tranquilizarme.

—No; te lo digo porque me da pena que tomes tan en serio mis bromas.

—Effendi, tú quieres consolarme. ¿Por qué se me ha escapado tantas veces mi burro? ¿Por qué me ha derribado tantas veces? Porque ha sabido que no es asno, y que yo soy el hijo de su hijo. ¿Y por qué ha puesto el remedio tan pronto esa piedra, al hacer yo lo que su alma te mandó?

—No me dijo nada, y voy a decirte por qué ha tenido buen resultado mi remedio. ¿Has observado que el gallo al cantar cierra los ojos?

—Lo he visto.

—Si le estiras los ojos de manera que no pueda cerrarlos no volverá a cantar.

¿Has notado que tu asno al rebuznar levanta el rabo?

—Sí. ¡Realmente lo hace, effendi!

—Cuida, pues, de que no pueda levantarlo y no rebuznará.

—¿Verdaderamente es así?

—Así es. Pruébalo esta noche si vuelve a rebuznar.

—Siendo así, el padre de mi padre no está encantado.

—¡No, hombre! Te lo digo formalmente.

—¡Hamdulillah! ¡Gracias Dios!

De un salto salió de la casa y quitó la piedra al burro; luego volvió de prisa para comer. Nada podía, demostrar mejor de qué manera tan patriarcal viven los Yesidis que el ver al buluk emini, a un inferior, sentándose a la mesa del bey.



## CAPÍTULO 9

### Un espía

**U**na hora después montaba yo a caballo, acompañado de mi intérprete, para dar un paseo, en aquella mañana radiante. Mohamed Emín prefirió quedarse en casa y sobre todo dejarse ver lo menos posible.

—¿Conoces tú el valle de Idiz? —pregunté a mi acompañante.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hay que cabalgar para llegar allá?

—Dos horas.

—Desearía verlo. ¿Quieres tú guiarme?

—Como tú mandes, señor. ¿Vamos directamente o pasando por Jeque Adí?

—¿Qué camino es el más corto?

—El directo, naturalmente; pero también es el más penoso.

—Pues por ese iremos.

—¿Lo soportará tu caballo? Es un animal precioso, como quizá no he visto otro que se le parezca; pero estará solamente hecho a la llanura.

—Precisamente hoy quiero probarlo.

En esto habíamos salido de Baadrí. El camino, que no conservaba rastro de que hubiese sido afirmado, iba en agria pendiente ya montaña arriba, ya montaña abajo; pero mi caballo se portaba maravillosamente. Las cumbres, que desde lejos parecían cubiertas de maleza, se mostraban al acercarnos cubiertas de bosques tupidos y oscuros, bajo cuyo ramaje pasábamos cabalgando; pero llegó a ser tan peligroso el paso que tuvimos que apearnos y guiar a los caballos por la rienda, y nos veíamos precisados a examinar minuciosamente el terreno antes de asentar el pie. El caballo de mi joven acompañante, acostumbrado a aquella clase de terreno, avanzaba con más seguridad y sabía distinguir los pasos peligrosos de los que no lo eran; pero mi caballo poseía un fino instinto y una extraordinaria cautela y pronto tuve la convicción de que, con un poco más de práctica, sería un excelente caballo de montaña. Por de pronto, ya demostró aquel día que no se fatigaba, mientras el jaco de mi compañero sudaba y empezaba a pelear con su propio aliento.

Dos horas habían transcurrido cuando llegamos a una espesura, detrás de la cual las rocas descendían casi perpendicularmente.

—Este es el valle —me dijo el guía.

—¿Cómo se baja a él?

—No hay más que un camino para bajar, y viene desde Jeque Adí hasta aquí.

—¿Está abierto?

—No: no ofrece ninguna diferencia con el resto del terreno. Ven y lo verás.

Le seguí a lo largo de la espesa selva que rodeaba y cubría todo el borde del valle, de tal manera que un extraño no habría presumido la existencia de él. Al poco rato llegamos a un sitio en el cual el guía se apeó, y, señalando a la derecha, me dijo:

—Por aquí se va, siempre dentro del bosque, a Jeque Adí; pero únicamente los Yesidis conocemos el camino. Y aquí, a la izquierda, empieza el sendero que baja al valle.

Apartó el ramaje y vi a mis pies un ancho valle en forma de caldera, cuyos lados eran tan abruptos, que sólo había un estrecho y difícil paso en el sitio en que nos encontrábamos. Bajamos llevando de las riendas a nuestros caballos y una vez abajo pude contemplar el valle en toda su anchura. Era bastante capaz para ofrecer asilo a varios millares de personas. Algunas cuevas abiertas en la roca y otras señales demostraban que había sido habitado no hacía mucho tiempo. Su fondo estaba cubierto de espesa y alta hierba, que no sólo podía servir de pasto a los ganados, sino incluso para ocultarlos. Algunas grandes hoyas, abiertas adrede en la roca, contenían agua suficiente para gran número de bocas sedientas. Dejamos, pues, reposar y pacer a nuestros caballos y nos echamos nosotros también a descansar sobre la hierba. Empecé luego la conversación con la observación siguiente:

—La naturaleza no podría presentar escondite y refugio más práctico que éste.

—Ha servido ya para ese objeto, effendi. En la última persecución que sufrieron los Yesidis, encontraron aquí refugio más de un millar de personas. Por eso ningún hombre de nuestra fe descubrirá este lugar ni por todos los bienes de este mundo, porque no sabe si tendrá que utilizarse alguna otra vez.

—Me parece que la ocasión ha llegado ya.

—Lo sé; pero ahora no se trata de una persecución contra nuestra fe, sino de robarnos. El mutesarif envía mil quinientos hombres contra nosotros, pensando hallarnos descuidados; pero se llevará chasco. Desde hace muchos años no hemos celebrado nuestra gran fiesta, y este año sí; y por eso vendrán todos los que puedan, de manera que podremos oponer a los turcos algunos miles de hombres bien preparados.

—¿Llevan armas?

—Todos. Tú verás cuántos dispararán salvas durante la fiesta. El mutesarif no necesita para sus tropas tanta pólvora en todo el año como gastamos nosotros en esos tres días.

—¿Por qué se os persigue? ¿Por vuestras creencias?

—No lo creas, effendi. Al mutesarif le importan poco. Su único objeto es hacerse rico, y a ello debemos ayudarle unas veces los árabes y los caldeos, y otras veces los kurdos y los Yesidis. ¿Acaso crees que nuestra fe es tan mala que merezca ser extirpada?

Había rodado la conversación al punto que me proponía, deseoso de que el joven me dijera lo que el Pir no me había declarado.

—No la conozco —le contesté.

—¿Ni tampoco has oído hablar de ella?

—Muy poco, y ese poco no lo creo.

—Sí, effendi, se habla mucho y se miente mucho acerca de nosotros. ¿Tampoco te dijeron nada mi padre ni Pali y Melaf?

—No; a lo menos nada que valiera la pena; pero espero que tú me dirás algo.

—¡Oh, emir, a los extraños no les hablamos nunca de nuestra fe!

—¿Soy yo extraño para vosotros?

—No. Salvaste la vida a mi padre y a sus compañeros, y nos has avisado ahora de lo que quieren hacer los turcos, como he sabido por el bey. Tú eres el único a quien puedo dar las noticias que me pides; pero he de advertirte que ni yo mismo lo sé todo.

—¿Hay en vuestra religión cosas que no todos podáis saber?

—No; pero ¿acaso no hay en casa asuntos que sólo los padres saben? Nuestros sacerdotes son nuestros padres.

—¿Me permites que te haga unas preguntas?

—Pregunta lo que quieras, pero te ruego que no cites cierto nombre.

—Ya sé, ya; pero eso, precisamente es lo que más me interesa. ¿Me dirás algo si evito pronunciar ese nombre?

—En tal caso, todo lo que yo sepa.

La palabra a que se refería era el nombre del diablo, que a los Yesidis les está prohibido pronunciar. La palabra Chaitán está tan desterrada entre ellos que hasta esquivan el empleo de voces que de algún modo se le parezcan. Así, por ejemplo, cuando hablan de un río, dicen *nahr* y nunca *Chat*, porque esta última palabra tiene cierta analogía con la primera sílaba de Chaitán. La palabra Kaitán (fleco o hilo) y las palabras *naal* (herradura) y *naal-band* (herrador) suelen omitirse, porque se asemejan a *laan* (maldición) y *mahlun* (maldito). Si tienen que hablar del diablo lo hacen con muchos circunloquios y con temor, llamándole Melek el Kuht (el rey poderoso) o Melek Ta-us (el rey pavo real).

—Al lado del buen Dios ponéis otro ser, ¿no es cierto?

—A su lado no. El ser a quien te refieres está debajo de Dios. Ese kiral meleklerün era el jefe de los espíritus celestiales; pero Dios es su criador y su señor.

—¿Dónde está ahora?

—Se rebeló contra Dios y fue desterrado.

—¿Adónde?

—A la tierra y a las estrellas.

—¿Es ahora señor de los que viven en el Gehena?

—No. ¿Es que vosotros creéis que está condenado por toda la eternidad?

—Sí.

—¿Y crees al mismo tiempo que Dios es infinitamente bondadoso, clemente y misericordioso?

—Sí.

—Entonces perdonará tanto a los hombres como a los ángeles que pecaron. Eso

es lo que creemos nosotros, y por eso compadecemos a aquel que tú indicas. Ahora tiene poder para perjudicarnos y por eso no le nombramos siquiera. Más adelante, cuando se le devuelva el poder que tenía, podrá premiar a los hombres, y por eso no hablamos mal de él. —Entonces le veneráis. ¿Le adoráis, acaso?

—No, puesto que es un ser criado por Dios, como nosotros; pero evitamos ofenderle.

—¿Qué significa el gallo que figura en vuestro culto?

—No representa al que supones sino que es el símbolo de la vigilancia. ¿No os ha hablado Azerat Esaú, el Hijo de Dios, de las vírgenes que esperaban al esposo?

—Sí.

—Cinco de ellas se durmieron y no pudieron entrar con él en el cielo. ¿Conoces la historia del discípulo que negó a su maestro?

—Sí.

—También entonces cantó el gallo, por lo cual entre nosotros es la señal de que velamos, de que esperamos al gran Esposo.

—¿Entonces creéis lo que dice la Biblia?

—Lo creemos, aunque no sabemos todo lo que dice.

—¿No tenéis vosotros ningún libro sagrado donde esté escrita vuestra doctrina?

—Teníamos uno, que se guardaba en Baacheija, pero dicen que se ha perdido.

—¿En qué consisten vuestros oficios divinos?

—Los presenciarás todos en Jeque Adí.

—¿Puedes decirme quién fue ese jeque Adí?

—No lo sé a punto fijo.

—Le rezáis, ¿verdad?

—No; solamente le veneramos, rogando a Dios junto a su sepultura; fue un santo y vive ahora con Dios.

—¿Qué clases de sacerdotes tenéis?

—Primeramente, los *Pir*, que generalmente quiere decir anciano o sabio, pero que en este caso significa santo.

—¿Cómo se visten?

—Pueden vestirse como quieran; pero han de llevar una vida muy austera y así Dios les da poder para curar las enfermedades del cuerpo y del alma por su intercesión.

—¿Hay muchos Pir?

—Sólo conozco ahora a tres. Pir Kamek es el más grande de todos.

—Sigue diciendo.

—Luego vienen los jeques, que tienen que saber bastante árabe para entender nuestros himnos sagrados.

—¿Los cantan en árabe?

—Sí.

—¿Por qué no los cantáis en kurdo?

—Lo ignoro. De entre los jeques se eligen los guardianes de la sagrada tumba, donde tienen que conservar el fuego bendito y hospedar a los peregrinos.

—¿Llevan traje especial?

—Van vestidos completamente de blanco y llevan como distintivo una faja roja o amarilla. Después de los jeques vienen los predicadores, que llamamos kavales, los cuales tocan los instrumentos sagrados y van de lugar en lugar enseñando a los fieles.

—¿Cuáles son vuestros instrumentos sagrados?

—El pandero y la flauta. Además, a los kavales les toca cantar en las grandes solemnidades.

—¿Cómo visten?

—Pueden usar todos los colores que quieran, pero, generalmente, van de blanco, con turbante negro para distinguirse de los jeques. A los kavales los siguen los faquires, que ejercen los oficios menores en la tumba y en el culto. Estos faquires suelen vestir de oscuro y llevan un paño rojo atravesado en el turbante.

—¿Quién nombra a los sacerdotes?

—No los nombran, pues su dignidad es hereditaria. Cuando muere alguno sin dejar hijo varón, su oficio recae sobre la hija mayor.

Esto sí que era extraordinario, sobre todo en Oriente.

—¿Quién es el superior de todos los sacerdotes?

—El jeque de Baadrí, a quien no conoces porque hace días se halla en Jeque Adí, ocupado en los preparativos de la fiesta. ¿Tienes algo más que preguntarme?

—Mucho. ¿Bautizáis a vuestros hijos?

—Los bautizamos y circuncidamos.

—¿Hay manjares impuros que os esté prohibido comer?

—No comemos carne de cerdo y no usamos el color azul; esto último porque el cielo es tan sagrado, que no queremos rebajar su color dándolo a las cosas terrenas.

—¿Tenéis un kiblah como los árabes?

—Sí. Cuando oramos dirigimos el rostro hacia el lugar por donde ha salido el sol aquel día. También enterramos a los muertos con el rostro en la misma dirección.

—¿Sabes de dónde procede vuestra religión?

—Jeque Adí, el santo, nos lo enseñó: somos originarios de las regiones del Éufrates Inferior, desde donde nuestros padres pasaron a Siria, a Sinyar y más tarde al Kurdistán.

De buena gana habría seguido preguntando; pero de pronto sonó arriba un grito y al levantar la cabeza vimos a Selek, que se disponía a bajar al valle. Poco después me alargaba la mano, diciendo:

—Por poco os mato a tiros.

—¿A nosotros? ¿Por qué? —pregunté yo.

—Porque desde arriba os he tomado por extranjeros, y ya sabéis que aquí no puede entrar nadie sino los Yesidis. Pero luego os he conocido. Vengo a ver si hay que hacer aquí algún preparativo.

—¿Para alojar a los fugitivos?

—No hables de fugitivos, pues nadie piensa en huir. Lo que hay es que yo le he contado al bey la astucia de que te valiste para atraer a cierto valle a los enemigos de los Chammar y hacerlos prisioneros y él quiere hacer lo mismo ahora.

—¿Vais a atraer a los turcos a este valle?

—No, sino a Jeque Adí; pero durante el combate se refugiarán aquí los peregrinos. El bey lo ha dispuesto así y el jeque está conforme.

Selek examinó los charcos de agua y las cavernas y nos invitó luego a dar la vuelta con él. Aceptamos, y llevamos a los caballos de la rienda hasta lo alto del valle, donde montamos y partimos al trote hacia Baadrí. Al llegar, encontramos muy excitado al bey, que me dijo:

—He tenido noticias graves desde que te fuiste: los turcos de Diarbekir están ya a orillas del Ghomel y los de Kerkiuk han alcanzado el mismo río más abajo de la sierra.

—Entonces ya habrán llegado de Amadiyah los escuchas que enviaste.

—No llegaron siquiera a Amadiyah, pues hubieron de dividirse para observar las tropas. Ya es cosa probada que el ataque va contra nosotros.

—¿Lo sabe el pueblo? —le pregunté.

—No, pues pudiera el enemigo averiguar que estamos sobre aviso. Te aseguro, emir, que o yo perezco en la lucha o le doy a ese traidor mutesarif una lección que no se le olvide nunca.

—Hasta después del combate permaneceré contigo.

—Gracias, pero no quiero que expongas tu vida.

—¿Por qué no?

—Eres mi huésped y Dios me ha confiado tu seguridad.

—Dios será mi mejor protector. ¿Quieres que acepte tu hospitalidad y te deje ir solo al combate? ¿Quieres que los tuyos digan que soy un cobarde?

—No lo dirá nadie. Además, ¿no has sido también huésped del mutesarif? ¿No llevas su pasaporte y sus cartas en el bolsillo? Y con todo eso ¿combatirías contra él? ¿Acaso no estás comprometido a salvar al hijo de tu amigo? Además, bien puedes ayudarme también a mí, sin necesidad de derramar la sangre de mis enemigos.

—La razón te sobra, y, precisamente, yo no quería matar a nadie, sino evitar que haya derramamiento de sangre.

—Déjalo en mi mano. Yo no soy sanguinario y mi propósito es únicamente dar una lección a esos verdugos.

—¿Cómo piensas lograrlo?

—A Jeque Adí han llegado ya tres mil peregrinos y antes del día de la fiesta serán seis mil o quizá más.

—Entre hombres, mujeres y niños, por supuesto.

—Sí. Las mujeres y los niños irán a guarecerse en el valle Idiz y sólo quedarán los hombres. Las tropas de Diarbekir y Kerkiuk se reunirán en el camino de Kaloni,

que conduce aquí, y los de Mosul vienen por Yerraiyah o Aín Sifni. Quieren encerrarnos en el valle de Jeque Adí; pero nosotros nos apostaremos detrás del sepulcro y alrededor del valle, donde, una vez que hayan penetrado ellos, podremos exterminarlos, si no se entregan. En tal caso enviaré un mensajero al mutesarif imponiéndole condiciones si quiere que le devuelva sus hombres, y entonces será él quien tenga que responder ante el Gran Señor de Estambul de lo que haya hecho con sus tropas.

—Sabrá disfrazar las cosas de modo que todavía aparezca como agraviado.

—No lo conseguirá, pues yo enviaré a Estambul mensajeros que lleguen secretamente antes que los suyos.

Tuve que confesarme para mis adentros que el bey no sólo era un valiente, sino muy astuto y prevenido.

—Ahora dime en qué puedo yo serte útil —le contesté.

—Tú te irás con los que se encarguen de proteger a nuestras mujeres e hijos y nuestros bienes.

—¿Os lleváis vuestros bienes?

—Todo nos lo llevamos. Hoy daré orden a todos los habitantes de Baadrí de que vayan al valle Idiz, pero con el mayor sigilo, a fin de que el enemigo no descubra mi plan.

—¿Y el jeque Mohamed Emín?

—Irá contigo. Ahora no podéis ir a Amadiyah, pues el camino no está libre todavía.

—Los turcos tendrían que respetar el bu-dieruldú del Gran Señor y el firmán del mutesarif.

—Pero entre ellos hay gente de Kerkiuk y es probable que alguno conozca a Mohamed Emín.

En esta conversación estábamos cuando llegaron dos hombres. Eran mis antiguos conocidos Pali y Melaf, quienes al verme se pusieron locos de alegría y me besaron diez veces la mano.

—¿Dónde está el Pir? —les preguntó Alí-bey.

—En el sepulcro de Jonás, en Kufiunchik. Nos envía para que te digamos que al segundo día de la fiesta, de madrugada, seremos atacados.

—¿Conoce él el pretexto que da el mutesarif?

—Dicen que en Maltaiyah un yesidi degolló a dos turcos y quieren ver si encuentran al que tal hizo en jeque Adí.

—En Maltaiyah dos turcos asesinaron a dos Yesidis; ésta es la realidad. ¿Ves ahora, emir, cómo son esos turcos? Degüellan a mi gente, con el fin de tener motivo para atacarnos. ¡Que vengan y hallarán lo que buscan!

Yo me retiré con mi intérprete a mi aposento, donde me dediqué a estudiar el kurdo. Mohamed Emín fumaba allí su pipa asombrado de que me diera yo tanto trabajo para leer un libro y entender las palabras de una lengua extraña. Trabajé así

todo el día y la noche, y pasé también el día siguiente en tan grata ocupación.

Entretanto veía yo como los habitantes de Baadrí acarreaban sin cesar objetos de todas clases. En una habitación de la casa de Alí-bey se fundieron gran número de balas. He de añadir que el burro del buluk emini no había dejado oír sus conciertos en todo este tiempo, pues su amo y maestro apenas empezaba a anochecer le ataba la piedra al rabo.

Iban llegando continuamente peregrinos, solos, con sus familias o formando caravanas numerosas. Muchos eran pobres y se confiaban a la caridad de los demás. Algunos llevaban una cabra o un carnero cebados; la gente más rica traía un buey o dos, y alguna vez vi desfilar rebaños enteros. Estos eran los dones de amor y sacrificio que los acomodados conducían a la tumba del santón para que sus hermanos pobres no tuvieran que pasar necesidad. En aquella incesante acumulación de gente los únicos que no aparecían eran mis bachí-bozuk y arnaútes, que debían de andar todavía dispersos, sin saber adónde encaminarse.

Al tercer día, primero de la fiesta, estaba todavía con mi intérprete estudiando en el libro del Pire No había salido aún el sol y yo me hallaba tan abismado en mi labor, que no noté que el buluk emini había entrado.

—Emir —me dijo, después de carraspear varias veces sin que yo me diera cuenta de que estaba allí semejante personaje.

—¿Qué hay?

—¡Vamos!

Entonces observé que el hombrecillo se había calzado botas y espuelas. Entregué al hijo de Selek el manuscrito y me puse en pie. Había olvidado que tenía que bañarme y mudarme de ropa para presentarme dignamente en la fiesta. Tomé mi muda, bajé y me apresuré a salir del pueblo. En el riachuelo hormigueaban los bañistas, y hube de ir bastante lejos para encontrar un sitio en donde me juzgué libre de curiosos.

Allí me bañé y me mudé de ropa, procedimiento que no debe olvidarse en Oriente al emprender un viaje. Sentíame como renovado y ágil, y contento iba a alejarme cuando noté un ligero movimiento en la maleza que cubría la orilla del río. ¿Era un animal o un hombre? Estábamos en pie de guerra y podía ser conveniente no descuidar el pormenor más insignificante. Fingiendo no haber percibido nada, arranqué algunas ramitas floridas, y deshojándolas fui acercándome, descuidadamente y dando la espalda a la maleza, al lugar en que había notado la oscilación de las ramas; pero de repente me volví y de un salto me lancé en medio de la espesura. A mis pies hallé a un hombre agazapado, joven todavía, cuyo aspecto denotaba al militar, aunque como única arma llevaba un puñal. Una ancha cicatriz le cruzaba la mejilla derecha. Se levantó y quiso escabullirse, pero yo le agarré con mano firme y le detuve.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Nada.



—¿Quién eres?

—Un... yesidi —dijo vacilando.

—¿De dónde?

—Me llamo Larsa y pertenezco a los Dassini.

Había oído yo decir que los Dassini eran una de las familias más distinguidas de los Yesidis; pero aquel hombre no me pareció un «adorador del diablo».

—Te he preguntado qué haces aquí.

—Me he escondido porque no quería estorbarte.

—¿Y a qué has venido?

—A bañarme.

—¿Dónde está tu ropa?

—No la he traído.

—Estabas aquí antes de llegar yo y tenías derecho a quedarte en lugar de esconderte. ¿Dónde has pasado la noche?

—En el pueblo.

—¿En casa de quién?

—En casa de... de... no conozco su nombre.

—Ningún dassini necesita hospedarse en casa de un desconocido. Ven conmigo y enséñame la casa donde has estado.

—He de bañarme antes.

—Lo harás después. Ahora vamos al pueblo. ¡Conque, adelante!

Trató de desasirse de mí, pero viendo que no podía lograrlo, me dijo:

—¿Con qué derecho me tratas en esta forma?

—Con el de la desconfianza que me inspiras.

—Del mismo modo podría yo desconfiar de ti.

—¡Naturalmente!, y te ruego que lo hagas; por eso vamos al pueblo, donde nos daremos a conocer los dos.

—Ve tú donde quieras...

—Claro está; pero en tu compañía.

Su mirada se clavó en mi cinturón, y al notar que iba yo desarmado trató de empuñar su cuchillo; pero yo, que no le quitaba ojo, observé su maniobra, le apreté más la muñeca y de un tirón le saqué de la espesura.

# CAPÍTULO 10

## La gran fiesta

—¿Cómo te atreves? —exclamó echando fuego por los ojos.  
—No hay protesta que valga; tú te vienes conmigo; ¡chapuk! ¡en seguida!

—¡Suéltame la mano, si no!...

—Si no ¿qué?

—¡Te mato!

—¡Hazlo si puedes!

—¡Toma!

Empuñó el cuchillo y fue a clavármelo; pero yo le cogí la otra mano, diciendo:

—Lástima me das, pues no pareces cobarde.

Luego le apreté la muñeca de modo que tuvo que soltar el cuchillo. Yo lo recogí al momento y le agarré por el cuello.

—Ahora, adelante: ¡si no!... Toma mi ropa y llévala.

—No lo haré.

—¿Por qué no?

—¿Eres tú acaso yesidi?

—No.

—Pues ¿por qué quieres llevarme al pueblo?

—Voy a decírtelo: eres un soldado turco, un espía...

El joven se puso lívido y replicó:

—Te equivocas, señor. Puesto que no eres yesidi, suéltame.

—Sea yo yesidi o no lo sea, sigue tú adelante.

El mozo se retorció como una anguila bajo mi puño, pero de nada le valió y le obligué a llevar mi ropa. No fue escasa la curiosidad que excitamos al entrar en el pueblo, donde la multitud nos siguió a la vivienda del bey. Éste se encontraba en el selamlik, adonde conduje al desconocido. No lejos de la puerta y sin que el preso le viera, el buluk emini, que estaba allí, le miró sorprendido al pasar por delante de él. Sin duda le conocía.

—¿A quién traes aquí? —me preguntó el bey.

—A un desconocido que he encontrado oculto entre la maleza del río, desde donde podía observar el pueblo y el camino de Jeque Adí.

—¿Quién es?

—Pretende llamarse Larsa y ser dassini.

—Le conocería yo; pero no hay ningún dassini que se llame así.

—Ha querido matarme al forzarle yo a venir aquí. En tus manos lo dejo. Haz de

él lo que mejor te parezca.

Y salí del aposento, en cuya puerta me encontré con el buluk emini.

—¿Conoces al joven que me acompañaba? —le pregunté.

—¡Vaya si le conozco! ¿Qué mal ha hecho, emir? Debes de haberle tomado por otro. No es ningún, bandido ni ladrón.

—¿Qué es, pues?

—Es *kol agasi*<sup>[10]</sup> de mi regimiento.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—Nasir. Nosotros le llamamos Nasir Agasi. Es amigo del miralai Omar Amed.

—Bien; dile a Halef que puede ensillar.

Yo volví al selamlik, donde en presencia de Mohamed Emín y otros notables del pueblo Alí-bey interrogaba al preso.

—¿Desde cuándo estabas escondido en la maleza? —Le preguntaba Ali.

—Desde que ese hombre empezó a bañarse.

—El que te ha cogido es un emir; no lo olvides. Tú no eres *dassini* ni *yesidi*. ¿Cómo te llamas? ¡Responde!

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Tengo pendiente una deuda de sangre allá arriba, en las montañas kurdas, y debo ocultar quién soy y cómo me llamo.

—¿Desde cuándo un *kol agasi* toma venganzas de sangre de un kurdo? —le pregunté.

El joven se quedó más pálido que la cera.

—¿*Kol agasi*? ¿Qué dices?

—Digo que conozco tan bien a Nasir Agasi, el hombre de confianza del miralai Omar Amed, que no hay confusión posible.

—¿Tú... tú me conoces? ¡*Wallahi*, entonces estoy perdido sin remedio; era mi destino!

—Estás en un error. Si confieras sinceramente qué hacías allí quizá no te ocurra nada.

—No tengo nada que decir.

—Entonces estás per...

Interrumpí al colérico bey con un ademán y me volví al prisionero.

—¿Es verdad eso de la deuda de sangre?

—Sí, emir.

—Pues otra vez sé más cauto. Si me prometes volver sin dilación a Mosul y dejar por ahora tu venganza, eres libre.

—¡*Effendi*! —gritó asustado el bey—. Ten en cuenta que nosotros...

—Ya sé lo que quieres decir —le interrumpí otra vez—. Este hombre pertenece al Estado Mayor del mutesarif; es un *kol agasi* que algún día puede llegar a general; y como tú, por fortuna, vives con el mutesarif en paz y amistad, has de sentir haber

molestado a este señor oficial, a quien nada habría ocurrido si yo hubiera sabido antes quién era. ¿Me prometes volver a Mosul sin detenerte en ninguna parte?

—Lo prometo.

—¿Tu venganza tiene algo que ver con algún yesidi?

—No.

—Vete, pues, y Alá te guarde de que la venganza no sea peligrosa para ti mismo.

El joven estaba asombrado. Hacía un instante que había visto segura su muerte y ahora se hallaba libre. De pronto me cogió de la mano y exclamó.

—Emir, te doy las gracias. ¡Alá te bendiga a ti y a todos los tuyos!

Luego salió precipitadamente. Sin duda temía que nos arrepintiéramos de nuestra generosidad.

—¿Qué has hecho? —me dijo el bey, más colérico que asombrado.

—Lo mejor que podía hacer —le contesté.

—¿Lo mejor? ¡Ese hombre es un espía!

—Así es.

—Y había merecido la muerte.

—Así es.

—¡Y le das la libertad! ¡Sin forzarle a confesar a qué ha venido!

Los demás asistentes me miraban también con expresión sombría; pero yo no me di por entendido y contesté tranquilamente:

—¿Qué habrías sacado en limpio de su confesión?

—¡Quizá mucho!

—No más de lo que ya sabemos. Por lo demás parecía estar resuelto a morir antes que confesar.

—Pues le habríamos matado.

—¿Y qué adelantabais con su muerte?

—Que hubiera un espía menos en el mundo.

—Pero las consecuencias habrían sido muy distintas. El kol agasi había sido enviado indudablemente para averiguar si presentíamos un ataque. Si le hubierais matado o encarcelado, al ver que no regresaba, habrían supuesto que estamos sobre aviso. Pero ahora ha recobrado la libertad y el miralai Omar Amed tendrá por seguro que no sospechamos en lo más mínimo la intención del mutesarif. Es la mayor de las estupideces soltar a un espía si uno está convencido de que ha de ser atacado: esto se dirán ellos. ¿Tengo razón?

—Perdona, emir. Mis pensamientos no alcanzan tanto como los tuyos. Pero enviaré uno que le espíe para convencerme de que realmente se marcha.

—Tampoco lo harás.

—¿Por qué no?

—Podría sospechar por qué le hemos dado libertad. Se guardará muy bien de quedarse aquí; y por lo demás va llegando bastante gente que te dirá si le han encontrado por el camino.

También en esto impuse mi opinión. Era una gran satisfacción para mí haber matado dos pájaros de un tiro; había concedido la vida a un hombre que obraba por mandato ajeno y al mismo tiempo frustraba el plan del mutesarif. Con esta impresión me fui al departamento de las mujeres que, propiamente, debía llamarse cocina, para tomar el desayuno. Pero antes saqué de la colección de baratijas y cosas curiosas que me había regalado Isla Ben Maflai, el comerciante de Estambul, un brazalete del cual pendía un medallón.

El nene del bey estaba ya despierto. Mientras su madre le tenía en brazos traté de dibujar su carita en un papel y me salió regularmente, pues todos los niños se parecen. Luego puse el dibujo en el medallón y di a la madre el brazalete.

—Llévalo como recuerdo del emir de los nemsí —le dije—. Como encierra la carita de tu hijo, éste seguirá siendo niño a tus ojos aun cuando llegue a viejo.

La joven contempló extasiada el retrato. A los cinco minutos lo había enseñado a todos los habitantes de la casa y a todos los visitantes. No sabían cómo manifestarme su gratitud y tuve que refugiarme en mi cuarto para librarme de sus demostraciones. Después nos pusimos en camino, no con la impresión de quien va a divertirse o gozar, sino con una preocupación muy grave.

Alí-bey vestía su traje de gran gala y galopaba conmigo al frente de todos, seguido de los conspicuos de Baadrí. Mohamed Emín iba a mi lado, contrariado y de mal humor, pues con todas aquellas cosas nuestra expedición a Amadiyah se demoraba.

Delante de nosotros iba una banda de música cuyos instrumentos consistían en flautas y panderos, y detrás venían las mujeres, casi todas montadas en asnos cargados de tapices, almohadas y utensilios de toda clase.

—¿Has dado tus órdenes respecto de Baadrí? —pregunté a Alí.

—Sí: hasta Yeraiyah he colocado puestos de guardias que me anunciarán la presencia del enemigo.

—¿Quieres dejar que pasen los turcos sin oponer resistencia?

—¡Naturalmente! Pasarán sin molestar a nadie para que nosotros no estemos advertidos antes de tiempo.

Desde aquel momento empezó gran movimiento alrededor de nosotros. Nos envolvió una nube de jinetes que ejecutaban sus fantasías, y por todas partes estallaban salvas sin cesar. Luego el camino se fue estrechando, y a trechos subía tan empinado montaña arriba, que teníamos que apearnos y guiar uno detrás de otro los caballos por entre las rocas. Una hora larga tardamos en alcanzar lo alto del collado, desde donde pudimos ver abajo el valle, cubierto de verde bosque, de Jeque Adí.

Tan pronto como cada uno de los jinetes descubría la blanca torre del monumento sepulcral, disparaba su fusil y desde abajo contestaban al saludo con descargas incesantes, de tal manera que parecía librarse un gran combate de infantería, cuyo eco resonaba en las montañas. Detrás de nosotros iban llegando siempre nuevos viajeros; y al bajar cabalgando por la ladera vimos a derecha e izquierda infinidad de

peregrinos que descansaban bajo los árboles. Reposaban de la fatiga de la ascensión y gozaban de la vista del templo y del magnífico panorama de las montañas, que para los habitantes de la llanura constituía un placer exquisito y desusado.

No habíamos llegado todavía al sepulcro, cuando nos salió al encuentro el *Mir Jeque Jan*, jefe espiritual de los Yesidis. Tenía el título de Emir Hachi y descendía de la familia de los Omniadas, considerada como la más conspicua por los Yesidis, que la llaman Posmir o Begzadeh. Era un anciano robusto, de aspecto venerable y bondadoso y desposeído al parecer de toda soberbia jerárquica, pues se inclinó ante mí y me abrazó con tanto afecto como si fuera hijo suyo, diciendo:

—*¡Aaleik salam u rahmet Allah! ¡Sersere men at!* La paz y la misericordia de Dios sean contigo. Sed bien venidos.

—*¡Chode scogholeta rast inist!* Dios esté contigo en tu ministerio —le contesté—. ¿No podrías hablarme en turco, pues todavía no conozco bien vuestra lengua?

—Dispón de mí como gustes y sé mi huésped en la casa de aquel en cuya sepultura honramos el poder y la gracia del Señor.

Nos habíamos apeado al acercarnos al monumento, y a una señal del pontífice se llevaron nuestros caballos; nosotros, esto es, Alí-bey, Mohamed Emín y yo, nos encaminamos a la residencia del anciano. Llegamos primeramente a un patio cercado por una pared, que estaba ya lleno de hombres, y luego a un patio interior que los Yesidis no pisaban sino con los pies descalzos. Siguiendo el ejemplo me quité los zapatos, que dejé a la entrada.

En aquel patio interior había muchos árboles, a cuya sombra descansaban algunos jeques y kavales. Grandes macizos de adelfas en flor y una gigantesca parra formaban tupidos cenadores, a uno de los cuales nos condujo el Mir Jeque Jan. Fuera de los sacerdotes que descansaban bajo los árboles, no había nadie más que nosotros en aquel patio.

En el interior del frondoso recinto se levantaba el verdadero sepulcro, dominado por dos torrecillas blancas que contrastaban hermosamente con el verdor oscuro del valle. Las agujas de las torres estaban doradas y en sus costados había mil calados en los cuales la luz y la sombra se quebraban. En la portalada vi varias figuras talladas en la piedra, entre las cuales me llamaron la atención las de un león, una serpiente, un hacha, un hombre y un peine.

El interior del edificio, según tuve ocasión de ver posteriormente, estaba dividido en tres departamentos principales, uno de ellos más grande y espacioso que los dos restantes, con arcos y columnas y una fuente, cuya agua es sagrada para los Yesidis, y con la cual se bautiza a los neófitos. En uno de los dos departamentos inferiores se encontraba la sepultura del santón, sobre cuyo panteón se levantaba un bloque cúbico formado de arcilla y revestido de yeso. Como único adorno había un tapiz de seda verde bordado, extendido sobre el citado bloque, y una lámpara que arde perpetuamente en el sepulcro. La arcilla del monumento gene que renovarse de cuando en cuando, pues los guardianes del templo hacen de ella unas bolitas que los

peregrinos compran y se llevan como recuerdo, para usarlas probablemente como amuletos. Estas bolitas se guardan en una vasija colocada debajo de la parra del patio, y tienen diversos tamaños, desde el de un guisante hasta el de las canicas de piedra y vidrio con que juegan los niños en Europa.

En el segundo de los dos departamentos más reducidos se encuentra otra tumba, acerca de la cual los mismos Yesidis parecen no estar muy seguros.

En el muro circular que rodea el santuario hay dispuestos muchos huecos donde se colocan los hachones con que se ilumina el edificio en los días de gran fiesta. El mausoleo está rodeado de casas que sirven de vivienda a los sacerdotes y custodios del santuario, y el poblado está enclavado en una estrecha garganta cuyos muros de roca están cortados a pico. Consta de unas cuantas casas y de algunos edificios que sirven para alojar a los peregrinos. Cada tribu o cada subtribu importante posee su edificio propio y para su uso exclusivo.

Fuera del recinto se había establecido una verdadera feria, donde se exhibían, pendientes de los árboles, toda clase de tejidos y telas y sobre mesas y bancos toda clase de objetos, frutas y comestibles, así como armas, alhajas y toda suerte de curiosidades. A no haber sido por los trajes, me habría juzgado en mi patria, tan alegre, ingenua y plácida era la feria en el pueblo del santón. Verdaderamente, aquellos «adoradores del diablo» ganaban cada vez más mis simpatías, y convengo completamente en lo que un inglés muy sagaz, que había pasado algunas semanas en Kofán, me dijo más tarde en Constantinopla.

—Se infama a los «adoradores del diablo» porque son mejores que sus detractores. Si fueran más en número y no estuvieran tan diseminados, podrían ser los alemanes de Asia, y en ninguna parte fructificaría mejor la doctrina de Cristo que entre esa gente. Y creo que ciertos misioneros americanos, que describen a los Yeidis de un modo tan contrario a la realidad, lo hacen para dar importancia a algún pequeño triunfo eventual que hayan tenido.

Naturalmente, me abstuve de hacer preguntas a fin de que mi curiosidad no los molestara, y acaso he de atribuir a esto que nuestra conversación llegara a ser tan cordial como si fuéramos todos amigos antiguos. Primero se habló del próximo ataque, tema que se agotó pronto, pues Alí-bey había tomado todas las medidas para frustrarlo. Luego recayó la conversación sobre Mohamed Emín y mi persona, sobre nuestras aventuras y la empresa que teníamos entre manos.

—Quizá caigáis en algún peligro y necesitéis socorro —nos dijo el Mir Jeque Jan—. Os daré una señal que os asegure el apoyo de todos los Yesidis a quien la mostréis.

—Te lo agradeceré mucho —le dije yo—. ¿Es quizá una carta?

—No: un *Melek Ta-us*.

Estuve a punto de dar un brinco al oír estas palabras. ¡Éste era el nombre que daban ellos al diablo! ¡Era el nombre del animal que, según sus calumniadores, colocan los Yeidis en el altar, el que extingue las luces al empezar la orgía! Era, por

fin, la palabra que como identificación da el Mir Jeque Jan a los sacerdotes a quienes confía una misión delicada. Y esa palabra tan temible, tan secreta, sobre la cual se ha discutido tanto, la pronunciaba el pontífice con la mayor sencillez del mundo. Con actitud casi indiferente le pregunté.

—¿Un Melek Ta-us? ¿Puedes decirme qué es eso?

Con la afabilidad de un padre que da una explicación a su hijo, contestó:

—Melek Ta-us llamamos a aquel cuyo nombre verdadero está desterrado de nuestro idioma. Melek Ta-us se llama también el animal que entre nosotros es el símbolo del valor y la vigilancia... Melek Ta-us llamamos a la imagen de ese animal que entrego a los que me merecen confianza. Y sé todo lo que acerca de nosotros se cuenta; pero tu buen sentido te dará a comprender que juzgo inútil defenderme de esas cosas contigo. Y he tratado a un hombre que ha visitado muchas iglesias cristianas y me ha dicho que en ellas tenéis las imágenes de la Madre de Dios, del Hijo de Dios y de muchos santos. También tenéis la de un ojo que es el símbolo de Dios Padre y una paloma que es el símbolo del Espíritu Santo. Os arrodilláis y oráis en los lugares donde están esas imágenes, pero no se me ocurre pensar por eso que las adoréis. Nosotros creemos de vosotros lo verdadero y vosotros de nosotros lo falso. ¿Quiénes somos más inteligentes y buenos, vosotros o nosotros? Fíjate en este frontispicio. ¿Crees que adoramos esos símbolos?

—No.

—Ahí ves un león, una serpiente, un hacha, un hombre y un peine. Los Yesidis no saben leer y por eso es mejor que se les diga por medio de imágenes lo que es conveniente que sepan. Un escrito no lo entenderían; pero no olvidan lo que significan esas imágenes, porque las ven en la tumba de un santo. Ese santo era un hombre; por eso no le adoramos; pero venimos junto a su tumba como se reúnen los hijos junto al sepulcro de su padre.

—¿Os dio él vuestra ley?

—Nos dio nuestra fe, pero no nuestras costumbres. La fe vive en el corazón, pero las costumbres crecen del suelo en donde habitamos y de la tierra que forma los límites de este suelo. Jeque Adí vivió antes que Mahoma, pero a su doctrina hemos añadido las máximas del Corán que hemos reconocido por buenas y saludables.

—Me han dicho que hizo milagros.

—Milagros los puede hacer sólo Dios; pero cuando los obra suele hacerlo por mano de los hombres. Mira ahí dentro y verás una fuente que Jeque Adí hizo brotar de la roca. Jeque Adí estuvo antes que Mahoma en la Meca, donde ya la fuente Zem-Zem era tenida por santa. Trajo agua de Zem-Zem y la vertió sobre esta roca. En seguida la roca se abrió y salió el agua sagrada. Así nos lo han contado; pero no obligamos a que lo crean, pues el milagro existe sin eso. ¿No es acaso milagro que brote agua de la piedra compacta e inerte? Éste es, para nosotros, un símbolo de la pureza de nuestra alma, y por eso la tenemos por santa, no porque descienda de la fuente Zem-Zem.



El Mir Jeque Jan interrumpió su conversación, pues se abrió la puerta exterior para dar entrada a una gran muchedumbre de peregrinos, cada uno de los cuales llevaba una lámpara. Estas lámparas eran dones de gratitud, a manera de exvotos, por la curación de una enfermedad o por la salvación de algún grave peligro, y las consagraban a Jeque *Chems* (el sol), por ser éste el símbolo brillante de la claridad divina.

Todos los peregrinos iban bien armados. Entre sus armas vi muchas fantásticas escopetas kurdas, una de las cuales tenía el cañón sujeto a la caja por medio de veinte abrazaderas de hierro anchas y gruesas, que hacían imposible asegurar el blanco. Otra ostentaba una especie de bayoneta en forma de tenedor, cuyos dos dientes estaban sujetos a cada lado del cañón. Los peregrinos entregaron sus lámparas a los sacerdotes y fueron acercándose en hilera al Mir Jeque Jan para besar su mano, bajando las armas o dejándolas aparte.

Las lámparas estaban destinadas a la iluminación nocturna del santuario y su recinto, para lo cual no puede emplearse aceite común ni grasa ni petróleo, pues estas materias son tenidas por impuras, sino aceite de sésamo. Cuando se hubieron retirado los portadores de lámparas, fueron bautizados y circuncidados unos veinte niños, muchos de los cuales habían sido llevados desde muy lejos. Yo presencié todos estos actos religiosos.

Más tarde me alejé con Mohamed Emín, con objeto de dar un paseo por el valle, donde lo que más me llamó la atención fue el gran número de hachas de viento expuestas a la venta. Calculé que quizá había más de diez mil. Los comerciantes hacían brillantes negocios, pues la gente les arrancaba materialmente el género de las manos.

Estábamos delante de un vendedor de géneros de vidrio y de coral falso, cuando vi bajar por la senda la blanca figura del Pir Kamek. Éste, para llegar al santuario, había de pasar forzosamente por nuestro lado y al alcanzarnos se detuvo:

—Bienvenidos, huéspedes de Jeque Chems. Ahora conoceréis al santo de los Yesidis.

Y nos tendió la mano afectuosamente. En cuanto los peregrinos notaron su presencia, le rodearon para tocar la orla de su vestido o besar su mano. El anciano les dirigió una breve plática. Su largo cabello blanco ondulaba movido por el viento de la mañana; brillaban sus ojos, y sus ademanes tenían la vivacidad y el fuego de los de un iluminado. Resonaron las salvas de los que bajaban del monte y de los que contestaban desde el valle. Con sentimiento mío, no pude entender su discurso, pues lo pronunció en lengua kurda; pero al terminarlo entonó un himno que cantaron todos y que el hijo de Selek me tradujo en la siguiente forma:

«¡Oh, piadoso, oh magnánimo Dios, que alimentas a las hormigas y al reptil que se arrastra por la tierra; oh Rey Vivo, Altísimo, que gobiernas el día y la noche, que a la noche otorgas la oscuridad y al día luz! ¡Dios sabio, reina sobre la sabiduría; Dios fuerte, reina sobre la fortaleza; Dios vivo, reina sobre la muerte!».

Acabado el cántico se dispersaron todos y el Pir se me acercó.

—¿Has entendido lo que he dicho a los peregrinos?

—No; tú sabes que no poseo tu lengua.

—Les he dicho que iba a ofrecer un sacrificio a Jeque Chems y ahora han ido en busca de la leña necesaria. Si quieres presenciar la ceremonia, serás bien recibido; pero ahora perdona que te deje, pues ya veo llegar las reses que han de sacrificarse.

Se dirigió al monumento ante el cual estaban ya atados en larga hilera muchos bueyes, y le seguimos lentamente.

—¿Qué se hará con estos animales? —pregunté a mi intérprete.

—Serán degollados.

—¿Para quién?

—Para Jeque Chems.

—¿Pues qué? ¿Los consume por ventura el sol?

—No; pero se regalan a los pobres.

—¿La carne sola?

—Todo; la carne, las entrañas y la cabeza. Mir Jeque Jan hace el reparto.

—¿Y la sangre?

—La sangre se entierra; no se come, pues en la sangre reside el alma.

Era, pues, exactamente el mismo concepto, manifestado en el Antiguo Testamento, de que la vida del cuerpo, es decir, el alma, reside en la sangre.

Vi que no se trataba de un sacrificio pagano, sino de ejercer la caridad facilitando a los pobres los medios de celebrar la fiesta sin temores ni cuidados de ninguna clase por su alimento.

Al llegar al sitio señalado, salía Mir Jeque Jan por la puerta, seguido de Pir Kamek, de algunos jeques y kavales y gran número de faquires, todos armados de cuchillos. El recinto fue rodeado de gran número de guerreros con las armas dispuestas a disparar. Entonces Mir Jeque Jan se quitó la túnica para clavar su cuchillo al primer toro, al que hirió tan certeramente en el cerviguillo que el animal cayó muerto al momento. En seguida se levantó un clamoreo de júbilo y se disparó una gran salva.

Mir Jeque Jan se retiró unos pasos y Pir Kamek continuó su obra. Era un espectáculo extraño ver a aquel hombre de nevada cabeza y negras barbas saltar de un toro al otro y derribarlo de un solo golpe certero, sin., derramar una gota de sangre. Luego se acercaron los jeques para cortarles la yugular, mientras los faquires recogían en grandes vasijas la sangre hirviente. Acabado esto trajeron gran número de corderos, el primero de los cuales fue muerto por Mir Jeque Jan y los restantes degollados por los faquires, que mostraban extraordinaria destreza en esta tarea.

Entonces se me acercó Alí-bey.

—¿Quieres acompañarme a Kaloni? —me preguntó—. Tengo que convencerme por mí mismo de la amistad de los Badinán.

—¿Estáis con ellos en buena armonía?

—Ya ves que no habría escogido entre ellos mis exploradores. Su jefe es amigo mío; pero hay casos en que uno debe asegurarse lo mejor posible. Ven.

# CAPÍTULO II

## Un aliado

**N**o tuvimos que andar mucho para llegar al espacioso edificio en que residía Alí-bey con su familia durante las fiestas. Su mujer nos estaba ya aguardando. En la azotea encontramos varias alfombras, sobre las cuales tomamos asiento para desayunarnos. Desde aquel punto se divisaba casi todo el valle. Por todas partes se veían hombres tendidos en el suelo, y de cada árbol se había hecho una tienda.

A la otra parte, a nuestra derecha, había un templo consagrado al sol (Jequ Chems), y orientado de manera que habían de herirle los primeros rayos del sol naciente. Cuando más tarde lo visité, no vi más que cuatro paredes desnudas y ninguna clase de aparato que permitiera deducir que allí se celebraran funciones idolátricas: sólo un chorro de agua cristalina corría por una canal abierta en el suelo, y en las paredes, de nítida blancura, se leían, escritas en lengua árabe, estas palabras: «¡Oh sol, oh luz, oh vida de Dios!».

A la sombra de sus muros se habían instalado varias familias de acaudalados Kochers, tribus nómadas. Los hombres se apoyaban en la pared, vestidos de chaqueta y turbante de colores vivos y equipados de armas fantásticas y preciosas. Las mujeres llevaban flotantes vestidos de seda, y el pelo, recogido en muchas trenzas, entretejidas de flores y lazos, les caía por la espalda. Llevaban la frente cubierta casi completamente de filas de monedas de oro y plata, y los collares de monedas, perlas y piedras preciosas les colgaban hasta la cintura.

Desde mi sitio podía observar minuciosamente a un hombre de Sinyar que estaba sentado en el tronco de un árbol y examinaba, inmóvil, pero con ojos penetrantes, todo el horizonte, apartando de cuando en cuando de su frente la larga cabellera. Era muy moreno, pero llevaba los vestidos blancos y limpios. Tenía en la mano un fusil de llave de mecha, tosco y antiguo y la acerada hoja de su cuchillo ostentaba una empuñadura toscamente labrada; pero se advertía en él que era hombre capaz de manejar con fruto tan sencillas armas. Junto a él estaba su mujer, que en una pequeña hoguera tostaba tortas de cebada, y por cima de él, por las ramas del árbol trepaban dos muchachos que llevaban también su correspondiente cuchillo pendiente de un cordel atado a la cintura.

No muy lejos acampaban infinitos ciudadanos, quizá de Mosul mismo. Los hombres cuidaban sus huesudos asnos y las mujeres eran pálidas y flacas, imágenes vivientes de la necesidad y los cuidados, fruto de la opresión de una ciudad tiranizada por un hombre como el mutesarif.

Luego vi hombres, mujeres y niños del Cheikhán, de Siria, de Hagilo y Midiad, de Heichterán y Semsat, de Mardín y Nisibín, de la región de los Kamdali y

Delmamikán, de Kokán y Kochalián y hasta del territorio de los Zurik y de los Delmagumgubukú. Viejos, jóvenes, pobres, ricos, todos iban limpios y aseados. Unos llevaban turbantes adornados con hermosas plumas de avestruz, y otros apenas podían cubrir su desnudez; pero todos llevaban armas. Se comunicaban unos con otros, como hermanos; se abrazaban y besaban; ninguna mujer, aunque fuera moza, ocultaba la cara al extraño... Eran como los hijos de una gran familia que se hubieren dado cita allí.

De pronto sonó una descarga y vi que los hombres en grupos aislados, grandes o pequeños, se dirigían al sepulcro.

—¿Qué van a hacer ahora? —pregunté a Alí-bey.

—Van a buscar su parte de carne de las reses que se han sacrificado.

—¿Se vigila el reparto?

—Sí, pues sólo es para los pobres. Los varones se agrupan por tribus o residencias, dirigidos por un jefe que les acompaña, o presentan un certificado.

—Los sacerdotes recibirán una parte de la carne.

—De estos toros no; pero en el último día de la fiesta se degüellan algunos animales, que tienen que ser, precisamente, blancos, y su carne es la destinada a los sacerdotes.

—¿También pecan vuestros sacerdotes?

—¿Cómo no han de pecar si son hombres?

—¿Incluso los Pir, los santones?

—También ellos.

—¿Incluso Mir Jeque Jan?

—Sí.

—¿Crees que también el gran santo Jeque Adí pecó?

—También era pecador.

—¿Dejáis pesar vuestras culpas sobre vuestra conciencia?

—No: las alejamos.

—¿Cómo?

—Mediante la purificación por el fuego y por el agua. Ya sabes que todos nos hemos bañado ayer y hoy. Al hacerlo reconocemos nuestros pecados y prometemos desecharlos; el agua entonces nos lava. Esta noche presenciaremos cómo nuestras almas se purifican también por medio del fuego.

—Entonces creéis que el alma no muere con el cuerpo.

—¿Cómo podrá morir si es de Dios!

—¿En qué forma me lo demostrarías si yo no lo creyera?

—¡Tú bromeas! ¿No está escrito en vuestro Kitab: *Japardi birsagh solukü burunuye?* (Sopló el aliento de vida en su nariz).

—Siendo así, si el alma no muere, ¿dónde va después de muerto el cuerpo?

—Tú tomas aliento después de haberlo despedido. También el aliento de Dios vuelve a Dios, después que ha borrado sus pecados. Pero se hace tarde; vámonos.

—¿Cuánto hay de aquí a Kaloni?

—Cuatro horas a caballo.

Nuestros potros piafaban a la puerta. Montamos y salimos del valle al trote. El sendero conducía laderas arriba, y al alcanzar la cumbre, vi extenderse ante mis ojos una serranía poblada de bosques y atravesada por muchos valles y cañadas. Aquella tierra está habitada por las grandes tribus de los kurdos Misuri, a los cuales pertenecen también los Nadinán. Nuestro camino iba, ora bajando la montaña, ora subiéndola otra vez, ya entre rocas peladas, ya entre espesos bosques. Vimos en las laderas algunos pequeños aduares, pero las casas estaban desiertas. Acá y acullá teníamos que vadear las frías aguas de algún torrente que enviaba su caudal al Gomel, para afluir con éste al Gazir o Burnadús, que desemboca en el gran Zab y éste a su vez, junto a Kechaf, en el Tigris. Aquellas casas estaban rodeadas de viñas y huertos en que prosperaban también el sésamo, el trigo y el algodouero y que, con sus floridos o cargados granados, higueras, nogales, melocotones, cerezos, morales y olivos, ofrecían un aspecto risueño y lleno de encanto.

No encontramos a nadie, pues los Yesidis, que habitan la región hasta Yulamerik, se habían juntado ya en Jeque Adí, y habríamos cabalgado ya unas dos horas cuando oímos una voz que nos llamaba.

Poco después salió de la selva un hombre. Era un kurdo, vestido con calzones muy anchos y abiertos por abajo y calzado con zapatos bajos de cuero. Iba cubierto únicamente por una camisa de escote cuadrado, la cual le llegaba a la pantorrilla. El pelo, muy abundante, le colgaba en rizadas guedejas hasta más abajo de los hombros, y en la cabeza gastaba una de esas extrañas y deformes gorras de fieltro que son como arañas gigantes, cuyo cuerpo cubriese el cráneo y cuyas largas patas colgasen a cada lado y por detrás de la cabeza. Al cinto llevaba un cuchillo, un recipiente para pólvora y la bolsa de balas; pero no se le veía arma de fuego alguna.

—*¡Ni, vro'lkieñ!* (¡Buenos días!) —nos dijo saludándonos—. ¿Hacia dónde va Alí-bey, el bravo?

—*¡Chode t'avechket!* (Dios te guarde) —contestó el bey—. ¿Conque me conoces? ¿De qué tribu eres?

—Soy un Badinán, señor.

—¿De Kaloni?

—Sí: de Kalahoni, como decimos nosotros.

—¿Vivís aún en vuestras casas?

—No: estamos ahora en las cabañas.

—Deben de estar muy cerca de aquí.

—¿Por qué lo supones?

—Cuando un guerrero se aleja mucho de su vivienda se lleva el rifle; y tú no lo llevas.

—Lo has adivinado. ¿Con quién deseas hablar?

—Con tu jefe.

—Entonces apéate y sígueme.

Echamos pie a tierra y cogimos los caballos de la rienda. El kurdo nos condujo al interior del bosque, en cuya espesura hallamos una fuerte estacada levantada por medio de troncos de árboles y en cuyo centro se levantaban muchas cabañas formadas de troncos, ramas y follaje. En la estacada se había dejado una estrecha abertura por la cual entramos en el recinto. Centenares de niños jugaban y corrían por entre las chozas y los árboles, mientras los más crecidos, así varones como hembras, estaban ocupados en agrandar y reforzar la estacada. En el techo de una de las cabañas mayores se hallaba un hombre sentado. Era el jefe, que había elegido tan alto puesto para recrear la vista y dirigir mejor los trabajos. Al notar nuestra presencia bajó de su sitio y vino hacia nosotros.

—*Kieir atí; chode dáuleta ta mazen b'ket.* Sé bien venido; Dios aumente tu caudal.

Luego estrechó la mano a Alí e hizo seña a una mujer, la cual se apresuró a extender en el suelo una manta donde nos sentamos. De mi persona no hizo el menor caso; cualquier yesidi habría sido más cortés. La misma mujer, que, sin duda, era su esposa, trajo tres pipas, muy toscamente talladas, de madera de *inchaz* (naranja) y luego una joven trajo una fuente con uvas y panales. El jefe sacó del cinto la bolsa de tabaco, hecha de piel de gato, la abrió y la ofreció a mi compañero, diciendo:

—No hagas cumplidos, innecesarios entre nosotros. (*Taklif b'ela k'narek, au bein ma batel*).

Y diciendo esto, metió la mugrienta mano en el plato y se metió un buen pedazo de panal en la boca.

El bey llenó la pipa y la encendió.

—Dime, ante todo, si hay amistad entre nosotros.

—La hay entre yo y tú —respondió sencillamente.

—¿También entre tu gente y la mía?

—También entre ellos.

—¿Me pedirías ayuda si viniera algún enemigo a atacarte?

—Si no fuera yo bastante fuerte para vencerle, acudiría a ti para que me ayudaras.

—¿De modo que me auxiliarías si me vieras en peligro?

—Si tu enemigo no fuera amigo mío, sí lo haría.

—¿Es amigo tuyo el mutesarif de Mosul?

—Es mi enemigo; es el enemigo de todos los kurdos libres. Es un ladrón que roba nuestros ganados y vende nuestras hijas.

—¿Sabes que intenta asaltarnos en Jeque Adí?

—Me lo han dicho los hombres de mi tribu, que te han servido de escuchas.

—Atravesará tu territorio: tú ¿qué piensas hacer?

—Mira los preparativos —dijo señalando la estacada—. Por eso hemos salido de Kalahoni y nos hemos refugiado en el bosque. Hemos levantado este recinto, en que nos defenderemos si los turcos vienen a atacarnos.

—No os atacarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presumo. Si han de sorprendernos, tienen que evitar, ante todo, las luchas y el ruido que puedan ponernos en actitud de defensa. Atravesarán tu territorio tranquilamente y es posible que dejen a un lado los caminos abiertos, buscando el de los bosques para llegar sin ser vistos a Jeque Adí.

—Tus cálculos son exactos.

—Pero si nos vencen a nosotros, luego os atacarán a vosotros.

—Tú no te dejarás vencer.

—¿Quieres ayudarme a conseguirlo?

—Sí. ¿Qué quieres que haga? ¿He de enviar mis guerreros a Jeque Adí?

—No; yo tengo los suficientes para derrotar a los turcos sin ayuda de nadie. No te pido más sino que ocultes a tus guerreros, a fin de que los turcos pasen libremente y se tengan por seguros.

—¿No he de seguirles los pasos?

—No; pero después que hayan pasado has de cerrar el camino para que no puedan volver atrás. En la segunda altura entre este sitio y Jeque Adí el camino es tan angosto que sólo pueden pasar juntos dos hombres. Si allí levantas un parapeto, con sólo veinte guerreros puedes cerrar el paso a mil turcos.

—Lo haré; pero tú ¿qué me das en cambio?

—Si no necesitas combatir, por haberlos vencido sin tu ayuda, recibirás cincuenta fusiles; pero sí has de combatir contra ellos, te daré cien fusiles turcos, siempre que te portes como bueno.

—¡Cien fusiles turcos! —exclamó el jefe kurdo entusiasmado.

Metió la mano en el plato, y se llevó a la boca tal pedazo de panal que pensé que iba a ahogarse.

—¡Cien fusiles turcos! —Repetía, mascando—. ¿Cumplirás la palabra?

—¿Te he engañado alguna vez?

—No. Eres mi hermano, mi compañero, mi amigo, mi camarada de combate, y te creo. ¡Ganaré los cien fusiles!

—Pero sólo los ganarás si dejas pasar a los turcos sin atacarlos.

—No verán a ninguno de mis hombres.

—Y si yo no consigo envolverlos y aprisionarlos, tú les impedirás volver atrás.

—No solamente guarneceré el paso, sino todos los barrancos de los lados por donde pudieran escurrirse, de modo que no hallen salida ni a derecha ni a izquierda, ni hacia atrás ni hacía adelante.

—Bien pensado; pero ten en cuenta que mi deseo es que no se derrame mucha sangre. Los soldados no vienen por su gusto, sino obedeciendo las órdenes del gobernador, y si cometemos inútiles crueldades, se enfurecerá el padichá, y tú sabes que el Gran Señor de Estambul es bastante fuerte para enviar un ejército poderoso que nos aniquile.



—Te comprendo: un buen general tiene que saber emplear lo mismo la fuerza que la astucia, y así, con pocas tropas puede derrotar a un ejército. ¿Cuándo vendrán los turcos?

—Harán lo posible por caer sobre Jeque Adí mañana antes de romper el día.

—La sorpresa será la que se lleven ellos. Ya sé yo que eres un gran guerrero y harás con los turcos lo que hicieron con sus enemigos los Haddedín-Chammar allá abajo.

—¿También sabes eso?

—Lo sabe ya todo el mundo. Las nuevas de esas hazañas corren como el viento, y se extienden por el mundo entero. Mohamed Emín ha logrado que su tribu sea la más rica y poderosa.

Alí-bey me sonreía aparte y dijo:

—La verdad es que fue un hecho brillante. ¡Coger millares de prisioneros sin sacar la espada!

—No habría logrado Emín esa victoria, aunque es fuerte y valeroso, sin la dirección de un general extranjero que tenía consigo.

—¿Un extranjero? —preguntó Alí-bey, que quiso castigar así la desdeñosa indiferencia con que me había tratado el caudillo kurdo.

—Sí, un extranjero —dijo éste ingenuamente—. Pero ¿lo ignorabas todavía?

—A ver: cuenta.

El kurdo lo hizo de esta manera:

—Mohamed Emín, el jeque de los Haddedín, se hallaba a la puerta de su tienda para deliberar con los ancianos de su tribu. En esto se abrió una nube y descendió un caballero, cuyo hermoso corcel penetró en el corro; el caballero saludó con el acostumbrado: —*¡Salam aaleikum!*— *¡Aaleikum sallah!* —contestó Mohamed Emín—. ¿Quién eres y de dónde vienes? —El caballo del recién llegado era negro como la noche, y el jinete estaba cubierto por una armadura y un casco de oro finísimo. Alrededor del casco llevaba un chal tejido por las huríes del paraíso, y millares de estrellas brillantes giraban entre sus mallas. El asta de su lanza era de plata pura, y el hierro brillaba como el relámpago. En ella llevaba atadas las barbas de centenares de enemigos vencidos por su brazo. El puñal que ostentaba al cinto parecía un diamante a causa de su fulgor, y su espada podía pulverizar hierro y acero. —«Soy general de una tierra extranjera— dijo el caballero, —que te ama como a un hermano; y al saber que se intenta exterminar a tu tribu, monté en seguida en mi corcel, que vuela como el pensamiento, para acudir en tu socorro». —«¿Quién es el que quiere exterminar mi tribu?»— preguntó Mohamed. Entonces el jinete reveló el nombre de su enemigo y Mohamed asintió. —«¿Lo sabes de fijo?»— «mi escudo me dice todo lo que sucede en la tierra: ¡Mira!». —Mohamed miró el escudo, en cuyo centro había un carbunclo cinco veces mayor que la mano del hombre, y en él vio desfilar al enemigo que iba contra él. —«¡Cuántos son! ¡Estamos perdidos!»— gritó Mohamed. —«No temas, que yo vengo en tu ayuda— replicó el caballero; —reúne a todos tus guerreros;

colócalos alrededor del valle de las gradas y espera allí a que te conduzca a tus enemigos»—. Con esto hizo una seña a su caballo y desapareció por donde había venido. Mohamed Emín reunió y armó a los suyos, se encaminó al valle de las gradas, y se apostaron en él, de manera que los enemigos entraran, pero no pudieran luego salir. A la mañana siguiente, volvió a presentarse el misterioso jinete. Brillaba como cien soles y deslumbró de tal manera a los enemigos que sus ojos se cerraron y le siguieron al valle. Luego volvió el escudo; el resplandor se apartó de ellos y abrieron los ojos, y entonces se encontraron en un valle sin ninguna salida y tuvieron que entregarse. Mohamed Emín no los mató, pero les tomó una parte de sus ganados y exigió de ellos un tributo, que deberán pagar anualmente mientras la tierra exista.

Con esto dio fin el relato del kurdo.

—¿Y qué se hizo del general misterioso? —preguntó el bey.

—Dijo: ¡*Salam aaleikum!*, y se levantó en el aire con su negro corcel, desapareciendo luego.

—Esa historia, así, contada, es muy hermosa; pero ¿sabes si realmente ha ocurrido así?

—Ha sucedido. Cinco hombres de Yell estuvieron en Salamiyah, cuando lo referían los Haddedín y vinieron adrede a contárselo a mi gente.

—Es verdad; ha sucedido; pero de otra manera muy distinta. ¿Quieres ver el caballo del *serasquiei*?

—¿Es, por ventura, posible?

—Como que lo tienes muy cerca.

—¿Dónde?

—Es el potro que ves allí.

—¡Tú te chanceas, bey!

—Tú sabes que no me gustan las bromas, y que digo siempre la verdad.

—El caballo es magnífico, como no he visto otro; y además sé que pertenece a ese hombre —dijo señalándome a mí.

—Y este hombre es el *serasquier* extranjero de que has hablado.

—¡Imposible!

Y al decir imposible abrió de puro asombro la boca, de tal manera que se le habrían podido practicar las operaciones dentales más minuciosas.

—Vuelvo a repetirte: ¿te he engañado alguna vez? ¡Te aseguro que es tal como te digo!

Los ojos y los labios del caudillo kurdo iban tomando proporciones aterradoras; y mientras clavaba en mí la mirada como fuera de sí, alargaba la mano a la miel; pero en vez de meterla en el plato, la introdujo en el bolso del tabaco. Sin darse cuenta, la sacó, y llena de picadura se la metió en la boca de blanquísimos dientes. Y sospechaba que aquel tabaco lo fuera todo menos lo que conocemos con tal nombre, y sin duda estuve en lo cierto, porque un instante después produjo un efecto tan inesperado que obligó al caudillo, kurdo a cerrar las quijadas y a arrojar todo lo que

contenía su boca al simpático rostro de mi amigo.

—*¡Katera pegamber!* (¡Por la voluntad del Profeta!). Pero ¿es cierto? —preguntó de nuevo, en medio de profunda consternación.

—Te lo he repetido varias veces —contestó el rociado limpiándose el rostro.

—*¡Oh, serasquiei!* —exclamó entonces el kurdo volviéndose a mí—. *¡Atinata, 'inchialah, keirah!* (¡Quiera Dios que tu visita nos traiga la suerte!).

—Te la traerá; te lo prometo —le contesté entonces.

—Veo tu corcel, negro como la noche; pero ¿dónde está el escudo con el carbunclo, la armadura y el casco de oro, tu lanza y tu espada?

—Escucha bien lo que te digo. Es verdad que soy el extranjero que ayudo a Mohamed Emín; pero no bajé del cielo. Vengo de una tierra lejana; pero no soy el serasquier de allá.

Y no he tenido nunca armas de oro ni de plata, sino las que aquí ves, muy distintas de las que usáis vosotros, y con las cuales puedo hacer frente a muchos enemigos. ¿Quieres ver cómo se disparan?

—*¡Sere ta, serbabe ta, serhemcherta Alí-bey!* ¡Por tu cabeza, por la cabeza de tu padre, por la de tu amigo Alí-bey, no lo hagas! —suplicó lleno de espanto—. Te has quitado la armadura, la lanza, el escudo y la espada para usar esas armas que quizá son más peligrosas. *Nezanum zieh le dem.* No sé qué debo darte; pero júrame que quieres ser amigo mío.

—¿De qué me serviría ser tu amigo? En tu tierra hay un refrán que dice: *Dichmini be aquil chi yari be aquil scritive...* Un enemigo con entendimiento, es mejor que un amigo sin él.

—¿He sido inconsiderado, señor?

—¿No sabes que hay que saludar al huésped, sobre todo cuando va en compañía de un amigo?

—Tienes razón, señor. Me reprendes con un refrán; permite que me defienda con otro: *Beschulz lasime tabe'i mesinán bebe.* El pequeño ha de obedecer al grande. Sé tú el mayor y te obedeceré.

—Obedece en primer lugar a mi amigo Alí-bey. Él vencerá y tus fusiles turcos están seguros.

—¿Estás enfadado conmigo? Perdóname, te lo ruego. *Ser sere men; bu kalmeta ta sirih taksir nakem.* Por mi cabeza, te prometo que nada dejaré de hacer por servirte. Toma estas uvas y come; toma este tabaco y fuma.

—Agradecemos mucho tus obsequios —contestó Alí-bey, que estaba acostumbrado a mayor limpieza y aseo—. Hemos comido antes de partir y no podemos perder un instante para regresar a Jeque Adj.

Diciendo esto se puso en pie, y yo hice lo propio. El jefe kurdo nos acompañó hasta el sendero y volvió a dar palabra de cumplir sus compromisos con toda fidelidad. Nosotros picamos espuelas a los caballos y salimos trotando en dirección a Jeque Adí.

**FIN DE «LOS ADORADORES DEL DIABLO»**

VÉASE EL EPISODIO SIGUIENTE:  
**«EL REINO DEL PRESTE JUAN»**

# COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

**P**or Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

## **A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892)**

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*)
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

## **B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistán*, 1893)**

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

## **C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).**

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

## **D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).**

13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

## **E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).**

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

**F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).**

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDRICH» MAY (Ernstthal, 25 de febrero de 1842 - Dresde, 30 de marzo de 1912).

Era el quinto de catorce hijos de una familia de tejedores. Quedó ciego al poco de nacer y no recuperó la visión hasta los cinco años, después de ser operado. Durante estos años de ceguera se formó en el niño un profundo e impresionante mundo interior alimentado por los relatos de su padrino y de su abuelo.

En 1861 consiguió el título de maestro, pero ejerció la profesión durante poco tiempo. Acusado de haber robado un reloj, fue a parar a la cárcel y se le retiró la licencia para enseñar. Durante algunos años se sucedieron los delitos contra la propiedad y los castigos en prisión donde descubrió las posibilidades redentoras de la escritura.

En 1875 May comenzó a colaborar en algunos diarios. Cuatro años más tarde, en 1879, pasó a trabajar como colaborador fijo en una revista dedicada a la familia, donde escribió una serie de artículos sobre el Oriente. Desde este momento tuvo asegurada una forma de ganarse la vida que, poco a poco, lo fue convirtiendo en un burgués respetable.

Sus novelas consiguieron un enorme éxito entre el público alemán y se convirtió en un autor muy popular. Muchas de las portadas originales de sus obras fueron realizadas por el pintor e ilustrador Sascha Schneider.

Sus novelas de aventuras, destinadas a un público juvenil, vienen siendo reeditadas de forma continuada desde que fueron publicadas por primera vez en vida de su autor.

Podríamos decir que May representa para los alemanes lo que Verne para los franceses o Salgari para los italianos.

Por lo que se refiere a las temáticas, los libros de Karl May, escritos todos en primera persona, se sitúan primordialmente en dos escenarios geográficos: el Oeste estadounidense y el Oriente próximo. Las novelas del Oeste tienen como protagonista a Old Shatterhand y su amigo, el indio apache Winnetou. Las que se sitúan en Oriente están protagonizadas por Kara ben Nemsí y su amigo Halef Omar.

Entre 1882 y 1887 aparecieron cinco novelas por entregas.

Posteriormente escribió siete libros juveniles para la revista *El buen camarada*, que obtuvieron un gran éxito.

La mayoría de las obras de May fueron compiladas a partir de escritos anteriores publicados en diarios y revistas. Una prueba de su éxito es la fundación en 1969 de la sociedad «Karl May» con sede en Hamburgo, y la existencia en Radebeul, cerca de Dresde, de un museo en la que fue su última casa. Se llama «Villa Shatterhand», es decir, «Finca Shatterhand». Un segundo museo se encuentra en su lugar de nacimiento en Hohenstein-Ernstthal.

En España las novelas de Karl May comenzaron a publicarse en 1927, en una edición de Gustavo Gili. Posteriormente, en los años 1930, Editorial Molino, especializada en novelas de aventuras, adquirió los derechos de la edición española y comenzó a publicar los primeros títulos, algunos de los cuales aparecieron en plena guerra civil. Parte de la familia Molino, propietaria de la editorial, se exilió en la Argentina, donde aparecieron nuevos títulos de May.

En España, las ediciones de los años 1940 alcanzaron un éxito notable, como las de la década de 1950. La colección aparecida durante los años 1960, en cambio, empezó a poner de manifiesto el declive que las lecturas de May tendrán entre los jóvenes, frente a otros autores, del estilo de Enid Blyton.



# Notas

[1] Cestos en que van las mujeres en los camellos. <<

[2] Véase Libro de Tobías, c. 12, v. 15: Apocalipsis I, v. 4, y IV, V. 5. <<

[3] Exclamación admirativa. <<

[4] Furriel o escribiente de una compañía. <<

[5] Comandante de diez hombres. <<

[6] Jinete en un asno. <<

[7] Capitán: comandante de cien hombres. <<



[8] Unas ocho pesetas y media. <<

[9] Traducción libre: *Una doncella cristiana viene por agua hasta el río; yo, detrás de ella, la acecho y hasta el aliento reprimo. El lunar de su mejilla saborearán mis labios, aunque me lleven a Rusia con esposas en las manos.* <<

[10] Oficial agregado al Estado Mayor. <<